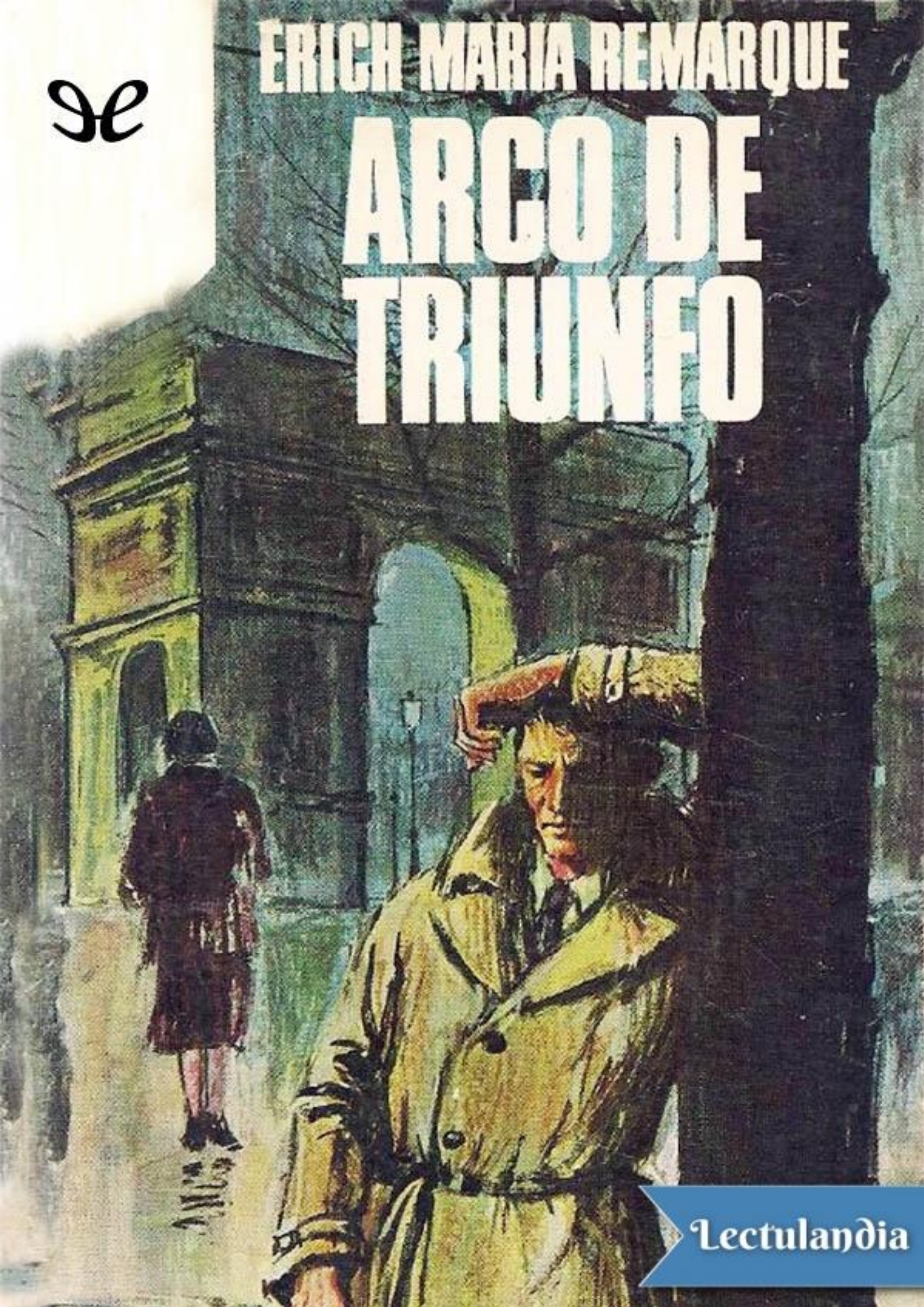


se

ERICH MARIA REMARQUE

# ARCO DE TRIUNFO



Lectulandia



Esta famosísima novela es, ante todo, una novela de amor. Amor que pudo ser total, que pudo ser puro, pero que es incompleto y turbulento. Amor y también venganza, que Ravic, el protagonista, logra satisfacer. Jeanne Madou le da el amor. Haake, el verdugo, el instrumento con que la Gestapo tronchó su vida y su carrera, le da la ocasión de vengarse. Lo demás es la vida incierta y sobresaltada del hombre sin nombre, sin origen y sin destino, excepto uno, el más cruel: ser devuelto al horror nazi del que huyó.

Novela adaptada al cine protagonizada por Charles Boyer e Ingrid Bergman.

**Lectulandia**

Erich Maria Remarque

**Arco de triunfo**

ePub r1.0

Titivillus 14.03.2019

Título original: *Arch Of Triumph*  
Erich Maria Remarque, 1946  
Traducción: Selma Pereyra de Cali Mani

Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0

---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

Para Elendil,  
con todo mi cariño.

## CAPITULO I

La mujer avanzaba en diagonal hacia Ravic. Caminaba con paso apresurado, aunque extrañamente tambaleante. Ravic reparó en ella sólo cuando se hallaba muy cerca. Vio un rostro pálido de pómulos salientes y ojos algo separados. Estaba inmóvil como una máscara; producía la impresión de estar hundido; y los ojos, a la luz de los focos, tenían tal vidriosa expresión de vacío, que le llamó la atención.

Pasó tan cerca que casi lo rozó. Extendió una mano y la tomó del brazo. La mujer se tambaleó y se habría desplomado si no la hubiese sujetado.

La retuvo fuertemente.

—¿Adónde quiere ir? —le preguntó al cabo de unos instantes.

Ella lo miraba fijamente.

—Suélteme —murmuró.

Ravic no contestó. Seguía cogiéndola con firmeza por el brazo.

—¡Déjeme! ¿Qué significa esto? —la mujer movía apenas los labios.

Ravic tuvo la impresión de que ella no lo veía. Miraba como a través de él, hacia un punto indeterminado en la noche vacía. Él no era sino algo que la retenía y contra lo cual decía: «¡Suélteme!».

Se dio cuenta en seguida de que no era prostituta. Tampoco estaba ebria. Ya no la sujetaba con tanta fuerza. Si la mujer hubiera querido habría podido desasirse fácilmente; pero ni siquiera reparó en ello. Ravic esperó un buen rato.

—¿Adónde quiere ir, de noche, sola, a esta hora, en París? —preguntó luego tranquilamente, soltándole el brazo.

La mujer callaba. Pero tampoco seguía su camino. Estaba como si una vez detenida en su marcha ya no pudiese reanudarla.

Ravic se apoyó en la balaustrada del puente. Sintió la aspereza de la piedra bajo sus manos.

—¿Tal vez allí? —indicó, con la cabeza, hacia atrás, abajo, donde el Sena se deslizaba susurrando sin tregua, con su brillo grisáceo, contra la sombra del Pont de l'Alma.

La mujer no contestó.

—Es demasiado pronto —dijo Ravic—. Es demasiado pronto y hace demasiado frío en noviembre.

Sacó un paquete de cigarrillos y se revolvió los bolsillos buscando fósforos. Notó que habían quedado sólo dos en la cajetilla de cartón y se inclinó con precaución para proteger la llama con la mano, contra la ligera brisa del río.

—¿Me da uno a mí también? —preguntó la mujer.

Ravic se enderezó y le mostró el paquete.

—Argelinos. Tabaco negro de la Legión Extranjera. Probablemente demasiado fuertes para usted. No tengo otros.

La mujer movió la cabeza y tomó un cigarrillo. Ravic le acercó el fósforo encendido... Ella fumó con prisa, aspirando profundamente. Ravic tiró el fósforo por la balastrada. Cayó como pequeña estrella fugaz en la oscuridad, y se apagó cuando tocó el agua.

Un taxi transitaba lentamente por el puente. El chófer paró. Miró hacia aquel lado y se detuvo un momento; luego prosiguió la marcha a lo largo de la húmeda, negra y lustrosa avenida George V.

Ravic se sintió cansado de pronto. Había trabajado duramente todo el día y no había podido conciliar el sueño. Por eso salió otra vez para tomar un trago. Pero ahora, de golpe, en la fresca humedad de la noche avanzada, el cansancio se desplomó sobre él como una bolsa sobre la cabeza.

Miró a la mujer. ¿Por qué la había retenido, en verdad? Algo le ocurría, era evidente. Pero ¿qué le importaba a él eso? Había visto ya muchas mujeres a las que les sucedía algo, especialmente de noche, por lo común en París, y en esta ocasión, como en aquéllas, no le importaba un comino y sólo quería irse a dormir un par de horas.

—Vuelva a su casa —le dijo—. ¿Qué busca usted en la calle a esta hora? A lo sumo podrá encontrar molestias.

Levantándose el cuello del sobretodo se dispuso a alejarse. La mujer lo miró como si no entendiese.

—¿A casa? —repitió.

Ravic se encogió de hombros.

—A su casa, a su habitación en el hotel, llámelo como quiera. A algún lado. ¿No querrá ser detenida por la Policía?

—¡En el hotel! ¡Dios mío! —exclamó la mujer.

Ravic se detuvo. «Otra vez alguien que no sabe adónde ir», pensó. Debía haberlo previsto. Siempre ocurría lo mismo. Por la noche no sabían adónde ir,

y a la mañana siguiente habían desaparecido antes de que uno se despertara. Y entonces sí que ya sabían adónde ir. Era la vieja y barata desesperación de la oscuridad, que con ésta llegaba y se iba. Tiró el cigarrillo. ¡Como si no lo supiese hasta el aburrimiento!

—Venga, vamos a tomar una copita en algún lado —dijo.

Era lo más sencillo. Pagaría entonces, y podría marcharse; y ella que se las arreglara.

La mujer hizo un movimiento vacilante y tropezó. Ravic la sujetó por el brazo.

—¿Cansada? —le preguntó.

—No sé. Creo que sí.

—¿Demasiado Cansada para poder dormir?

Ella inclinó la cabeza afirmativamente.

—Es lo que ocurre. Venga: yo la sostengo.

Marcharon por la avenida Marceau arriba. Ravic sentía cómo la mujer se apoyaba en él. Se apoyaba como si estuviese a punto de caerse y necesitara un sostén.

Cruzaron la avenida Pierre I de Serbie. Más allá de la intersección con la calle Chaillot, la avenida se ensanchaba y a lo lejos apareció sombría y como suspendida en el cielo lluvioso la mole del Arco de Triunfo.

Ravic indicó una estrecha entrada iluminada, que conducía a una taberna.

—Aquí todavía encontraremos algo.



## CAPITULO II

La pequeña sala de operaciones estaba iluminada como si fuera de día. Parecía una carnicería higiénica. Baldes con algodones empapados en sangre estaban en derredor; aquí y allá se hallaban diseminados vendas y tapones, y el rojo de la sangre clamaba alegremente en contraste con toda esa blancura. Veber estaba sentado en la antesala, delante de una mesa de acero barnizada, y tomaba apuntes; una enfermera esterilizaba los instrumentos; el agua borboteaba, la llama parecía silbar, y únicamente el cuerpo colocado sobre la mesa yacía indiferente: a él todo eso no le importaba ya.

Ravic hizo correr el jabón líquido sobre sus manos y comenzó a lavarse. Se lavó con saña, como si quisiera desollarse.

—¡M...! —murmuró entre dientes—. ¡Condenada, maldita m...!

La asistente lo miró con repugnancia. Veber alzó la vista.

—¡Calma, Eugénie! Todos los cirujanos maldicen. Especialmente cuando algo salió mal. Debiera estar usted acostumbrada.

La enfermera echó un puñado de instrumentos en el agua hirviendo.

—El profesor Perrier nunca imprecaba —declaró ofendida—. Y, no obstante, salvó muchas vidas.

—El profesor Perrier era especialista en operaciones del cerebro. La más sutil mecánica de precisión, Eugénie. Nosotros cortamos los vientres. Es otra cosa —Veber terminó sus anotaciones y se levantó—. Buen trabajo, Ravic. Pero contra los medicastros no se puede, al fin y al cabo, hacer nada.

—Sí... a veces se puede.

Ravic se secó las manos y encendió un cigarrillo. La enfermera abrió una ventana con muda desaprobación.

—¡Bravo, Eugénie! —elogió Veber—. Siempre conforme con el reglamento.

—Tengo obligaciones en la vida. ¡No me agradaría volar!

—Muy bien, Eugénie; Y muy tranquilizador.

—Unos no las tienen y otros no las quieren.

—¡Eso es para usted, Ravic! —Veber rió—. Es mejor que nos eclipsemos; Eugénie está por la mañana muy agresiva. De todos modos aquí no hay nada más que hacer.

Ravic se dio vuelta. Miró a la enfermera que tenía obligaciones. Ella devolvió sin temor la mirada. Los anteojos de montura niquelada conferían a su rostro helado un aire inexpresivo. Era un ser humano como él, pero la consideraba más extraña que un árbol.

—Discúlpeme —dijo—. Usted tiene razón.

Sobre la mesa blanca yacía lo que un par de horas antes era todavía esperanza, aliento, dolor y vida vibrante. Ahora era solamente un cadáver sin sentimientos, y aquel autómatas humano, llamado la enfermera Eugénie, que nunca había cometido una falta, lo cubrió y se lo llevó en la camilla. «Son los eternos supervivientes —pensó Ravic—; la vida no quiere a estas almas de piedra, por eso las olvida y las deja vivir».

—Hasta la vista, Eugénie —dijo Veber—. Duerma a su gusto, hoy.

—Hasta la vista, doctor Veber. Gracias, doctor.

—Hasta la vista —dijo Ravic—. Perdona mis palabrotas.

—Buenos días —contestó glacialmente Eugénie.

Veber sonrió.

—Un carácter de acero.

La madrugada era gris. Los carros de recolección de desperdicios pasaban rechinando por las calles. Veber alzó el cuello de su abrigo.

—¡Qué tiempo más asqueroso! ¿Quiere que lo lleve, Ravic?

—No, gracias. Prefiero caminar.

—¿Con este tiempo? Puedo llevarlo; apenas si alargo el camino.

Ravic negó con la cabeza.

—Gracias, Veber.

Veber lo contempló detenidamente.

—Es raro. Usted todavía se excita cuando alguien se le queda bajo el bistrú. Sin embargo, son ya quince años que está usted en esto y lo conoce.

—Sí. Lo conozco. Y en efecto, no me agito.

Veber se hinchó como pavoneándose delante de Ravic. Su amplio rostro redondo resplandecía como una manzana normanda. Los bigotes negros, bien cortados, estaban mojados por la lluvia y brillaban. En la acera estaba un «Buick», que también resplandecía. En él Veber viajaría cómoda y rápidamente hasta su casa, una casa de muñecas, de color de rosa, ubicada en los suburbios, en cuyo interior había una mujer limpia y resplandeciente, con dos niños limpios y resplandecientes, con una existencia limpia y

resplandeciente. Cómo explicarle algo de aquella tensión jadeante que asalta al colocar el cuchillo para el primer corte, al que sigue bajo la ligera presión ésa delgada marca roja de sangre, cuando el cuerpo, bajo las agujas y las grapas, se despliega como mi cortinaje, liberando órganos que nunca han visto la luz, cuando, como el cazador que sigue una huella en la selva, imprevistamente, uno se encuentra —entre tejidos destruidos, grumos, excrecencias, dilaceraciones— frente a aquella gran fiera: ¡la muerte! ¿Cómo era posible explicarle esa lucha, en la que no puede utilizarse más que una delgada hoja y aguja, así como una mano inmensamente segura, o el significado, en medio de aquella blancura deslumbrante y de aquella suprema concentración, del repentino deslizarse de una sombra negra en la sangre —escarnio imponente— que parece embotar el filo del bisturí, volver la aguja quebradiza y la mano pesada? Cuando aquella vida invisible, misteriosa, pulsativa, desaparecía entre las manos impotentes, se descomponía, vestida de un espectral torbellino negro que no podía ser alcanzado ni detenido; cuando un rostro que hacía poco respiraba y era un yo, y llevaba un nombre, se transformaba en una máscara anónima, rígida... Aquella impotencia, sin sentido, rebelde... ¿cómo era posible explicársela...? ¿Y qué había en eso que explicar?

Ravic encendió otro cigarrillo.

—Veintiún años tenía eso —dijo.

Veber secó con su pañuelo las gotas brillantes de sus bigotes.

—Usted trabajó magníficamente; yo no podría hacerlo. Que no se podía salvar lo que echó a perder una curandera, es algo que a usted no debe importarle. ¿Adónde iríamos a parar si pensáramos de otra manera?

—Sí —dijo Ravic—. ¿Adónde iríamos a parar?

Veber se metió el pañuelo en el bolsillo.

—Después de todo lo que le ha pasado a usted debería estar malditamente endurecido.

Ravic lo miró con un asomo de ironía.

—Nunca se endurece uno. Sólo es posible acostumbrarse a muchas cosas.

—Así lo creo.

—Sí. Pero a otras, nunca. Pero es difícil hallar esto. Supongamos que haya sido el café. A lo mejor ha sido el café lo que me mantuvo tan despierto y lo confundimos con excitación.

—El café era bueno, ¿no?

—Muy bueno.

—Entiendo algo de preparar café. Tuve la idea de que usted lo necesitaría; por eso lo hice yo mismo. Era otra cosa que aquel líquido negro que prepara generalmente Eugénie, ¿eh?

—No tiene comparación. Para preparar café, usted es un maestro.

Veber subió a su coche. Arrancó y se asomó a la ventanilla.

—¿En realidad no quiere que lo acompañe? Debe estar terriblemente cansado.

«Es como una foca —pensó Ravic, ausente—. Se parece a una foca llena de salud. Pero esto, ¿qué quiere decir? ¿Por qué se me ocurre? ¿Para qué estar siempre pensando doble?».

—No estoy cansado —contestó—. El café me despertó. Que duerma bien, Veber.

Veber se rió. Sus dientes relucían bajo los bigotes negros.

—No voy a dormir. Voy a mi jardín, a trabajar. A plantar tulipanes y narcisos.

«Tulipanes y narcisos —pensó Ravic—. En cuadros bien medidos, entre caminos limpios y cubiertos de piedrecillas. Tulipanes y narcisos, tormenta color de rosa y de oro de la primavera».

—Hasta luego, Veber —dijo—. Se encargará usted seguramente de todo lo demás.

—Por supuesto. Lo llamaré todavía por la noche. Los honorarios serán bajos, desgraciadamente. Apenas dignos de mención. La joven era pobre y presumiblemente sin parientes. Eso ya lo veremos.

Ravic hizo un movimiento de repulsa.

—Entregó cien francos a Eugénie. Todo lo que poseía, al parecer. Veinticinco serán para usted.

—Bien, bien —repuso Ravic con impaciencia—. Hasta siempre, Veber.

—Hasta luego; hasta mañana por la mañana, a las ocho.

Ravic prosiguió lentamente a lo largo de la calle.

Lauriston. Si hubiese sido verano se habría sentado en un banco en el Bois, bajo el sol matutino, dejando errar la mirada por el agua y el bosque verde, hasta que hubiese cedido la tensión. Luego se habría hecho conducir al hotel y se habría echado a dormir.

Entró en un cafetín, en la esquina de la calle Boissière. Algunos obreros y chóferes de camiones estaban delante del mostrador. Bebían café caliente, en el que mojaban bizcochos. Ravic los observó un rato. Aquí había vida segura, sencilla existencia, trabajo con los puños hasta agotar las fuerzas, cansancio por la noche, comida, mujer y dormir pesado y sin sueños.

—Un *kirsch* —pidió.

La muchacha agonizante llevaba alrededor del pie derecho una cadena estrecha, barata, chapada en oro; una de esas necedades de las que se es capaz sólo cuando se es joven, sentimental y falto de buen gusto. Una cadena con una pequeña chapa y la inscripción: *Toujours Charles*, forjada alrededor del pie, de manera que no se pudiese quitar. Una cadena que relataba una historia de domingos en los bosques a orillas del Sena, de enamoramiento y juventud disparatada, de algún pequeño joyero en alguna parte de Neuilíy, de noche de setiembre en una buhardilla; luego, de repente, llegó la supresión, la espera, el miedo; *Toujours Charles*, que no daba señal de vida, la amiga que conocía una dirección, la partera en algún lugar, una mesa cubierta de hule, dolor desgarrador y sangre, sangre; un rostro de vieja, alterado, brazos que empujan apresuradamente en un taxi para deshacerse de uno; días de tormento y de ocultamiento, y, finalmente, el traslado al hospital, los últimos cien francos apretados en una mano ardiente y húmeda, y esto; demasiado tarde.

La radio empezó a chillar un tango, acompañando a una voz nasal que cantaba versos idiotas. Ravic se sorprendió repasando una vez más toda la operación. Fiscalizó cada movimiento. Algunas horas antes, tal vez, habría existido alguna posibilidad. Veber le había hecho telefonar. No estaba en el hotel. De modo que la joven había tenido que morir porque él estaba vagando alrededor del puente de L'Alma. Veber no podía hacer tales operaciones. La locura de la casualidad. El pie con la cadena dorada, flojo, torcido para adentro... «Ven a mi barba, brilla la lima llena», lloriqueaba el tenorcito, en falsete.

Ravic pagó y se marchó. Afuera detuvo a un taxi.

—Lléveme al «Osiris».

El «Osiris» era un burdel grande y burgués, con un enorme bar de estilo egipcio.

—Estamos a punto de cerrar —le dijo el portero—. No hay ya nadie aquí.

—¿Nadie?

—Sólo *Madame Rolande*. Las señoritas se fueron todas.

—Bien.

El portero golpeaba, malhumorado, con sus chanclos sobre el adoquinado.

—¿No quiere hacer esperar al coche? Más tarde no encontrará tan fácilmente otro. Aquí está cerrado.

—Ya me lo dijo una vez. Ya encontraré algún taxi.

Ravic metió un paquete de cigarrillos en el bolsillo del portero y entró, pasando por una puerta angosta por delante del guardarropa, en la gran sala.

El bar estaba vacío; producía el efecto acostumbrado de un pequeño festín burgués: risas por el vino derramado, algunas sillas derribadas, colillas de cigarrillos en el piso, y olor a tabaco, a perfume dulzarrón y a epidermis.

—Rolande —dijo Ravic.

Estaba sentada delante de una mesa sobre la que había un montón de ropa interior de seda.

—Ravic —contestó ella sin asombrarse—. Es tarde. ¿Qué quieres? ¿Una muchacha o algo que tomar? ¿O las dos cosas?

—Vodka. Polaco.

Rolande trajo la botella y una copa.

—Sírrete tú mismo. Tengo todavía que ordenar la ropa y anotarla. El coche de la lavandería está por llegar. Si no apunto todo, esa pandilla roba como una bandada de urracas. Los chóferes, ¿entiendes? Para regalarlo a sus novias.

Ravic inclinó la cabeza.

—Deja tocar la música, Rolande; fuerte.

—Bueno.

Rolande abrió el contacto. La música tronó con timbales y batería en la sala alta y vacía, como una tormenta.

—¿Demasiado fuerte, Ravic?

—No.

¿Demasiado fuerte? ¿Qué era demasiado fuerte? Sólo el silencio. El silencio en el cual se reventaba como en un espacio vacío de aire.

—Terminado.

Rolande se acercó a la mesa de Ravic. Tenía cuerpo macizo, rostro apacible y ojos negros, serenos. El vestido negro, puritano, que llevaba, la calificaba de celadora; la diferenciaba de las casi desnudas prostitutas.

—Toma algo conmigo, Rolande.

—Bueno.

Ravic tomó una copa del bar y sirvió. Rolande le detuvo la botella cuando el vaso estuvo a medio llenar.

—¡Basta! No tomo más.

—Las copas medio llenas son horribles. Deja lo que no quieras.

—¿Por qué? Sería un derroche.

Ravic alzó la vista. Vio el rostro formal y sensato, y sonrió.

—¡Derroche! La antigua preocupación francesa. ¿Para qué ahorrar? Contigo tampoco se economiza.

—Esto aquí es el negocio. Aquello es otra cosa.



Ravic se rió.

—¡Brindemos por aquello! ¿Qué sería el mundo sin la moral del negocio? Mundo de delincuentes, idealistas y haraganes.

—Necesitas una muchacha —dijo Rolande—. Podría telefonar a Kikí. Es buena. Tiene veintiún años.

—¡Ah! Sí. También veintiún años. Eso no es para mí hoy —Ravic llenó otra vez su copa—. ¿En qué piensas, Rolande, antes de dormirte?

—Por lo general, en nada absolutamente. Me siento demasiado cansada.

—¿Y cuando no estás demasiado cansada?

—En Tours.

—¿Por qué?

—Una tía mía posee allí una casa con tienda en la planta baja. La he hipotecado dos veces. Cuando muera —tiene setenta y seis años— conseguiré la casa. Entonces transformaré la tienda en café. Paredes claras con flores; orquesta, tres ejecutantes: piano, violín y violoncelo; en el fondo, el bar. Pequeño y bonito. La casa está en buen barrio. Creo que podré instalar todo con nueve mil quinientos francos, con los cortinajes y las lámparas también. Quiero guardar cinco mil, como reserva, para los primeros tiempos. Y, naturalmente, los alquileres del primero y del segundo piso. En eso pienso.

—¿Naciste en Tours?

—Sí. Pero nadie sabe dónde estuve desde entonces. Y si el negocio marcha, a nadie le importará tampoco. El dinero todo lo cubre.

—Todo no, pero mucho.

Ravic sintió detrás de su frente la pesadez que alejaba cada vez más la voz.

—Creo que tengo bastante —dijo, y sacó algunos billetes del bolsillo—. ¿Te casarás en Tours, Rolande?

—En seguida no, pero sí dentro de algunos años. Tengo allá un amigo.

—¿Vas allá alguna vez?

—Raramente. A veces me escribe. A otra dirección, claro. Está casado, pero su mujer está en el hospital. Tuberculosis. A lo sumo uno o dos años le quedarán todavía, dicen los médicos. Entonces será libre.

Ravic se puso de pie.

—Dios te bendiga, Rolande. Tienes un excelente sentido común.

Ella sonrió sin desconfianza. Pensaba que él tenía razón. Su cara serena no mostraba huella alguna de cansancio. Estaba fresca, como si se hubiese acabado de levantar. Sabía lo que quería. La vida no tenía secretos para ella.

Y era pleno día. Había cesado de llover. Los *pissoirs*<sup>[1]</sup> se alzaban en las esquinas como pequeñas torres blindadas. El portero había desaparecido. Desvanecida la noche y comenzado el día, multitud de gente apresurada se empujaba ante las entradas del Metro, semejantes a hoyos cavados en la tierra, dentro de los que se precipitaban para ofrendarse a una divinidad oscura.

La mujer se levantó sobresaltada del sofá. No gritó. Se levantó tan sólo con rumor imperceptible, reprimido; se apoyó sobre los codos y quedó inmóvil.

—Calma, calma —dijo Ravic—. Soy yo. El mismo que hace un par de horas la trajo aquí.

La mujer respiró de nuevo. Ravic la veía sólo vagamente; la luz de las lamparillas eléctricas encendidas y el alba que se introducía por la ventana, se fusionaban en una luz amarillenta y enfermiza.

—Creo que podemos apagar ahora —dijo Ravic, haciendo girar el conmutador.

Sentía nuevamente los suaves martilleos de la ebriedad detrás de las sienes.

—¿Quiere tomar el desayuno? —preguntó.

Se había olvidado de la mujer y luego había pensado, al tomar la llave, que ya se habría marchado. Se hubiera desembarazado gustosamente de ella. Había bebido bastante: el telón de su conciencia estaba levantado; las cadenas del tiempo se habían quebrado y lo rodeaban, resueltos e intensos, los recuerdos y los sueños. Quería estar solo.

—¿Quiere café? —preguntó—. Es lo único bueno que hay aquí.

La mujer sacudió la cabeza. La observó más atentamente.

—¿Sucedió algo? ¿Vino alguien aquí?

—No.

—Pero algo ha ocurrido, sin embargo. Me está mirando como a un fantasma.

La mujer movió los labios.

—Ese olor —dijo entonces.

—¿Olor? —repitió Ravic, sin comprender—. El vodka, sin embargo no huele. El *kirsch* y el *brandy*, tampoco. Y cigarrillos, los fumó usted también. ¿Qué hay en eso para asustarse?

—No quiero decir eso...

—¿Qué, entonces? ¡Dios mío!

—Es el mismo... el mismo olor...

—¡Santo cielo, será el éter! —exclamó Ravic, que, de repente, recordó—.  
¿Es el éter?

Ella asintió con la cabeza.

—¿La operaron alguna vez?

—No..., es...

Ravic no prestó más atención. Abrió la ventana.

—Pasará en seguida. Fume un cigarrillo, entretanto.

Entró en el cuarto de baño y abrió los grifos. Vio en el espejo su rostro. Ya se había quedado así, un par de horas antes. Mientras tanto un ser humano había muerto. No había nada de extraordinario en ello. A cada instante morían millares de seres. Existían estadísticas al respecto. Nada de extraordinario había en ello. Pero para el que se moría lo era todo, y mucho más importante que el Universo entero que seguía su curso.

Se sentó sobre el borde de la bañera y se quitó los zapatos. Todo quedaba siempre igual. Las cosas y su muda coacción. La trivialidad, la estúpida costumbre, en un mundo que se esfuma como un fuego fatuo. La ribera florida del corazón, a orillas del río del amor; pero fuese quien fuese, poeta, semidiós o idiota, cada par de horas lo sacaban a uno de su paraíso para orinar. ¡No había escapatoria! Ironías de la Naturaleza. El romántico arco iris encima de los reflejos glandulares, y el remolino de la digestión. Los órganos del éxtasis diabólicamente formados de manera simultánea para la secreción. Ravic tiró los zapatos en un rincón. ¡Maldita costumbre la de desvestirse! Hasta de eso no había manera de escaparse. Únicamente quién vivía solo lo concebía. Cualquier maldito apego llevaba en sí una obligación. Había dormido a menudo con el traje puesto, para evadirla, pero no era más que un aplazamiento. No había manera de escaparse.

Abrió la ducha. El agua fresca corrió sobre su epidermis. Aspiró profundamente y se secó. El consuelo de las cosas pequeñas. Agua, respiración, lluvia de la noche. Únicamente quién estaba solo las conocía tan bien. Epidermis agradecida. Sangre ligeramente palpitante en las arterias oscuras. Estar echado en un prado. Abedules, blancas nubes veraniegas. El paraíso de la juventud. ¿Dónde habían quedado las aventuras del corazón? Muertas a golpes por las tristes aventuras de la existencia.

Volvió al dormitorio. La mujer estaba acurrucada en un extremo del sofá, con la manta arrollada hasta el cuello.

—¿Frío? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—¿Miedo?

Ella asintió.

—¿De mí?

—No.

—¿De afuera?

Ravic cerró la ventana.

—Gracias —dijo ella.

Miró la nuca que tenía delante. Hombros. Algo que respiraba. Un poquito de vida ajena, pero vida. Calor. Nada de cuerpo rígido. ¿Qué otra cosa podía conseguirse, sino un poco de calor? ¿Y qué más había?

La mujer se movió. Temblaba. Miró a Ravic. Éste sintió cómo la ola reflúa. Llegó la profunda frescura sin pesadez. Vino la distensión. Era como si hubiese regresado de las tinieblas de otro planeta.

Todo volvióse, de pronto, simple; el alba, la mujer. Nada más había que pensar.

—Ven —dijo.

Ella lo miró fijamente.

—¡Ven! —repitió él, impaciente.

## CAPÍTULO III

Se despertó. Tenía la sensación de que lo estaban observando. La mujer ya estaba vestida y sentada en el sofá. Pero no lo veía; miraba por la ventana. Había esperado que se hubiese ido. Le resultaba molesto que estuviese todavía allí. No podía sufrir por la mañana a nadie a su alrededor.

Consideró si debía tratar de seguir durmiendo, pero lo embarazaba que ella pudiese observarlo. Resolvió deshacerse rápidamente de ella. Si esperaba dinero, la cosa era muy sencilla. Y si no, era sencilla también. Se incorporó.

—¿Hace mucho rato que está levantada?

La mujer se sobresaltó y se volvió hacia él.

—No podía seguir durmiendo. Lamento mucho si lo desperté.

—No me despertó.

Ella se puso de pie.

—Quería irme. No sé por qué estoy todavía aquí sentada.

—Espere; estaré listo en seguida. Usted tiene que tomar todavía el desayuno. El famoso café del hotel. Los dos tenemos bastante tiempo para eso.

Se levantó e hizo sonar la campanilla. Luego entró en el baño. Vio que la mujer lo había utilizado; pero todo había sido vuelto a colocar ordenadamente en su lugar, hasta las toallas para fricciones que había usado. Mientras se limpiaba los dientes oyó que llegaba la sirvienta con el desayuno. Se apresuró.

## CAPITULO IV

El gráfico de la temperatura, dispuesto sobre la cama, era nuevo y estaba en blanco. En él había solamente un nombre: Lucienne Martinet, Butte Chaumont, calle Clavel.

La joven yacía pálida entre las almohadas. Había sido operada la noche anterior. Ravic auscultó atentamente el corazón. Luego se irguió:

—Mejor —declaró—. La transfusión de sangre ha producido un pequeño milagro. Si resiste hasta mañana, tendrá una posibilidad.

—Bien —dijo Veber a su vez—. Lo felicito. No lo esperaba. Ciento cuarenta de pulso y ochenta de presión arterial; cafeína, coramina... muy poco le faltaba...

Ravic se encogió de hombros.

—No hay por qué felicitarme. Llegó antes que la otra. Aquélla con la cadena de oro alrededor del tobillo. Eso es todo.

Cubrió a la enferma.

—Éste es el segundo caso en una semana. Si sigue así, esta casa se transformará en la clínica de los abortos estropeados en la Butte Chaumont. ¿No vendría la otra también de allí?

Veber contestó afirmativamente.

—Sí, y de la calle Clavel también. Probablemente se conocían y fueron las dos a casa de la misma partera. Hasta llegó de noche y a la misma hora, como la otra. Por suerte lo encontré a usted en el hotel. Pensé que no estaría allí.

Ravic lo miró.

—Cuando uno vive en el hotel, es frecuente que no esté en él de noche, Veber; las habitaciones de hotel, en noviembre, no son particularmente consoladoras.

—Me lo figuro. Pero, ¿por qué vive usted todavía en un hotel?

—Es cómodo e impersonal. Se está solo y no se está solo.

—¿Es eso lo que usted quiere?



—Pero puede conseguirlo igualmente de otra manera. Si alquila un pequeño apartamento tiene lo mismo.

—Es posible.

Ravic se inclinó nuevamente hacia la paciente.

—¿No le parece a usted también, Eugénie? —preguntó Veber.

La asistente levantó la vista.

—El señor Ravic no lo hará nunca —contestó fríamente.

—El doctor Ravic, Eugénie —corrigió Veber—. Ya se lo he dicho cien veces. El doctor era cirujano jefe de un gran hospital en Alemania. Mucho más que yo.

—Aquí... —empezó la enfermera, y se ajustó los anteojos.

Veber le hizo rápidamente señas de que callase.

—¡Bien, bien! Todo eso lo sabemos. Aquí el Estado no reconoce los títulos obtenidos en el exterior. ¡Bastante idiotas! Pero ¿por qué sabe usted, con tanta seguridad, que no tomará ningún apartamento?

—El señor Ravic es un hombre perdido; nunca fundará un hogar.

—¿Qué? —preguntó Veber estupefacto—. ¿Qué ha dicho usted?

—Para el señor Ravic no hay ya nada que sea sagrado. Éste es el motivo.

—¡Muy bien! —dijo Ravic desde el lecho de la enferma.

—¿Habrás oído algo semejante alguna vez?

Veber miró atónito a Eugénie.

—Pregúnteselo usted mismo, doctor Veber.

Ravic se incorporó.

—Ha dado usted en el blanco, Eugénie. Pero, cuando para uno ya no hay nada sagrado, todo vuelve a serlo otra vez, pero en forma más humana. Se venera la llama de vida que se agita hasta en una luciérnaga y la empuja, de vez en cuando, hacia la luz. No lo tome como comparación.

—Usted no puede tocarme. Usted no tiene religión.

Eugénie se alisó enérgicamente la bata sobre el pecho.

—Gracias a Dios, yo tengo mi religión.

Ravic tomó su sobretodo.

—La religión fácilmente hace fanáticos a los hombres, por esto todas las religiones han costado tanta sangre —rió sarcásticamente—. La tolerancia es hija de la duda, Eugénie. ¿No es usted misma, y con toda su religión, mucho más agresiva para conmigo, de lo que yo, ateo perdido, lo soy para usted?

Veber rió.

—Tiene su merecido, Eugénie. ¡No conteste! Será siempre peor.

—Mi dignidad de mujer...

—Está bien —la interrumpió Veber—. Quédese con ella... Eso está siempre bien. Pero ahora, tengo que irme. Tengo todavía algo que hacer en mi escritorio. Venga, Ravic. Buenos días, Eugénie.

—Buenos días, doctor Veber.

—Buenos días, enfermera Eugénie —dijo Ravic.

—Buenos días —contestó Eugénie haciendo un esfuerzo y sólo después que Veber le hubo dirigido una mirada.

El despacho de Veber estaba repleto de muebles de época Imperio. Blanco, dorado, frágil. Sobre el escritorio, colgaban de la pared fotografías de su casa y de su jardín. Contra la pared más larga había una ancha y moderna *chaise longue*<sup>[2]</sup>. Veber dormía allí cuando tenía que quedarse, algunas veces, toda la noche. El sanatorio era de su propiedad.

—¿Qué quiere tomar, Ravic? ¿Coñac o «Dubonnet»?

—Café, si aún queda.

—Naturalmente.

Veber colocó la máquina para preparar el café sobre el escritorio y enchufó el aparato. Luego se volvió hacia Ravic:

—¿Podría sustituirme esta tarde en el «Osiris»?

—Por supuesto.

—¿No es molestia?

—En lo más mínimo. No tengo ningún compromiso.

—Bien. Entonces no necesito volver expresamente. Podré trabajar en el jardín. Se lo hubiera pedido a Fauchon, pero está de vacaciones.

—No se preocupe —dijo Ravic—. Lo hice ya muchas otras veces.

—Es verdad. Sin embargo...

—Sin embargo, ya no hay nada más, hoy. Nada más, para mí.

—Sí, es bastante idiota que un hombre de su saber no pueda trabajar aquí oficialmente y tenga que ocultarse y hacer de cirujano clandestino.

—¡Pero, Veber! Ésta es ya una vieja historia. Es lo que les ocurre a todos los médicos que han huido de Alemania.

—Sin embargo, es ridículo. Usted lleva a cabo las operaciones más difíciles para Durant, y él se está creando un gran prestigio con ellas.

—Mayor prestigio que si las efectuara él mismo.

Veber se rió.

—No debiera ser yo quien hable. Usted hace también las más, pero, al fin y al cabo, yo soy ante todo ginecólogo y no especialista en cirugía.

La máquina de café empezó a silbar. Veber la desenchufó. Buscó las tacitas. Sacó el café de un armario y lo echó dentro de la máquina.

—No entiendo una cosa, Ravic —dijo—. Por qué, realmente, vive usted todavía en esa cueva, el «International». ¿Por qué no alquila uno de esos pisos modernos, en las cercanías del Bois? Puede adquirir algunos muebles a poco precio en cualquier parte. Así, por lo menos, sabría usted lo que tendría.

—Sí —repuso Ravic—. Entonces sabría lo que tendría.

—Y entonces, ¿por qué no lo hace?

Ravic bebió un sorbo de café. Era amargo y muy fuerte.

—Veber —contestó—, usted es un magnífico ejemplar de la enfermedad de nuestro tiempo: la comodidad en el pensar. De un solo tirón usted deplora que yo tenga que trabajar aquí ilegalmente y, al mismo tiempo, me pregunta por qué no alquilo un apartamento.

—¿Qué tiene que ver una cosa con la otra?

Ravic sonrió con indulgencia.

—Si tomo un apartamento tengo que notificárselo a la Policía. Y para ello se necesita un pasaporte y un visado.

—Es cierto. No había pensado en eso. ¿Y en el hotel?

—Allí también. Pero hay, gracias a Dios, algunos hoteles en París en los que las cosas no se toman con tanto rigor —Ravic echó un poco de coñac en el café—. Uno de ellos es el «International». Por eso vivo allí. Cómo se las arregla la patrona, no sé. Tendrá buenas relaciones. La Policía, o no lo sabe efectivamente o está «untada». Como quiera que sea, estoy viviendo allí desde hace bastante tiempo sin ser molestado.

Veber se reclinó en el respaldo de su asiento.

—Ravic —dijo—, no sabía esto. Yo pensaba sólo que usted únicamente no podía trabajar aquí. ¡Es una maldita situación la suya, por cierto!

—Es un paraíso en comparación con un campo de concentración alemán.

—¿Y la Policía? ¿Si, a pesar de todo, se presenta?

—Si nos pesca, hay un par de semanas de cárcel y expulsión del país. Generalmente a Suiza. En caso de reincidencia, seis meses de cárcel.

—¿Qué?

—Seis meses —repitió Ravic.

Veber lo miró aterrado.

—¡Pero eso no es posible! ¡Es inhumano!

—Yo también lo creía, hasta que lo comprobé.

—¿Cómo lo comprobó? ¿Ya le sucedió eso una vez?

—No una. Tres veces. Igual que a centenares de otros. Al principio, cuando yo no sabía todavía nada de eso y confiaba en la llamada Humanidad. Antes de ir a España, donde no necesitaba pasaporte y donde recibí una

segunda lección de Humanidad, por parte de los aviadores alemanes e italianos. Más tarde, cuando volví aquí, estaba, naturalmente, al tanto.

Veber se levantó.

—¡Pero, por amor de cielo...! —calculó—. Entonces usted ha estado más de un año en prisión, y por nada.

—No tanto. Sólo dos meses.

—¿Cómo? ¿No dijo usted que en caso de reincidencia eran seis meses?

Ravic sonrió.

—No hay tal reincidencia cuando se tiene experiencia. Si uno es expulsado bajo un nombre, vuelve sencillamente con otro. Y, a lo mejor, por otro punto de la frontera. Así se evita eso. Como no tenemos documentos, esto se puede comprobar solamente cuando alguien nos reconoce personalmente. Pero es muy raro. Ravic es ya mi tercer nombre. Lo llevo desde hace casi dos años. Nada me ha ocurrido desde entonces. Parece que me trae suerte. Cada día lo quiero más. Mi nombre verdadero casi lo he olvidado.

Veber movió la cabeza.

—¡Y todo esto sólo porque usted no es nazi!

—Naturalmente. Los nazis tienen documentos de primera. Y con todos los visados que quieran.

—¡Lindo mundo en que vivimos! ¡Y el Gobierno, que no hace nada!

—El Gobierno tiene varios millones de desocupados por quienes debe preocuparse primero. Por otra parte esto no sucede así sólo en Francia. En todos lados es igual. —Ravic se levantó—. Adiós, Veber. Volveré dentro de dos horas por esa joven. Y durante la noche otra vez.

—Escuche, Ravic —le dijo—, venga alguna vez, de noche, a mi casa, afuera. A cenar.

—Seguramente. —Ravic sabía que no iría—. Más adelante. Adiós, Veber.

—Adiós, Ravic. Y venga pronto.

## CAPÍTULO V

El hotelero reconoció a Ravic en seguida.

—La señora está en su habitación —le informó.

—¿Puede telefonarle que estoy aquí?

—No hay teléfono. Suba usted tranquilamente.

—¿Qué número?

—Veintisiete.

—No recuerdo bien el nombre. ¿Cómo se llama?

El hotelero no mostró sorpresa alguna.

—Madou. Jeanne Madou —dijo—. No creo que se llame verdaderamente así. Es probable que sea un nombre artístico.

—¿Cómo? ¿Nombre artístico?

—Se inscribió como artista. Y así suena, ¿no?

—No entiendo de esas cosas. Conocí a un artista que se hacía llamar Gustave Schmidt. Pero, en realidad, su nombre era Alejandro María, conde de Zambona. Gustave Schmidt era su nombre artístico. Y ¿le parece que así sonaba como tal?

El hotelero no se dio por vencido.

—¡Hoy en día suceden tantas cosas! —declaró.

—No tantas todavía. Si usted estudiara Historia, descubriría que estamos viviendo en tiempos relativamente tranquilos.

—Gracias. Para mí es más que suficiente.

—Para mí también. Pero conviene consolarse como se puede. ¿Número veintisiete, dijo?

—Sí, señor.

Ravic golpeó. No contestó nadie. Golpeó nuevamente y oyó una voz apenas perceptible. Cuando abrió la puerta vio a la mujer. Estaba sentada sobre la cama, que se hallaba colocada junto a la pared transversal. La mujer levantó lentamente los ojos. Estaba vestida y llevaba el traje *tailleur* azul marino con que Ravic la había visto por primera vez. Ahora, empero, vestida así, para nadie y para nada, por una costumbre que no justificaba nada, tenía

algo que sobresaltó a Ravic. Conocía eso —había visto cientos de personas quedarse así, sentadas—, inmigrantes arrojados a las tierras más extrañas. Pequeños islotes de existencia —estaban sentados así, allí... y no sabían en dónde— a quienes solamente la costumbre mantenía con vida.

Cerró la puerta tras sí.

—Espero que no la habré molestado —dijo, y en seguida tuvo la sensación de que su frase carecía de sentido. ¿Qué podía molestar aún a aquella mujer? No había ya nada que pudiera molestarla.

Dejó su sombrero sobre una silla.

—¿Pudo arreglarlo todo? —preguntó.

—Sí. No era mucho.

—¿Ninguna dificultad?

—No.

Ravic se sentó en la silla. Era la única que había en la habitación. El muelle crujió y él se dio cuenta de que estaba roto.

—¿Quiere salir? —preguntó a la mujer.

—Sí. Pero no importa cuándo. Más tarde. A ningún lado... así estoy bien. ¿Qué otra cosa queda?

—Nada. Tiene razón. Por algunos días. ¿No conoce a nadie en París?

—No.

—¿A nadie?

La mujer levantó la cabeza con expresión de cansancio.

—A nadie, excepto a usted, al hotelero, al mozo, a la camarera —sonrió tristemente—. No es mucho, ¿verdad?

—No. Pero conocía a...

Ravic buscaba el nombre del muerto. Lo había olvidado.

—No —dijo la mujer—; Raczinsky tenía algunos conocidos aquí, pero yo nunca los he visto. Se enfermó en cuanto llegamos.

Ravic había ido con la intención de no quedarse mucho. Ahora, al ver a la mujer sentada así, modificó su parecer.

—¿Ya cenó?

—No. Pero tampoco tengo ganas de comer.

—Pero algo ha comido usted, en fin de cuentas, hoy, ¿no?

—Sí. Hoy a mediodía. De día es más sencillo. De noche...

Ravic echó una mirada en torno. La pequeña y desnuda habitación olía a desesperación y a noviembre.

—Es hora de que salga usted de aquí —dijo—. Venga. Iremos juntos a cenar.



Había esperado que la mujer hiciese objeciones. Parecía tan indiferente como si no pudiese reaccionar en absoluto. Pero ella se levantó en seguida y tomó su impermeable.

—Eso no es suficiente —dijo Ravic—. Ese abrigo es demasiado liviano. ¿No tiene otro más pesado? Afuera hace frío.

—Hace un rato llovía...

—Llueve todavía. Pero hace frío. ¿No puede ponerse algo debajo, otro tapado o por lo menos un suéter?

—Tengo un suéter.

Se dirigió al baúl más grande. Ravic notó que no había desempaquetado casi nada. Sacó un suéter negro, se quitó la chaqueta y se puso el suéter. Tenía hombros derechos y bellos. Después tomó la boina vasca y volvió a ponerse la chaqueta y el impermeable.

—¿Estoy mejor así?

—Mucho mejor.

Bajaron la escalera. El hotelero no estaba. En su lugar se hallaba el portero, cerca del tablero de las llaves. Éste clasificaba la correspondencia y despedía olor a ajo. A su lado, un gato inmóvil lo miraba.

—¿Tiene todavía la sensación de que no puede comer nada? —preguntó Ravic cuando se hallaron afuera.

—No sé. No mucho, creo.

Ravic hizo señas a un taxi.

—Bueno. Entonces que nos lleven a «La Belle Aurore». Allí no hay necesidad de hacer una cena muy abundante.

## CAPITULO VI

Lucienne Martinet estaba sentada cerca de la ventana cuando entró Ravic.

—¿Qué le parece —preguntó él— dejar así, por primera vez, la cama?

La joven lo miró, luego miró hacia afuera, la tarde gris, y nuevamente volvió su mirada a él.

—No hace buen tiempo —observó Ravic.

—Al contrario —contestó ella—. Para mí sí.

—¿Por qué?

—Porque no tengo que salir.

Estaba acurrucada en su silla. Vestía un quimono de algodón, barato. Era un ser delgado, insignificante, con la dentadura estropeada, pero a Ravic le parecía, en ese instante, más hermosa que Elena de Troya. Era un trozo de vida que él había salvado con sus propias manos. Aunque, en verdad, no tenía por qué sentirse particularmente orgulloso; a una la había perdido poco tiempo antes. A la siguiente probablemente la perdería también. Al final todas se perdían, incluido él mismo. Pero, por el momento, ésta había sido salvada.

—Repartir sombreros, con este tiempo, no es un placer —dijo Lucienne.

—¿Repartía sombreros?

—Sí. Por cuenta de la señora De Lanvert. El negocio queda en la avenida Matignon. Hasta las cinco teníamos que trabajar. Después debíamos llevar a las clientas las cajas de sombreros. Ahora son las cinco y media. A esta hora estaría ya en camino —seguía mirando por la ventana—. Es una lástima que no llueva todavía más fuerte. Ayer estuvo mejor. Llovía a cántaros. Ahí va otro que tiene que cruzar.

Ravic se sentó frente a ella, sobre la repisa de la ventana. «Es curioso —pensaba—, pero la gente tendría que sentirse desenfrenadamente feliz cuando se ha salvado de la muerte. No lo es casi nunca. Ésta tampoco lo es. Se ha producido un pequeño milagro, y todo lo que le interesa es no tener que andar bajo la lluvia».

—¿Cómo llegó usted a este sanatorio, Lucienne? —le preguntó.

Ella lo miró con cautela.

—Alguien me lo dijo.

—¿Quién?

—Una amiga.

—¿Qué amiga?

La muchacha vacilaba.

—Una amiga que estuvo también aquí. Yo la había acompañado hasta la puerta. Por eso lo sabía.

—¿Cuándo fue eso?

—Una semana antes de venir yo.

—¿La que murió durante la operación?

—Sí.

—¿Y a pesar de eso usted vino aquí?

—Sí —contestó Lucienne con indiferencia—. ¿Por qué no?

Ravic no dijo lo que quería decir. Vio el pequeño y frío rostro que en un tiempo había sido suave y al que la vida había endurecido tan rápidamente.

—¿Fue usted también a la casa de la misma partera? —inquirió.

No recibió respuesta.

—¿Tal vez vio al mismo médico? Puede decírmelo con confianza. No sé quién es.

—Primero estuvo allí Marie. Una semana antes. Diez días antes.

—¿Y usted fue más tarde allí, aun sabiendo lo que le había sucedido a Marie?

Lucienne se encogió de hombros.

—¿Qué podía hacer? Tenía que correr el riesgo. No conocía otro lugar. Un niño... ¿qué se puede hacer con un niño? —seguía mirando por la ventana. En el balcón de enfrente había un hombre en mangas de camisa que tenía en la mano un paraguas abierto—. ¿Cuánto tiempo tendré que quedarme aquí, doctor?

—Aproximadamente dos semanas.

—¿Todavía dos semanas más?

—No es mucho. ¿Por qué?

—Los gastos... los gastos...

—Es posible que pueda irse unos días antes.

—¿Cree usted que podré pagar por mensualidades? No tengo bastante dinero. Treinta francos por día es caro.

—¿Quién le dijo eso?

—La enfermera.

—¿Cuál de ellas? Eugénie, sin duda...

—Sí. Dijo además que la operación y los vendajes serían extra. ¿Es muy caro eso?

—La operación ya la pagó usted.

—La enfermera dice que falta mucho para ser pagada.

—Eso no puede saberlo la enfermera con tanta seguridad, Lucienne. Es mejor que usted hable más tarde con el doctor Veber.

—Me gustaría saberlo más pronto.

—¿Por qué?

—Porque puedo así distribuir mejor todo el tiempo que tendré que trabajar para eso —Lucienne se miraba las manos. Los dedos eran delgados y estaban todos pinchados—. Tengo que pagar también un mes de alquiler por la habitación —prosiguió—. Cuando vine aquí era justamente el trece. El quince hubiera debido dejarla libre. Ahora tendré que pagar más: todo el mes. Y por nada.

—¿No tiene usted a nadie que la ayude?

Lucienne levantó la vista. Su rostro había envejecido repentinamente diez años.

—¡Usted ya lo sabe, doctor! Él sólo se puso furioso. Dijo que no sabía que yo era tan estúpida, que si lo hubiese sabido no habría empezado nunca conmigo.

Ravic inclinó la cabeza afirmativamente. Estas cosas no eran nuevas para él.

—Lucienne —dijo—, podríamos intentar sacar algo a la mujer que le hizo la intervención ilícita. Ella tuvo la culpa. Usted tiene solamente que darnos el nombre.

La muchacha se levantó rápidamente. Se hizo, de repente, toda resistencia.

—¿La Policía? ¡No! ¡Aquí caigo yo misma!

—Sin Policía. Sólo la amenazaremos.

Ella se rió con amargura.

—De esa mujer usted no saca nada, ni con eso. Es de hierro. Trescientos francos tenía que pagarle por aquello. Así que... —se alisó el quimono—. Algunas personas no tienen suerte —prosiguió, pero sin resignación, como si hablara de otra persona y no de sí misma.

—Sin embargo —observó Ravic—, usted ha tenido mucha suerte.

## CAPITULO VII

—¿Cuándo tendré que ir al sanatorio, Ravic? —preguntó Kate Hegstroem.

—Cuando quiera. Mañana, pasado mañana, en cualquier momento. El día no tiene importancia.

Estaba delgada, remozada, segura de sí misma, bonita y ya no joven.

Ravic le había extraído, hacía dos años, el apéndice. Había sido su primera operación en París. Le había traído suerte. Desde entonces había trabajado sin tener dificultades con la Policía. Era para él como una mascota.

—Esta vez tengo miedo —dijo ella—. No sé por qué. Pero tengo miedo.

—No debe tener miedo. Es una operación muy común.

Se acercó a la ventana y miró hacia el exterior. Afuera estaba el patio del «Hotel Lancaster». Un viejo e imponente castaño alzaba sus brazos en alto, hacia el cielo húmedo.

—¡Esa lluvia! —exclamó ella—. Salí de Viena, y llovía. Me desperté en Zurich y llovía. Y ahora, aquí... —corrió las cortinas nuevamente—. No sé qué me sucede. Creo que me estoy volviendo vieja.

—Eso se cree siempre cuando no se es.

—Debería ser de otra manera. Me divorcié hace dos semanas. Tendría que estar contenta. En cambio me siento cansada. Todo se repite, Ravic. ¿Por qué?

—Nada se repite. Nosotros sí nos repetimos; eso es todo.

Ella sonrió y se sentó en un sofá situado junto a una chimenea artificial.

—Es bueno estar de vuelta —dijo—. Viena se ha transformado en un cuartel. Está desconsolada. Los alemanes la han pisoteado. Y con ellos los austríacos. ¡Los austríacos también, Ravic! Yo pensaba que eso sería una aberración de la Naturaleza: un austríaco nazi. Pero yo los he visto.

—No tiene nada de sorprendente. El poder es la enfermedad más contagiosa que existe.

—Sí. Y la que, en la mayoría de los casos, deforma más. Por eso me divorcié. El encantador holgazán con quien me había casado hace dos años, se transformó de golpe en un fanático jefe de asalto, e hizo que el viejo profesor

Bernstein barriera las calles mientras él permanecía a su lado riéndose. ¡Bernstein, que un año antes lo había curado de una nefritis! Con el pretexto de que los honorarios habían sido demasiado elevados... —Kate Hegstroem hizo una mueca con los labios—. ¡Los honorarios! Que pagué yo y no él.

—Dése por satisfecha de haberse librado de ese hombre.

—Pedía doscientos cincuenta mil *schillings* por el divorcio.

—Es barato —dijo Ravic—. Todo lo que se puede hacer con dinero es barato.

—No recibió nada. —Kate Hegstroem levantó el fino rostro, que parecía tallado, perfecto, como una gema—. Le dije lo que pensaba de él, de su partido y de su *Führer*... y que desde ese momento en adelante lo diría abiertamente. Él me amenazó con la Gestapo y con el campo de concentración. Me reí en su cara. Yo seguiría siendo americana y estaría bajo el amparo de la Legación. A mí no me sucedería nada; pero a él... por estar casado conmigo... —reía—. No había pensado en eso. Desde ese día no opuso más dificultades.

«Legación, amparo, protección —pensaba Ravic—. Son cosas de otro planeta».

—Me sorprende que Bernstein pueda ejercer todavía —dijo.

—Ya no puede hacerlo. Me examinó secretamente, cuando tuve la primera hemorragia. Gracias a Dios que no puedo tener familia. ¡Un hijo de nazi...! —se estremeció.

Ravic se levantó.

—Tengo que irme. Veber la revisará otra vez esta tarde. Sólo por guardar las formas.

—Ya sé. A pesar de todo..., esta vez tengo miedo.

—Pero, Kate... no es la primera vez. Es más sencillo que la operación de apendicitis que le practiqué hace dos años —Ravic la tomó con suavidad por los hombros—. Usted fue mi primera operación, cuando llegué a París. Fue algo así como un primer amor. Estaré atento. Además, usted es mi mascota. Me ha traído suerte. Así tendrá que seguir siendo en adelante.

—Sí —dijo ella y lo miró.

—Bien. Adiós, Kate. Vendré a buscarla esta noche a las ocho.

—Hasta luego, Ravic. Voy a comprarme un vestido de baile en «Mainbocher». Tengo que liberarme de este cansancio. Y de la sensación de estar envuelta en un telaraña. Esa Viena —agregó con una sonrisa amarga—... «la ciudad de los ensueños...».



Ravic bajó en el ascensor y pasó por el bar del vestíbulo. Algunos americanos estaban sentados. En medio del vestíbulo, sobre una mesa, había un enorme ramo de gladiolos rojos. Tenían bajo la luz gris, difusa, descolorida, un pálido color de sangre vieja, y sólo cuando estuvo muy cerca notó que eran fresquísimos. Era solamente la luz de afuera lo que los hacía parecer así.

En el segundo piso del «International» había gran movimiento. Varias habitaciones estaban abiertas. La sirvienta y el camarero corrían de un lado para otro y la dueña del hotel los dirigía desde el corredor.

Ravic bajó las escaleras.

—¿Qué hay? —preguntó.

La propietaria era una mujer fuerte, con pecho formidable y cabeza demasiado pequeña, con cortos rizos negros.

—Los españoles se han ido —dijo.

—Ya lo sabía. Pero, ¿por qué arregla tan tarde las habitaciones?

—Las necesitamos para mañana por la mañana.

—¿Nuevos emigrados alemanes?

—No, españoles.

—¿Españoles? —repitió Ravic, quien, por un momento permaneció sin entender lo que ella había dicho—. ¿Cómo? ¡Si se acaban de ir!

La mujer lo miraba con sus ojos negros y brillantes. Sonreía. Era una sonrisa llena del saber más simple y de la más sencilla ironía.

—Otros vuelven —le respondió.

—¿Cuáles otros?

—Los del bando contrario, naturalmente. Siempre ocurre lo mismo —gritó algunas palabras a la camarera que estaba limpiando—. Éste es hotel conocido —agregó luego con cierto orgullo—. Los clientes vuelven con placer a nuestra casa. Esperan ya sus antiguas habitaciones.

—¿Las esperan ya? —preguntó Ravic sorprendido—. ¿Quién espera?

—Los señores de la parte contraria. La mayoría de ellos estuvo ya aquí una vez. Un gran número de ellos, desde luego, ha muerto mientras tanto. Pero los otros han esperado en Biarritz y San Juan de Luz hasta que se desocuparon aquí las habitaciones.

—Pero, ¿cuándo estuvieron aquí?

—Pero, ¡señor Ravic! —la propietaria se sorprendía de que no hubiese adivinado en seguida—. En la época en que Primo de Rivera era dictador en España. Tuvieron que huir entonces, y vinieron a vivir aquí. Cuando España llegó a ser republicana volvieron, y entonces vinieron aquí los monárquicos y

los fascistas. Ahora se van allá estos últimos y los republicanos vuelven nuevamente. Los que todavía quedan.

—Es cierto. No lo había pensado.

La dueña del hotel echó una mirada dentro de una de las habitaciones. Una estampa en colores del que había sido rey Alfonso estaba colgada sobre la cama.

—Saque eso, Jeanne —gritó.

La muchacha le llevó el retrato.

—Aquí. Póngalo aquí.

La propietaria lo apoyó contra la pared y siguió caminando. En la habitación vecina había un retrato del general Franco.

—Aquí también eso. Póngalo con los demás.

—¿Por qué estos españoles no se llevaron sus cuadros? —preguntó Ravic.

—Los emigrados rara vez se llevan sus cuadros cuando se van —explicó la mujer—. Los cuadros son un consuelo en el extranjero. Cuando se regresa, no se necesitan más. Los marcos también son demasiado incómodos para los viajes y el vidrio se rompe fácilmente. Los cuadros se dejan casi siempre en los hoteles.

Puso otros dos retratos del generalísimo, uno de Alfonso y uno, más pequeño, de Queipo de Llano, junto con los otros.

—Las imágenes de santos podemos dejarlas —decidió al descubrir una Virgen de colores muy vivos—. Los santos son neutrales.

—No siempre —dijo Ravic.

—En tiempos difíciles Dios tiene siempre una oportunidad. Yo misma he visto aquí rezar a muchos ateos —la mujer se arregló con gesto enérgico el pecho izquierdo—. ¿No ha rogado usted también una vez, cuando el agua le llegaba hasta el cuello?

—Naturalmente. Pero es que yo no soy ateo. Soy sólo un creyente a quien le cuesta creer.

El sirviente subió por la escalera. Arrastraba un montón de cuadros a lo largo del pasillo.

—¿Va a cambiar la decoración? —preguntó Ravic.

—Pues claro. Hay que tener mucho tacto en el oficio de hotelero. Esto da a la casa su buena reputación. Especialmente entre nuestra clase de clientes, los cuales, puedo decirlo, son muy susceptibles en este aspecto. No se puede esperar que alguien se encuentre a gusto en una habitación en la que su más mortal enemigo lo está mirando desde un retrato multicolor y, a menudo, también dentro de un marco de oro. ¿Tengo razón?

—Cien por ciento.

La mujer se dirigió al criado.

—Ponga los cuadros aquí, Adolphe. No. Es mejor ponerlos en la pared iluminada, uno al lado del otro, para que puedan ser vistos.

El hombre gruñó y se agachó para preparar la exposición.

—¿Qué va a colgar ahora allí adentro? —preguntó Ravic interesado—. Ciervos, paisajes, volcanes en erupción, ¿o algo parecido?

—Solamente si no alcanzaran. De lo contrario pondré los cuadros viejos.

—¿Cuáles cuadros viejos?

—Los de antes. Los que los señores dejaron cuando recibieron el Gobierno. Allí están.

Indicó la pared izquierda del corredor. Entre tanto, el sirviente había colocado los nuevos retratos, en fila, frente a los que acababan de ser retirados. Había dos Marx, tres Lenin, uno de los cuales estaba pegado con papel por la mitad, un Trotzky y algunos grabados más pequeños en marcos negros, uno de Negrín y otros de dirigentes republicanos españoles. Eran más insignificantes y ninguno de ellos era tan deslumbrante en colores, condecoraciones y emblemas, como la fila de los de Alfonso XIII, Primo de Rivera y de Franco, que estaban a la derecha, enfrente. Las dos filas de conceptos del mundo se miraban mutuamente en el corredor débilmente iluminado, y en medio de ellos estaba la propietaria francesa, llena de tacto y con la irónica sabiduría de su raza.

—Conservé entonces estas cosas —dijo—, cuando los señores se marcharon. Los Gobiernos duran poco hoy en día. Como usted ve tenía razón... Ahora vienen bien. En el oficio de hotelero hay que tener amplia visión de las cosas.

Dispuesto dónde debían ser colgados los retratos. Envió a Trotzky de vuelta. Era tipo demasiado dudoso. Ravic examinó el retrato de Lenin cuyas mitades estaban pegadas con papel. Levantó, raspándolo, un poco del papel sobre la cabeza de Lenin... Debajo del pedazo negro apareció otra cabeza que se reía en dirección de Lenin. Probablemente la había pegado algún secuaz de Stalin.

—Aquí —dijo Ravic— hay otro Trotzky escondido. El del viejo buen tiempo de la amistad y de la hermandad.

—Éste se puede tirar —dijo la dueña tomando el cuadro—. No tienen ningún valor. Una parte de él está ofendiendo continuamente a la otra —se lo entregó al criado—. Guarde el marco, Adolphe; es de buen roble.

—Pero, ¿qué hará con los restantes? —preguntó Ravic.

—Los guardaré en el sótano.

—Su sótano debe de ser estupendo. Un mausoleo temporario. ¿Tiene allí algo más?

—Claro que sí, naturalmente. Tenemos rusos... algunos Lenin más sencillos con marcos de papel, para algún momento de apuro, y también algunos del último zar. Eran de rusos que murieron aquí. Un original maravilloso al óleo y algunos pesados marcos de oro de un señor que se suicidó. Después están los italianos: dos Garibaldis, tres reyes y, un poco deteriorado, un Mussolini en papel de periódico, de la época en que era socialista en Zurich. Este último, naturalmente, tiene el valor de una cosa demasiado rara. Nadie lo quiere tener.

—¿Hay también alemanes?

—Algunos Marx; son la mayoría. Un Lasalle, un Bebel..., luego un grupo con Ebert, Scheidemann, Noske y muchos otros. Noske está emborronado con tinta. Los señores me dijeron que se hizo nazi.

—Es cierto. Puede colgarlo al lado del socialista Mussolini.

»Y del otro bando de Alemania, ¿no tiene ninguno?

—¡Ya lo creo! Tenemos un Hindenburg, un emperador Guillermo, un Bismarck y... —la mujer sonrió— hasta un Hitler con impermeable. Tenemos un surtido casi completo.

—¿Cómo? —preguntó Ravic—. ¿Hitler? ¿Pero de dónde lo sacó?

—Me lo dejó un homosexual. Vino en 1934, cuando Rohm y los otros fueron muertos allá. Tenía miedo y rezaba muchísimo. Más tarde se fue con un rico argentino. Se llamaba *Putzi* de sobrenombre.

¿Quiere ver ese retrato? Está en el sótano.

—Ahora no. No en el sótano. Me gustaría más verlo cuando en todas las habitaciones estuviesen los mismos cuyos retratos están colgados en ellas.

La mujer le lanzó una penetrante mirada.

—¡Ah, sí! —exclamó luego—. ¿Cree usted? ¿Cuándo lleguen ellos como emigrados?

## CAPITULO VIII

—¿Ve usted esto, Veber? —indicó Ravic—. Aquí... y aquí... y aquí.

Veber se inclinó sobre la incisión.

—Sí.

—Esas pequeñas excrecencias... y aquí... esto no es un tumor ni son tampoco adherencias...

—No...

Ravic se irguió.

—¡Cáncer! —manifestó—. Un cáncer declarado. ¡Ésta es la más endiablada operación que me va a tocar hacer desde hace mucho tiempo! El espéculo no indica nada, el examen pélvico solamente denuncia una ligera morbidez en un flanco, una pequeña blandura, la posibilidad de un quiste o de un fibroma; nada de importancia, pero nosotros no podemos trabajar desde abajo. Debemos cortar y, de repente, nos encontramos con un cáncer.

Veber lo miró.

—¿Qué piensa hacer?

—Podemos hacer un corte con congelación, un diagnóstico al microscopio. ¿Estará Boisson todavía en el laboratorio?

—Con toda seguridad.

Veber dio orden a la enfermera de llamar al laboratorio.

Ésta desapareció rápidamente sobre sus suelas de goma silenciosas.

—Tenemos que seguir cortando —dijo Ravic—. Hacer una histerectomía. No tiene objeto hacer otra cosa. Lo maldito del caso es que ella no lo sabe. ¿Cómo anda el pulso? —preguntó a la enfermera que atendía la anestesia.

—Regular. Noventa.

—¿Presión sanguínea?

—Doce.

—Bien —Ravic contempló el cuerpo de Kate Hegstroem, colocado con la cabeza hacia abajo, en la posición de Trendelenburg, sobre la mesa operatoria—. Hubiera tenido que saberlo antes. Se necesitaría la conformidad de ella. No podemos cortar sin más. ¿O podemos?

—Según la ley, no. Por otra parte... ya hemos empezado.

—Así habría que proceder. El legrado no se podía hacer por abajo. Ésta es otra operación. Sacar un útero es algo más que un legrado.

—Yo creo que ella tiene confianza en usted, Ravic.

—No sé. Probablemente. Pero ignoro si ella estaría conforme... —se arregló con los codos el delantal de goma sobre la bata blanca—. De todas maneras se podría intentar seguir adelante. Nos queda tiempo todavía para decidir si tenemos que hacer la histerectomía. Bisturí, Eugénie.

Hizo la incisión hasta el ombligo y desprendió los vasos sanguíneos más pequeños. Luego ligó los más grandes con nudos dobles, tomó otro bisturí y cortó la fascia amarillenta. Separó los músculos de abajo con el lomo del bisturí, levantó luego el peritoneo, lo abrió y lo aseguró con las grapas.

—El dilatador.

La asistente lo tenía ya preparado. Echó la cadena con el peso entre las piernas de Kate Hegstroem y enganchó el perineo.

—Compresas.

Introdujo los paños húmedos y calientes, puso al descubierto la cavidad abdominal y aplicó delicadamente el fórceps. Luego alzó los ojos.

—Mire aquí, Veber..., y aquí... el ligamento ancho. La masa espesa y dura. Imposible aplicar un fórceps de Kocher. Ha avanzado demasiado.

Veber observó atentamente la parte que le indicaba Ravic.

—Mire esto otro —siguió Ravic—. No podemos enganchar ya las arterias. Frágil. También aquí ya se está extendiendo. No hay esperanza...

Desprendió cuidadosamente una partícula.

—¿Está Boisson en el laboratorio?

—Sí —dijo la enfermera—. Le he telefoneado. Está esperando.

—Bien. Envíele esto. Podemos esperar el diagnóstico. No va a requerir más de diez minutos.

—Dígale que llame por teléfono —dijo Veber—. En seguida. Esperamos con la operación.

Ravic se incorporó.

—¿Cómo está el pulso?

—Noventa y cinco.

—¿Presión?

—Once con cincuenta.

—Bien. Me parece, Veber, que no necesitamos pensar más si tenemos que operar con consentimiento de ella o sin él. Aquí no hay ya nada que hacer.

Veber sacudió la cabeza afirmativamente.

—Suturar —dijo Ravic— extirpar el feto; esto es todo. Cerrar y no decir nada.

Quedó un momento inmóvil mirando el cuerpo abierto bajo los lienzos blancos. La luz deslumbrante tornaba los paños más blancos aún, como nieve fresca, debajo de la cual bostezaba el cráter sangriento. Kate Hegstroem, de treinta y cuatro años, morena, delgada, deportista, caprichosa, llena de voluntad de vivir..., condenada a muerte por la nebulosa, invisible garra que había destruido sus células. Se inclinó nuevamente sobre el cuerpo.

—Tenemos todavía que...

El niño. En ese cuerpecito caquéctico se desarrollaba todavía ciegamente una vida. Condenada con él. Aún se alimentaba, absorbiendo ávidamente, sin ser más que impulso de crecer; un algo que un día querría jugar en un jardín, querría llegar a ser alguien, ingeniero, sacerdote, soldado, asesino, hombre, algo; que querría vivir, sufrir, ser feliz y quebrarse... El instrumento avanzaba cuidadosamente a lo largo de la pared invisible; encontró resistencia; la rompió delicadamente. Lo extrajo... Todo había terminado. Terminado el inconsciente girar, terminado el respirar, el júbilo, el lamento, el crecimiento, el desarrollo. Nada más que una cosa muerta, carne pálida, y un poco de sangre coagulada.

—¿Hay ya noticias de Boisson?

—Todavía no. Deben llegar en seguida.

—Podemos esperar todavía algunos minutos.

Ravic retrocedió.

—¿Pulso?

Vio detrás de la máscara los ojos de Kate Hegstroem. Lo estaban mirando como si lo vieran y supieran todo. Por un momento creyó que ella estaba despierta. Dio un paso y luego se detuvo. ¡Imposible! Era una apariencia; la luz.

—¿Cómo está el pulso?

—Cien. Presión once con veinte. Está bajando.

—Es hora —dijo Ravic—. Boisson podría estar listo ya.

El teléfono sonó amortiguado, desde abajo. Veber miró hacia la puerta. Ravic no miraba. Esperaba. Oyó la puerta. La enfermera entró.

—Sí —dijo Veber—, cáncer.

Ravic inclinó la cabeza en señal de afirmación y siguió trabajando. Soltó el fórceps y las grapas. Sacó el dilatador, las compresas. A su lado Eugénie contaba los instrumentos.

Empezó a suturar. Fina, metódica, exactamente. Estaba concentrado por completo y sin pensamiento alguno. La tumba se cerraba, las capas de piel fueron puestas una sobre la otra hasta la más externa. Desprendió las grapas y se irguió.

—Listo.

Eugénie puso en movimiento con el pie la manivela de la mesa, colocándola de nuevo en posición horizontal, y cubrió a Kate Hegstroem.

«El “Schéhérazade” —pensó Ravic—. Anteayer. Un vestido de “Mainbocher”. ¿Fue usted alguna vez feliz? A menudo. Tengo miedo. Una operación muy común. Los gitanos tendrían que tocar».

Miró el reloj que estaba sobre la puerta. Las doce; mediodía. Afuera se abrían las oficinas y las fábricas, y la gente sana salía a la calle. Pausa de mediodía. Las dos enfermeras empujaron la camilla llana fuera de la sala de operaciones. Ravic se arrancó los guantes de goma de las manos, entró en el lavabo y empezó a lavarse.

—Su cigarrillo —le llamó la atención Veber, que estaba lavándose a su lado en el segundo lavabo—. Se va a quemar los labios.

—Sí, gracias. ¿Quién se lo dirá ahora, Veber?

—Usted —decidió Veber sin vacilación.

—Debemos explicarle por qué hemos cortado. Ella había esperado que lo hiciéramos por dentro. No le podemos decir lo que fue verdaderamente.

—Algo se le ocurrirá —dijo Veber lleno de confianza.

—¿Lo cree usted?

—Naturalmente. Tiene tiempo hasta esta noche.

—¿Y usted?

—A mí no me creería. Sabe que es usted quien la ha operado y querrá saberlo de su boca. Sospecharía con sólo verme entrar.

—Es cierto.

—No entiendo cómo ha podido desarrollarse en tan poco tiempo.

—Puede suceder. Ojalá supiera lo que tengo que decirle.

—Algo se le ocurrirá, Ravic. Un quiste cualquiera, un mioma.

—Sí —asintió Ravic—. Un quiste o un mioma.



## CAPÍTULO IX

Ravic volvió al hotel. Al abandonarlo por la mañana, Jeanne aún dormía. Había creído que podía estar de vuelta al cabo de una hora. Habían pasado tres.

—Hola, doctor —lo saludó un hombre con quien tropezó en el segundo piso.

Ravic lo miró. Una cara pálida, cabello negro y rizado, lentes. No lo reconoció.

—Álvarez —dijo el hombre—. Jaime Alvarez. ¿No se acuerda?

Ravic movió la cabeza.

El hombre se agachó y se remangó el pantalón. Una larga cicatriz corría a lo largo de la tibia hasta la rodilla.

—¿Ahora se acuerda?

—¿Yo operé esto?

El hombre movió la cabeza afirmativamente.

—Sobre una mesa de cocina en retaguardia. En un hospital improvisado de Aranjuez. Una pequeña casa entre almendros. ¿Recuerda ahora?

Súbitamente, Ravic creyó percibir el penetrante olor de los almendros en flor.

Lo percibió como si viniera subiendo por la escalera oscura, dulce, pútrido, inseparablemente mezclado con el olor más dulce y más pútrido aún de la sangre.

—Sí —asintió—. Me acuerdo.

Los heridos habían sido acostados en una terraza iluminada por la luna, uno al lado del otro. Niños, mujeres, agricultores, destrozados por los fragmentos de las bombas. Un niño sin cara; una mujer encinta desgarrada hasta el pecho; un anciano que tenía en una mano los dedos que le habían sido arrancados, lleno de temor, y creyendo que se los volverían a coser. Y sobre todo esto, el olor pesado de la noche y del claro rocío que caía.

—¿Quedó perfectamente bien la pierna? —preguntó Ravic.

—Más o menos. No la puedo doblar del todo —el hombre sonrió—. Pero lo bastante bien como para cruzar los Pirineos. González murió.

Ravic no se acordaba ya de quién era González, pero sí de un joven estudiante que lo había ayudado.

—¿Sabe usted qué le sucedió a Manolo?

—Cayó prisionero. Lo fusilaron.

—¿Y Serna, el comandante de la brigada?

—Murió. A las puertas de Madrid. —El hombre volvió a sonreír. Era una sonrisa fija, automática, que llegaba de repente y carecía de toda expresión—. Mura y La Pena fueron fusilados.

Ravic ya no recordaba quiénes habían sido Mura y La Pena. Él había abandonado España seis meses después, cuando el frente fue roto y el hospital disuelto.

—Carnero, Orta y Goldstein están en un campo de concentración —continuó Alvarez—. Blatzky está también a salvo en Francia. Escondido de este lado de la frontera.

Ravic recordaba solamente a Goldstein. Habían sido demasiadas caras en aquel entonces.

—¿Usted vive ahora en este hotel? —preguntó.

—Sí. Nos instalamos ayer. Ahí enfrente —el hombre señaló un cuarto—. Estuvimos mucho tiempo en el campo de concentración próximo a la frontera. Por fin nos soltaron. Todavía teníamos dinero —volvió a sonreír—. Camas. Verdaderas camas. Un hotel bueno. Hasta retratos de nuestros dirigentes en las paredes.

—Sí —dijo Ravic sin ironía—. Debe ser agradable después de todo aquello.

Se despidió de Alvarez y fue a su cuarto.

La habitación estaba arreglada y vacía. Jeanne se había ido. Echó una mirada en torno. Ella no había dejado ningún recado. Él tampoco había esperado que lo dejara.

Tocó el timbre. Después de un rato entró la camarera.

—La señora se fue —le notificó, como adelantándose a su pregunta.

—Ya lo veo. ¿Cómo sabe usted que ha estado aquí alguien?

—¡Pero, señor Ravic! —protestó ella, sin agregar nada más, poniendo una cara tal, como si su honor hubiera sido ofendido gravemente.

—¿Tomó el desayuno?

—No. No la vi. Si no ya hubiera pensado en eso. ¡Si ya lo sé por otras veces!

Ravic la miró. La observación no le había gustado.

Sacó un par de francos y se los metió en el bolsillo del delantal.

—Muy bien —dijo—. Hágalo la próxima vez de la misma manera. Sirva el desayuno sólo en el caso de que yo se lo ordene expresamente. Y no venga a limpiar la habitación antes de cerciorarse si está vacía.

La camarera sonrió confidencialmente.

—Muy bien, señor Ravic.

La siguió con la mirada con cierto desagrado. Sabía lo que ella pensaba. Creía que Jeanne era casada y que no deseaba que la vieran. Antes esto le hubiese causado gracia. Ahora no le gustaba en absoluto. «¿Y por qué no?», pensó. Se encogió de hombros y se acercó a la ventana. Un hotel era un hotel. No había forma de modificarlo.

Abrió la ventana. Era mediodía y el cielo se había nublado. Los gorriones trinaban en los techos. Un piso más abajo se oía reñir a dos voces. Debía de ser la familia Goldberg. El hombre era veinte años mayor que la mujer. Comerciante de trigo al por mayor de Breslau. La mujer mantenía relaciones con el refugiado Wiesenhoff. Ella creía que nadie lo sabía. En realidad, el único que no lo sabía era Goldberg.

Cerró la ventana. Por la mañana había hecho una operación de vesícula. Una vesícula anónima para Durant. Un pedazo de vientre masculino desconocido que había abierto para Durant. Doscientos francos de honorarios. Después había visitado a Kate Hegstroem. Tenía fiebre. Demasiada fiebre. Se había quedado una hora. Ella había dormido mal. No era nada extraordinario. Pero si no hubiese ocurrido hubiera sido mejor.

Miró fijamente por la ventana. La sensación rara, vacía, del «después». La cama que ya no le decía nada. El día destrozando despiadadamente el ayer como el chacal la piel de un antílope. Las montañas de la noche. Las ilusiones de la noche, surgidas en la oscuridad, inmensamente lejanas ahora, ya parecían un espejismo en el sinfín de las horas...

## CAPITULO X

—¿Qué pasó conmigo, Ravic? —preguntó Kate Hegstroem.

Estaba acostada en su cama, algo erguida, con dos almohadas bajo la cabeza. La habitación olía a *Eau de Santé* y a perfume. La ventana superior estaba entreabierta. El aire claro y algo helado que penetraba desde afuera se mezclaba con el calor de la habitación, como si no fuera enero, sino ya abril.

—Tuvo fiebre, Kate. Un par de días. Después durmió casi durante veinticuatro horas. Ahora pasó la fiebre y todo marcha bien. ¿Cómo se siente?

—Cansada todavía. Pero no como antes, sin tantos calambres; apenas tengo dolores.

—Los volverá a tener. No mucho, ya nos encargaremos de que pueda soportarlos. Pero como ahora no quedará. Usted misma lo sabe...

Ella asintió.

—Usted me operó, Ravic...

—Sí, Kate.

—¿Era necesario?

—Sí.

Ravic aguardó. Era mejor dejar que preguntara.

—¿Cuánto tiempo tendré que seguir en cama?

—Un par de semanas.

Ella permaneció un rato callada.

—Creo que me hará bien. Me hace falta tranquilidad. Ya estaba harta. Ahora me doy cuenta: estaba cansada. No me quería convencer. ¿Tenía algo que ver con ese asunto?

—Con toda seguridad.

—¿También que perdiera sangre de vez en cuando? ¿Entre los períodos?

—Eso también, Kate.

—Entonces es bueno disponer ahora de tiempo. Quizás haya sido necesario. Tener que levantarme ahora y afrontar todo aquello..., yo creo que no sería capaz.

—No tiene por qué hacerlo. Olvídelo. Piense nada más que en lo inmediato. En su desayuno, por ejemplo.

—Bien —sonrió débilmente—. Entonces alcánceme el espejo —le alcanzó el espejo de sobre la mesita de noche. Ella se miró con atención—. Aquellas flores, ¿las trajo usted, Ravic?

—No; son de la clínica.

Ella puso el espejo sobre la cama.

—Las clínicas no suelen mandar lilas en enero. Las clínicas mandan ásteres o algo parecido. Las clínicas no saben que las lilas son mis flores favoritas.

—Ésta sí. Usted es aquí ya veterana. —Ravic se levantó—. Ahora tengo que irme. Volveré a eso de las seis para verla.

—Ravic...

—Sí...

Se dio vuelta. «Ahora viene —pensó—. Ahora preguntará».

Ella extendió la mano.

—Gracias —dijo—. Gracias por las flores. Y gracias por haberme cuidado. Me siento siempre tan segura con usted.

—Está bien, Kate, está bien. No había nada que cuidar. Y ahora trate de dormir, si puede. Si siente dolores, llame a la enfermera. Yo me encargaré de que ella tenga un calmante. Volveré por la tarde.

## CAPÍTULO XI

El chico no gritó. No hizo más que mirar fijamente a los médicos. Todavía estaba tan atontado que no sentía dolor. Ravic echó una mirada sobre la pierna destrozada.

—¿Qué edad tiene? —preguntó a la madre.

—¿Cómo? —dijo la mujer sin entender.

—¿Qué edad tiene?

La mujer, que llevaba un pañuelo en la cabeza, movió los labios.

—¡La pierna! —exclamó—. ¡La pierna! Fue un camión.

Ravic auscultó el corazón.

—¿Ha estado enfermo antes?

—¡La pierna! —repitió la mujer—. ¡Pero si es la pierna!

Ravic se levantó. El corazón latía rápidamente como el de un pájaro, pero no comprobó nada alarmante. Tendría que observar al chico, al que encontraba macilento y raquítico, durante la anestesia. Había que empezar en seguida. La pierna destrozada estaba llena de barro.

—¿Me cortarán la pierna ahora? —preguntó el chico.

—No —contestó Ravic, sin estar convencido.

—Sería mejor amputarla y no dejar que me quede tiesa.

Ravic miró atentamente la cara precoz. Todavía no había ninguna señal de dolor en ella.

—Veremos —dijo—. Ahora tenemos que adormecerte. Es muy sencillo. No hay por qué tener miedo. Puedes estar tranquilo.

—Un momento, señor. El número es FO 2019. ¿Quiere apuntarlo para mi madre?

—¿Qué? ¿Qué, Jeannot? —preguntó la madre sobresaltada.

—Recuerdo el número. El número del auto. FO 2019. Lo vi cerca de mí. Estaba la luz roja. El conductor tuvo la culpa —el chico empezó a respirar con dificultad—. El Seguro tiene que pagar. El número...

—Ya lo apunté —dijo Ravic—, tranquilízate. Lo apunté todo.

Le hizo señas a Eugénie para que empezara con la anestesia.

—Mi madre tiene que ir a ver a la Policía. El seguro tiene que pagar — gruesas gotas de sudor aparecieron repentinamente en su cara, como si hubiera estado bajo la lluvia—. Si me amputa la pierna, paga más... que si... queda tesa...

Los ojos se hundían en unas ojeras azules, que aparecieron sobre la piel, como estanques sucios. El chico gimió y trató de decir algo rápidamente.

—Mi madre... no entiende... usted... ayudar.

No pudo más. Empezó a bramar sorda y contenidamente, como si dentro de él se encontrara un animal torturado.

## CAPÍTULO XII

—¿Me amputó la pierna? —preguntó Jeannot.

La sangre había abandonado su rostro demacrado y blanco como un papel. Las pecas resaltaban oscuras como si no formaran parte de él, sino como si alguien lo hubiera salpicado con pintura. El muñón estaba rodeado por una canasta de alambre sobre la cual habían echado la manta.

—¿Sientes dolores? —preguntó Ravic.

—Sí. En la pierna. La pierna me duele mucho. Ya le pregunté a la enfermera. La vieja bruja no me lo quiere decir...

—Tu pierna ha sido amputada —dijo Ravic.

—¿Por arriba o por debajo de la rodilla?

—Diez centímetros más arriba. La rodilla estaba deshecha y no hubo manera de salvarla.

—Bien —dijo Jeannot—. Eso significa un quince por ciento más para el Seguro. Muy bien. Una pierna artificial es una pierna artificial, ya sea por arriba o por debajo de la rodilla. Pero el quince por ciento es algo que uno se puede meter en el bolsillo todos los meses —vaciló—. Será mejor que todavía no se lo diga a mi madre. Ella no lo puede ver con esta jaula de loros que tengo sobre el muñón.

—No le diremos nada, Jeannot.

—El Seguro me tendrá que pagar una renta durante toda la vida. ¿No es cierto?

—Creo que sí.

En la cara descolorida se dibujó una mueca.

—Quedarán asombrados. Tengo trece años. Así tendrán que pagar durante mucho tiempo. ¿Sabe usted ya que Compañía de Seguros es?

—Todavía no. Pero tenemos la matrícula del automóvil. Tú lo habías recordado. La Policía ya estuvo aquí; quiere interrogarte. Esta mañana todavía estabas durmiendo. Quieren volver esta noche.

Jeannot quedó pensativo.



—Testigos —dijo luego—. ¿Será importante que tengamos testigos? ¿Tenemos algunos?

—Creo que tu madre tiene dos direcciones. Ella tenía el apunte en la mano.

El chico se puso nervioso.

—Lo perderá. Si no lo ha perdido ya. Usted sabe cómo es la gente de edad. ¿Dónde está ahora?

—Tu madre pasó toda la noche y hoy hasta el mediodía sentada al lado de tu cama. Hace poco conseguimos que se fuera. Volverá pronto.

—Ojalá lo tenga todavía. La Policía... —hizo un gesto débil con la mano macilenta—. ¡Ladrones! —murmuró—. Todos ladrones. Se las entienden con las Compañías de Seguros. Pero teniendo buenos testigos... ¿Cuándo vuelve?

—Pronto. No te excites por eso. Ya se arreglará todo.

Jeannot movió la boca como si estuviera mascando algo.

—A veces suelen pagar todo el dinero junto. Como indemnización, en lugar de una renta. Con eso podríamos establecer un negocio mi madre y yo.

—Ahora descansa —dijo Ravic—. Tendrás tiempo para pensar.

El chico movió la cabeza.

—Sí —repitió Ravic—. Tienes que estar descansado cuando venga la Policía.

—Sí, es cierto. ¿Qué debo hacer?

—Dormir.

—Pero luego...

—Ya te despertarán.

—Estaba la luz roja. Estoy seguro.

—Seguramente. Y ahora trata de dormir un poco. Aquí tienes un timbre por si necesitas algo.

—Doctor...

—¿Sí? —Ravic se dio vuelta.

—Si todo sale bien... —Jeannot estaba acostado entre sus almohadas y algo parecido a una sonrisa pasó sobre su cara precoz y tensa—. A veces uno tiene suerte, ¿no?

## CAPÍTULO XIII

—Un escándalo —dijo la mujer de las esmeraldas, que estaba sentada frente a Kate Hegstroem—. ¡Un escándalo divino! ¡Todo París se está riendo! ¿Sabías tú que Louis es homosexual? Estoy segura que no. Todos nosotros lo ignorábamos; lo disimulaba muy bien. Lina de Newbourg figuraba como su amante oficial... y ahora, imagínate: hace una semana vuelve de Roma, tres días antes de lo que había dicho, visita de noche el departamento de ese Nicky, con el propósito de darle una sorpresa, y ¿a quién encuentra?

—A su esposa —dijo Ravic.

La mujer de las esmeraldas levantó la mirada. Por un instante pareció una mujer que se entera de pronto de la bancarrota de su esposo.

—¿Sabía usted ya el cuento? —preguntó.

—No. Pero tiene que ser así.

—No lo comprendo —miró a Ravic confundida—. Si era una cosa muy improbable.

—Por eso mismo.

Kate Hegstroem sonrió.

—El doctor Ravic tiene una teoría, Daisy. La llama método de la coincidencia. Según ella, lo más improbable casi siempre resulta lo más lógico.

—Interesante —Daisy sonrió con amabilidad y totalmente desinteresada—. No se hubiera sabido nada —prosiguió—, si Louis no hubiera hecho una escena terrible. Estaba completamente fuera de sí. Ahora vive en el «Crillon». Él se quiere divorciar. Los dos están esperando los motivos —se reclinó expectante en su asiento—. ¿Qué te parece?

Kate Hegstroem echó una mirada rápida a Ravic. Él estaba observando una rama de orquídeas que se encontraba sobre la mesa, entre cajas de sombreros y una fuente llena de uvas y duraznos..., flores blancas, parecidas a mariposas, salpicadas de corazones lascivos y rojos.

—Extraordinario, Daisy —dijo—. ¡Realmente extraordinario!

Daisy gozó su triunfo.

—Eso no lo hubiera adivinado, ¿eh? —preguntó a Ravic.

Aquél colocó cuidadosamente la rama en el delicado florero de cristal.

—No. Eso sí que no.

Daisy movió la cabeza satisfecha y recogió su cartera, su polvera y sus guantes.

—Tengo que irme. Louise tiene un cóctel *party* a las cinco. Viene su ministro. Se está murmurando algo —se levantó—. A propósito, Fredy y Marthe se han vuelto a separar. Ella le ha devuelto las joyas por tercera vez. Y él todavía se impresiona, el corderito. Se cree que lo quiere de veras. Le devolverá todo y, como recompensa, le regalará otra alhaja más. Como siempre. Él no lo sabe... pero ella ya se eligió en la joyería «Ostertag» lo que quiere. Él suele comprar allá. Un prendedor de rubíes, de piedras grandes y cuadrangulares. Sangre de paloma de lo mejor. Es hábil.

Besó a Kate.

—Adiós, querida. Ahora por lo menos estás algo al tanto de lo que sucede en el mundo. ¿No podrás salir pronto de aquí? —miró a Ravic.

Él recogió una mirada de Kate.

—Por ahora no —dijo—. Desgraciadamente no.

Ayudó a Daisy a ponerse el abrigo. Era de visón oscuro sin cuello. «Un abrigo para Jeanne», pensó.

—Venga alguna vez con Kate a tomar el té —le dijo Daisy—. Los miércoles siempre hay muy poca gente; así podríamos conversar tranquilamente. Me interesan mucho las operaciones.

—Con sumo gusto.

Ravic cerró la puerta detrás de ella y volvió.

—Lindas esmeraldas —declaró.

Kate Hegstroem sonrió.

—Eso ha sido mi vida de antes, Ravic. ¿Puede comprenderlo?

—Sí. ¿Por qué no? Es hermoso cuando uno lo puede hacer. Protege contra muchas cosas.

—Yo ya no puedo comprenderla —se levantó y avanzó con cuidado hasta su cama.

Ravic la siguió con la mirada.

—Es de poca importancia el lugar donde uno vive, Kate. Puede ser más cómodo, pero nunca importante. Sólo es importante lo que uno hace allí. Y a veces ni esto.

Ella puso sus largas y hermosas piernas sobre la cama.

—Todo carece de importancia —declaró— cuando una ha pasado un par de semanas de cama y puede caminar de nuevo.

—Ya no tiene por qué quedarse aquí si no lo desea. Puede vivir en el «Lancaster», si toma una enfermera.

Kate Hegstroem negó con la cabeza.

—Me quedo aquí hasta que pueda viajar. En este lugar estoy a salvo de las muchas Daisys.

—Échelas cuando vengan. No hay nada que fastidie más que las charlas.

Ella se extendió con cuidado en la cama.

—¿Puede usted imaginarse que esta Daisy, a pesar de sus chismes, es una excelente madre? Educa a sus dos hijos a la perfección.

—Eso suele suceder —declaró Ravic impasible.

Ella se cubrió con una manta.

—Una clínica es como un convento —dijo—. Uno vuelve a saber apreciar las cosas más simples. Como caminar, respirar, ver.

—Sí. La felicidad está al alcance de nuestra mano. Lo único que tenemos que hacer es tomarla.

Ella lo miró:

—Lo pienso en serio, Ravic.

—Yo también, Kate. Únicamente las cosas sencillas no nos desilusionan nunca. Y a la felicidad hay que buscarla bien abajo.

## CAPÍTULO XIV

André Durant estaba sinceramente indignado.

—Ya no se puede trabajar con usted —declaró.

Ravic se encogió de hombros. Sabía por boca de Veber que Durant recibiría diez mil francos por la operación. Si no exigía lo que quería antes de hacerla, Durant le daría sólo doscientos. Ya lo había hecho la última vez.

—¡Media hora antes de la operación! No lo hubiera esperado de usted, doctor Ravic.

—Yo tampoco —dijo Ravic.

—Usted sabe que siempre puede confiar en mi generosidad. No comprendo por qué se ha vuelto tan interesado ahora. A mí me choca hablar sobre dinero en este momento, cuando el paciente sabe que su vida está en nuestras manos.

—A mí no —replicó Ravic.

Durant lo miró durante un rato. Su cara arrugada, con mostacho blanco, expresaba dignidad e indignación. Se ajustó los lentes de oro.

—¿En qué cantidad había pensado? —preguntó disgustado.

—En dos mil francos.

—¿Qué? —Durant causaba la impresión de haber sido fusilado, sin poder creer todavía que iba a ser fusilado—. Ridículo —dijo luego brevemente.

—Muy bien —respondió Ravic—. Le será fácil encontrar a otro. Llame a Binot; opera muy bien.

Tomó su sobretodo. Durant lo miró fijamente. Su cara digna estaba arbolada.

—Espere —dijo, cuando Ravic iba a tomar su sombrero—. ¡Usted no puede dejarme plantado! ¿Por qué no me lo dijo ayer?

—Usted estuvo ayer en el campo y no pude dar con usted.

—¡Dos mil francos! ¿Sabe usted que ni yo exigiré tanto? El paciente es un amigo al que únicamente le puedo cobrar mis gastos.

André Durant se parecía a las imágenes de Dios que se ven en los libros para niños. Tenía setenta años, era un diagnosticador regular, pero un mal

cirujano. Su excelente clientela se la debía principalmente al trabajo de su anterior asistente Binot, que había logrado por fin, dos años atrás, independizarse. Desde entonces Durant utilizaba a Ravic para sus operaciones difíciles. Ravic practicaba incisiones más pequeñas y trabajaba de un modo que dejaba cicatrices apenas visibles. Durant era una excelente conocedor de los vinos de Burdeos, una persona muy apreciada en los *parties* elegantes y sus pacientes procedían casi siempre de ellos.

—Si lo hubiera sabido... —murmuró.

Siempre lo sabía. Tal era el motivo por el cual acostumbraba pasarse dos o tres días en su casa de campo antes de cada operación difícil. Deseaba evitar conversaciones sobre el precio antes de la operación. Después era más sencillo; podía dar esperanzas para la vez siguiente... y la vez siguiente volvería a hacer lo mismo. Esta vez Ravic, sorprendiendo a Durant, no había llegado a última hora, sino media hora antes de la fijada para la operación, y lo había pescado antes de que se le diera la anestesia al paciente. Así no había posibilidad de utilizarla como excusa para abreviar la discusión.

La enfermera apareció en la puerta.

—¿Debemos empezar con la anestesia, señor profesor?

Durant la miró; luego miró suplicante y lastimeramente a Ravic. Ravic devolvió la mirada, lastimera pero con firmeza.

—¿Qué opina, doctor Ravic? —preguntó Durant.

—La decisión está en sus manos, profesor.

—Un minuto, enfermera. Todavía no nos hemos puesto de acuerdo con respecto al procedimiento —la enfermera se retiró. Durant se volvió a Ravic—. ¿Y ahora? —preguntó con tono de reproche.

Ravic se metió las manos en los bolsillos.

—Postergue la operación hasta mañana... o hasta dentro de una hora y llame a Binot.

Binot había realizado casi todas las operaciones de Durant durante veinte años y no había llegado a nada, porque Durant le había imposibilitado casi toda oportunidad de independizarse, caracterizándolo siempre como un simple ayudante. Binot odiaba a Durant y exigiría por lo menos cinco mil francos; Ravic lo sabía. Durant también lo sabía.

—Doctor Ravic —dijo—, nuestra profesión no debería degenerar en discusiones comerciales.

—Ésa es también mi opinión.

—¿Por qué no deja a mi discreción el arreglo del asunto? Hasta ahora siempre ha quedado conforme.

—Nunca —dijo Ravic.

—Jamás me lo había dicho.

—Porque hubiera sido inútil. Además no me interesaba. Esta vez me interesa, necesito el dinero.

La enfermera volvió a entrar.

—El paciente está inquieto, señor profesor.

Durant miró fijamente a Ravic. Ravic devolvió la mirada. Sabía que era difícil arrancarle dinero a un francés. Más difícil que a un judío. Un judío ve el negocio; un francés solamente el dinero que tiene que dar.

—Un minuto, enfermera —dijo Durant—. Tómele el pulso, la presión sanguínea y la temperatura.

—Ya lo hice.

—Entonces empiece con la anestesia.

La enfermera se fue.

—Pues bien —dijo Durant tomando una decisión—, le daré mil.

—Dos mil —rectificó Ravic.

Durant no le hizo caso. Se acarició el blanco mostacho.

—Escuche, Ravic —dijo luego con calor—; como refugiado que no puede ejercer...

—Tampoco debía operar con usted —dijo Ravic tranquilo. Esperaba la tradicional declaración de que debería sentirse agradecido por ser admitido en el país.

Pero Durant prescindió de ella. Vio que no conseguía nada y que el tiempo apremiaba.

—Dos mil —repitió con tal amargura como si la palabra fuera un billete que le salía de la garganta—. Los tendré que pagar de mi propio bolsillo. Pensaba que usted se acordaría de lo que he hecho por usted.

Esperaba... «Es raro —pensó Ravic— que a estos explotadores les agrade tanto moralizar. Este viejo bandido, con la roseta de la Legión de Honor en el ojal, que me está explotando, me hace reproches en lugar de avergonzarse. Y aun se lo cree».

—Entonces dos mil —dijo Durant al fin—. Dos mil —repitió. Era como si dijera patria, amor, Dios, espárrago tierno, perdices frescas, vino añejo. ¡Terminado!—. ¿Entonces, podemos empezar ahora?

## CAPÍTULO XV

Ravic despertó muy lentamente. Durante un rato se encontró todavía en el raro crepúsculo entre el sueño y la realidad; el sueño todavía subsistía, más pálido y más fantasmagórico, y al mismo tiempo ya sabía que estaba soñando. Se hallaba en la región de Schwarzwald, cerca de la frontera alemana, en una pequeña estación de ferrocarril. En las cercanías se oía el fragor de una catarata. Desde las montañas llegaba el olor de los pinos. Era verano y el valle estaba saturado del olor de la resina y de las praderas. Los rieles relucían rojos bajo el sol poniente; como si un tren hubiera pasado goteando sangre. «¿Qué estoy haciendo aquí? —pensó Ravic—. ¿Qué estoy haciendo aquí, en Alemania? ¡Si yo estoy en Francia! ¡Si yo estaba en París!». Una ola blanda, tornasolada, lo sumió en un sueño más profundo. París ya se estaba desvaneciendo, aparecía solamente como envuelta en niebla, se hundía. No estaba en París, estaba en Alemania. ¿Por qué había vuelto otra vez allí?

Cruzó la pequeña estación. El guardavía estaba parado al lado de un quiosco de periódicos. Leía el *Volkischen Beobachter* y era hombre de mediana edad, de cara gorda y cejas muy rubias.

—¿Cuándo parte el próximo tren? —preguntó Ravic.

El guardavía lo miró perezosamente.

—¿Adónde quiere ir?

Súbitamente, Ravic sintió una ola de terror ardiente. ¿Dónde estaba? ¿Cómo se llamaba la localidad? ¿Cómo se llamaba la estación? ¿Debería decir Freiburg? ¡Maldición!, ¿por qué no sabía dónde estaba? Miraba a lo largo de la vía. Ninguna señal indicadora. En ningún lado un nombre. Sonrió.

—Estoy de vacaciones —dijo.

—¿Adónde quiere ir? —repitió el guardavía.

—Estoy viajando sin rumbo. Me bajé aquí sin motivo. Me gustaba desde la ventanilla. Ahora ya no me gusta; no me gustan las cataratas. Ahora quiero seguir.

—Pero, ¿adónde quiere ir? Usted tiene que saber adónde quiere ir.



—Tengo que estar pasado mañana en Freiburg. Mientras tanto tengo tiempo. Me divierte viajar así, sin rumbo.

—Esta línea no lleva a Freiburg —dijo el guardavía mirándolo.

«¿Qué disparate estoy haciendo? —pensó Ravic—. ¿Por qué estoy preguntando? ¿Por qué no espero simplemente? ¿Cómo he venido aquí?».

—Ya lo sé —dijo—. Todavía tengo bastante tiempo. ¿Se podrá conseguir en algún lado un guindado? ¿Un legítimo guindado de Schwarzwald?

—Allá, en el restaurante de la estación —le indicó el guardavía, que no dejaba de mirarlo.

Ravic cruzó lentamente el andén. Sus pasos resonaban sobre el cemento bajo el techo abierto de la estación. En la sala de espera de segunda y primera clase vio a dos hombres sentados. Sentía sus miradas en su espalda. Unas gaviotas volaban bajo el techo de la estación. Simulaba contemplarlas, mientras miraba de reojo al guardavía. Éste dobló el diario. Luego siguió a Ravic. Ravic entró en el restaurante. El ambiente olía a cerveza. No había nadie. Volvió a abandonarlo. El guardavía estaba afuera. Vio salir a Ravic y entró en la sala de espera. Ravic apuró el paso. Se había hecho sospechoso, de repente lo sabía. Cuando llegó a la esquina del edificio, se dio vuelta. No había nadie en el andén. Pasó apresuradamente entre consigna y la vacía taquilla. Pasó agachado bajo la balanza para equipajes, sobre la cual había un par de tarros de leche, y se arrastró bajo una ventana, detrás de la cual el telégrafo hacía tictac, hasta alcanzar el otro lado del edificio. Miró a su alrededor con cautela. Luego cruzó rápidamente las vías y corrió a través de una pradera floreciente hacia el bosque de pinos. Los pétalos polvorientos del diente de león volaban mientras cruzaba la pradera. Al llegar a los pinos, vio al guardavía y a los dos hombres en el andén. El guardavía señalaba hacia él y los dos hombres empezaron a correr. Saltó hacia atrás y se deslizó por entre los pinos. Las ramas afiladas le castigaban la cara. Dio un gran rodeo y se detuvo, para no delatar su escondite. Sintió a los hombres irrumpir a través de los pinos y siguió corriendo. A cada rato escuchaba. A veces no oía nada; entonces se limitaba a esperar. Luego oía crujidos y también él seguía adelante, sobre la tierra ahora, para hacer menos ruido. Crispaba los puños y contenía el aliento, cuando se detenía a escuchar; se sentía arrebatado por el deseo de levantarse de un salto y salir corriendo; pero con esto se hubiera delatado. Sólo podía moverse cuando los otros también lo hacían. Se hallaba en una maleza entre flores azules. «Hepática triloba», pensó. Hepática triloba, la florecita azul. El bosque parecía no tener fin. Ahora crujía por todas partes. Sentía cómo el sudor le brotaba por todos los poros, como si su cuerpo

estuviese lloviendo. Y, repentinamente, se le aflojaban las rodillas, como si las articulaciones se hubiesen ablandado. Intentaba levantarse. Pero se hundía. El suelo parecía pantanoso. Miraba hacia abajo. El suelo era firme. Eran las piernas. Eran como de goma. Ahora se sentía a los perseguidores más cerca. Venían directamente hacia él. Hizo un último esfuerzo para levantarse pero volvió a hundirse sobre sus rodillas de goma. Arrastraba las piernas, seguía vadeando laboriosamente, y sentía cada vez más cerca el crujir detrás de él, y luego, de repente, el cielo brillaba azul a través del follaje, un claro se abría, y sabía que estaba perdido si no podía cruzarlo rápidamente; se arrastraba y se volvía y veía detrás de él una cara, sonriendo socarronamente, la cara de Haake, y se hundía, inerme, sin ayuda, se ahogaba, tiraba con las manos de su pecho que se estaba hundiendo, gemía...

## CAPÍTULO XVI

La luz. Siempre volvía a ser la luz. Llegaba volando como espuma blanca desde el horizonte, entre el profundo azul del mar y el más claro del cielo, llegaba volando, sin aliento y con aliento más profundo al mismo tiempo, brillo y reflejo en uno, felicidad simple y antigua de ser tan clara, de brillar tanto, de ser tan voluble...

«¡Cómo luce detrás de su cabeza! —pensó Ravic—. ¡Cómo una aureola sin color! ¡Lejanía sin perspectiva! ¡Cómo fluye sobre sus hombros! ¡Leche de Canaán, seda, tejida de rayos! Nadie está desnudo bajo esta luz. La piel la recoge, la hace rebotar, como afuera las rocas hacen rebotar el mar, espuma luminosa, confusión más transparente, indumentaria más fina de clarísima niebla».

—¿Cuánto hace que estamos aquí? —preguntó Jeanne.

—Ocho días.

—Es como si fueran ocho años, ¿no te parece?

—No —dijo Ravic—. Es como si fueran ocho horas. Ocho horas y tres mil años. Ahí donde tú estás ahora, estaba igual que tú, hace tres mil años, una joven etrusca; y el viento venía como hoy desde África, llevando delante de sí la luz a través del mar.

Jeanne se acuclilló a su lado sobre la roca.

—¿Cuándo tenemos que estar de vuelta en París?

—Eso lo veremos esta noche en el casino.

—¿Hemos ganado?

—No lo suficiente.

—Juegas como si lo hubieras hecho durante toda tu vida. Tal vez haya sido así. Si yo no sé nada de ti... ¿Cómo es que el *croupier* te saludó, como a un rico fabricante de municiones?

—Me confunde con un fabricante de municiones.

—No es cierto. Tú también lo reconociste.

—Fue más amable hacer como si lo conociera.

—¿Cuándo estuviste aquí la última vez?

—No lo sé. Alguna vez hace muchos años. ¡Qué tostada estás! Deberías estar siempre tostada.

—Entonces tendría que vivir siempre aquí.

—¿Te gustaría?

—Siempre no. Pero me gustaría vivir siempre como estoy viviendo aquí —se echó el pelo hacia atrás, sobre los hombros—. Lo encuentras seguramente muy superficial, ¿no?

—No —dijo Ravic.

Ella sonrió y se volvió hacia él.

—Sé que es superficial, querido; pero, por Dios, ¡hemos tenido tan poca superficialidad en nuestra maldita vida! Hemos tenido bastante guerra, hambre, subversiones, revoluciones e inflaciones, pero nunca un poco de seguridad, facilidad, tranquilidad y tiempo. Y ahora tú todavía dices que habrá otra guerra. Nuestros padres han tenido menos problemas que nosotros, por cierto, Ravic.

—Sí.

—Uno posee solamente esta única y corta vida y ve cómo se va —apoyó las manos sobre la roca caliente—. Yo no valgo mucho, Ravic. No me interesa vivir en un período histórico. Quiero ser feliz y no quiero que todo sea tan difícil y gravoso. Nada más.

—¿Quién no lo desearía, Jeanne?

—¿Tú también?

—Desde luego.

«Este azul —pensó Ravic—. Este azul casi incoloro en el horizonte, donde el cielo se hunde en el mar, ¡y luego esta tempestad, cada vez más profunda, por encima del mar y llegando hasta el cenit, hasta estos ojos, que aquí son tan azules como jamás lo han sido en París!».

—Quisiera que pudiéramos hacerlo —dijo Jeanne.

—Lo estamos haciendo... por ahora.

—Sí, por ahora, por un par de días; pero luego volveremos otra vez a París, a ese *cabaret* en donde no cambia nada; a esa vida en un hotel sucio...

—Estás exagerando. Tu hotel no es sucio. El mío lo es bastante... menos mi habitación.

Ella apoyó sus brazos. El viento volaba por su pelo.

—Morosow dice que eres un médico extraordinario. Lástima que estés en esta situación. Si no, podrías ganar mucho dinero. Precisamente como cirujano. El profesor Durant...

—¿Qué tienes que ver con él?

—De vez en cuando va al «Schéhérazade». René, el mozo, dice que por menos de diez mil francos no mueve un dedo.

—René está bien informado.

—Y a veces hace dos o tres operaciones en un solo día. Tiene una casa preciosa, un «Packard»...

«Es extraño —pensó Ravic—. La expresión de su rostro no cambia. Ahora, mientras dice estas tonterías femeninas, es casi más fascinante que antes. Parece una amazona de ojos marinos; hablando con instinto incubador, predica ideales de banquero. ¿Pero no tiene razón? ¿No tiene razón siempre tanta belleza? ¿Y todas las excusas del mundo?».

Vio acercarse la lancha en medio de una ola de espuma. No se movió, sabía por qué venían.

—Ahí vienen tus amigos —dijo.

—¿Dónde? —Jeanne ya había visto la lancha hacía rato—. ¿Cómo mis amigos? —preguntó—. Son más bien amigos tuyos. A ti te conocieron antes que a mí.

—Diez minutos antes.

—En todo caso antes.

Ravic rió.

—Está bien, Jeanne.

—No tengo por qué ir. Es muy sencillo. No iré.

—Claro que no.

Ravic se tendió sobre la roca y cerró los ojos. En seguida el sol se convirtió en una manta áurea y caliente. Sabía lo que ocurriría entonces.

—No somos muy amables —dijo Jeanne después de una pausa.

—Los enamorados nunca lo son.

—Los dos han venido por nosotros. Nos vienen a buscar. Si tú no quieres ir con ellos, por lo menos podrías bajar y decírselo.

—Bien —Ravic entreabrió los ojos—. Abreviemos. Baja tú y diles que tengo que trabajar, y vete con ellos. Exactamente como ayer.

—Trabajar... esto suena raro. ¿Quién trabaja aquí? ¿Por qué no vienes con nosotros? Los dos te aprecian mucho. Ayer estaban muy decepcionados al ver que tú no ibas.

—Dios mío —Ravic abrió los ojos del todo—. ¿Por qué todas las mujeres gustarán de estas conversaciones idiotas? Tú tienes ganas de ir, yo no tengo lancha, la vida es breve, estaremos aquí solamente por pocos días, ¿qué necesidad tengo yo de hacerme el generoso y de obligarte a hacer una cosa que de todos modos harías, con el único fin de que tú te sientas mejor?

—No tienes que obligarme a nada. Lo puedo hacer yo sola.

Lo miró. Sus ojos eran de la misma radiante intensidad; solamente su boca se había torcido durante un segundo; era una expresión tan fugaz, que volaba sobre su cara, que Ravic podía creer que se había equivocado. Pero sabía que no se había equivocado.

El mar golpeó con un chasquido contra las rocas del muelle. Salpicaba, y el viento trajo consigo una rociada de agua brillante. Ravic la sintió sobre su piel como un breve estremecimiento.

—Ésta fue tu ola —dijo Jeanne—. Como en la historia que me contaste en París.

—¿Te acuerdas todavía?

—Sí. Pero tú no eres peñasco. Eres bloque de cemento.

Ella bajó al muelle y sobre sus hermosos hombros estaba el firmamento entero. Era como si ella lo llevara. Jeanne tenía su excusa. «Se sentará en el bote blanco, su cabello volará al viento y yo soy idiota porque no la acompaño —pensó Ravic—. Pero no sirvo para este papel. Esto también es tonto orgullo de tiempo pasado, acción quijotesca, ¿pero qué otra cosa nos queda? Higueras en flor en las noches de luna, la filosofía de Séneca y de Sócrates, un concierto de violín de Schumann y el saber reconocer una pérdida antes que lo demás».

Oyó la voz de Jeanne desde abajo. Luego el sordo tronar del motor. No se levantó. Ella estaría sentada en la popa. Allá, mar afuera, había una isla con un convento. A veces se sentía el cacarear de los gallos desde allá. ¡Qué rojo parecía el sol a través de los párpados! El suave fluir de la infancia, rojo por las flores de la sangre ansiosa. La antigua canción de cuna del mar. Las campanas de Vinata. La maravillosa felicidad del no pensar. Se durmió rápidamente.

## CAPITULO XVII

Ravic se dirigía a la clínica. Hacía una semana que había vuelto de la Riviera. De repente se detuvo. Lo que vio parecía un juego de niños. El edificio en construcción brillaba al sol como si fuera un juguete, levantado por niños; los andamios se destacaban como filigranas contra el claro firmamento, y cuando uno de ellos se desprendía, y una viga, con una figura arriba, empezaba a inclinarse lentamente, parecía que se estuviera cayendo un fósforo con una mosca en una punta. Caía y caía y parecía caer interminablemente; la figura se soltaba y se convertía en un muñequito, que extendía los brazos y navegaba torpemente por el vacío. Era como si el mundo hubiese quedado helado y silencioso durante un instante. Nada se movía; ningún viento, ningún aliento, ningún sonido; solamente la pequeña figura y la viga caían, caían...

Después, repentinamente, todo fue ruido y movimiento. Ravic sintió que había contenido el aliento. Echó a correr.

El accidentado yacía en el pavimento. Un segundo antes la calle estaba casi vacía. Entonces rebosaba de gente. Venían de todos lados, como si hubiera sonado una señal de alarma. Ravic se abrió paso. Observó que dos obreros intentaban alzar a la víctima.

—¡No lo alcen! ¡Déjenlo como está! —gritó.

La gente apeñuscada le hizo lugar. Los dos obreros sostenían al accidentado medio en el aire.

—¡Bájelo lentamente! ¡Cuidado! ¡Despacio!

—¿Quién es usted? —preguntó uno de ellos—. ¿Un médico?

—Sí.

—Muy bien.

Los dos hombres depositaron al herido en el suelo. Ravic se arrodilló a su lado y lo auscultó. Separó cuidadosamente la blusa empapada en sudor y palpó el cuerpo. Luego se incorporó.

—¿Qué? —preguntó el que lo había interrogado antes—. Inconsciente, ¿eh?

Ravic negó con la cabeza.

—¿Qué? —preguntó el obrero.

—Muerto —declaró Ravic.

—¿Muerto?

—Sí.

—Pero —exclamó el otro sin entender— si acabamos de almorzar juntos.

—¿No hay ningún médico? —preguntó alguien detrás del anillo de curiosos.

—¿Qué ocurre? —dijo Ravic.

—¿Hay un médico aquí? ¡Rápido!

—¿Qué ocurre?

—La mujer...

—¿Qué mujer?

—La viga la lastimó. Está sangrando.

Ravic se acercó. Una mujer pequeña, con gran delantal azul, yacía sobre un montón de arena al lado de una fosa de cal. Su cara era arrugada, muy pálida y los ojos estaban inmóviles, parecían pedazos de carbón. Por debajo del cuello brotaba la sangre como una pequeña fuente. Manaba en un chorro pequeño y oblicuo, muy irregular. Bajo la cabeza, un charco negro penetraba rápidamente a través de la arena.

Ravic apartó la arteria. Sacó una venda de la pequeña cartera para primeros auxilios que siempre llevaba consigo.

—¡Tenga esto! —dijo al que estaba más próximo.

Cuatro manos trataron al mismo tiempo de tomar la cartera. Ésta cayó sobre la arena y se abrió. Ravic sacó de ella una tijera y un torniquete y extendió las vendas.

La mujer no dijo nada; ni siquiera sus ojos se movieron.

Permanecía rígida y todos sus músculos se hallaban en tensión.

—Todo va bien, anciana —la tranquilizó Ravic—. Todo va bien.

La viga le había dado en el hombro y en el cuello. El hombro estaba deshecho; la clavícula, fracturada, y la articulación, machacada. Quedaría anquilosada.

—Es el brazo izquierdo —dijo Ravic, tocándole cautelosamente el cuello. La piel estaba desgarrada, pero todo lo demás se hallaba intacto. Un pie estaba torcido; lo palpó y también la pierna. Medias grises, muchas veces zurcidas pero no rotas, sujetas por debajo de la rodilla con una cinta negra— ¡cómo se volvía a ver siempre exactamente lo mismo! —zapatos negros,



remendados, con punteras echadas de nuevo y los cordones anudados con un nudo doble.

—¿Alguien llamó una ambulancia? —preguntó.

Nadie contestó.

—Creo que la llamó el agente —dijo una voz después de una pausa.

Ravic alzó la cabeza.

—¿Un agente? ¿Dónde está?

—Allá, junto al otro.

Ravic se levantó.

—Entonces todo está bien.

Quería irse. En ese momento llegaba la Policía, atravesando la multitud. Era un hombre joven, con un librito en la mano. Lamía excitado la punta de su lápiz.

—Un momento —dijo y empezó a escribir.

—Aquí todo está en orden —dijo Ravic.

—Un momento, caballero.

—Estoy muy apurado. Tengo que ir a ver un caso muy urgente.

—Un momento, caballero. ¿Es usted el médico?

—Yo le detuve la hemorragia, eso es todo. Ahora sólo tiene que esperar la ambulancia.

—¡Un momento, caballero! Tengo que apuntar su nombre. Usted es un testigo.

—Yo no he visto nada del accidente. Pasé por casualidad después de ocurrido.

—Sin embargo, tengo que apuntar todo. ¡Éste es un accidente muy grave, caballero!

—Ya lo veo —dijo Ravic.

El policía trató de averiguar el nombre de la mujer. La mujer no contestaba. Se limitaba a mirarlo, sin verlo. El policía se inclinó afanosamente. Ravic se dio vuelta. La multitud lo rodeaba como un nudo. No podía zafarse.

—Escuche —le dijo al policía—, estoy muy apurado.

—¡Muy bien, caballero! No me lo dificulte más aún. Tengo que apuntarlo todo. Es importante que usted sea testigo. La mujer puede morir.

—No morirá.

—Nadie lo sabe. Además existe el problema de los daños y perjuicios.

—¿Ya llamó una ambulancia?

—Lo está haciendo mi colega. Y ahora no me moleste, si no tardaré más aún.

—La mujer está moribunda y usted se quiere ir —le dijo uno de los obreros en tono de reproche a Ravic.

—Ya habría muerto si no hubiese estado.

—Bueno, entonces —dijo el obrero sin lógica aparente—... entonces tiene que quedarse.

Una máquina fotográfica hizo ¡clic! Un hombre, con el ala del sombrero levantada sobre la frente, sonrió.

—¿No haría otra vez como si estuviera colocando la venda? —preguntó a Ravic.

—No.

—Es para la Prensa —explicó el hombre—. Usted también saldría, con su dirección y el texto: «El que salvó la vida de la mujer». Buena propaganda. Aquí, por favor, así; la luz le da mejor así.

—Váyase al diablo —exclamó Ravic—. La mujer necesita urgentemente una ambulancia. Esta venda no puede permanecer mucho tiempo así. Encárguese de que venga una ambulancia.

—Todo a su tiempo, caballero —dijo el policía—. Primero tengo que cumplir con las formalidades.

—¿Ya te dijo el muerto cómo se llama? —preguntóle un muchacho.

—*Ta gueule*<sup>[3]</sup>! —el policía escupió a sus pies.

—Saque otra foto desde aquí —le indicó alguien; al fotógrafo.

—¿Por qué?

—Para que se vea que la mujer se encontraba dentro del espacio cercado de la acera. La calle estaba cercada. Mire allí —señaló un tablón inclinado con la inscripción: ¡Atención! ¡Peligro!—. Sáquela, para, que se vea todo eso. Lo necesitamos. En este caso no se puede ni hablar de daños y perjuicios.

—Yo soy fotógrafo de la Prensa —explicó el hombre del sombrero negándose a hacer lo que le pedían—. Yo fotografío solamente lo que me parece interesante.

—¡Pero si esto es interesante! ¿Qué otra cosa puede ser interesante? Con el aviso como fondo.

—Un aviso no es interesante. Lo interesante es la acción.

—Entonces póngalo en el atestado —el hombre tocó al policía en el hombro con la mano.

—¿Quién es usted? —le preguntó aquél enfadado.

—Soy el representante de la firma constructora.

—Bien —dijo el agente—. Entonces quédese usted también. ¿Cómo se llama? ¡Pero lo tiene que saber! —preguntó a la mujer.

La mujer movió los labios. Sus párpados empezaron a aletear. «Como mariposas, como polillas grises, mortalmente cansadas —pensó Ravic y al mismo tiempo—: ¡Qué idiota soy! ¡Tendría que ver cómo puedo desaparecer de aquí!».

—Maldición —exclamó el policía—. Tal vez enloqueció. ¡Eso da trabajo! Y mi servicio termina a las tres.

—Marcel —dijo la mujer.

—¿Cómo? ¡Un momento! ¿Cómo? —el agente volvió a inclinarse sobre ella.

La mujer calló.

—¿Cómo? —el agente esperó—. ¡Repítalo! ¡Repítalo otra vez!

La mujer guardó silencio.

—¡Usted con su maldita charla...! —dijo el policía al representante de la firma constructora—. ¿Cómo puede uno hacer así un atestado?

En ese momento se volvió a oír el ¡clic! de la cámara fotográfica.

—Gracias —dijo el fotógrafo—. Muy natural.

—¿Saldrá nuestro aviso también? —preguntó el representante de la firma constructora, sin hacer caso del policía—. Si es así le encargo media docena.

—No —manifestó el fotógrafo—. Soy socialista. Pague el seguro, desgraciado perro de presa de los millonarios.

Una sirena aulló. La ambulancia. «Éste es el momento», pensó Ravic. Cautelosamente dio un paso... Pero el policía lo sujetó.

—Usted tiene que ir conmigo a la comisaría, caballero. Lo lamento, pero hay que atestarlo todo.

El segundo policía estaba ahora a su lado. No había nada que hacer. «Ojalá salga bien», pensó Ravic, y los acompañó.

## CAPITULO XVIII

Ravic venía de la estación del ferrocarril. Estaba cansado y sucio. Había soportado trece horas en un vagón caldeado, junto a individuos que olían a ajo, cazadores con perros, mujeres con canastas, con gallinas y palomas sobre las faldas y, antes, tres meses en la frontera.

Había resplandores en el atardecer. Levantó la cabeza. Había resplandores como si alrededor del Rond Point se alzasen pirámides formadas por espejos, reflejando la postrera y gris claridad de una tarde de mayo.

Se detuvo a observar más detenidamente. Eran pirámides formadas por espejos. Estaban por doquier detrás de los macizos de tulipanes, en una repetición fantasmagórica.

—¿Qué es esto? —preguntó a un jardinero, que se encontraba a su lado alisando la tierra removida.

—Espejos —contestó el jardinero, sin alzar la vista.

—Ya lo veo. La última vez que estuve aquí todavía no los había.

—¿Hace mucho?

—Hace tres meses.

—Ah, ¡tres meses! Esto lo han hecho durante las últimas dos semanas. Para el rey de Inglaterra. Viene de visita. Así podrá mirarse en los espejos.

—Horrible —contestó Ravic.

—Naturalmente —admitió el jardinero, sin mostrar asombro.

Ravic siguió su camino. Tres meses, tres años, tres días; ¿qué significaba el tiempo? Nada y todo. Que florecieran los castaños ahora —y en aquel entonces ni siquiera tenían hojas—; que Alemania hubiera roto nuevamente sus tratados, ocupando Checoslovaquia; que en Ginebra el emigrante Josef Blumenthal se hubiera pegado un tiro frente al palacio de la Liga de las Naciones en un ataque de histérica risa; que en algún lugar de su pecho todavía pinchara el resto de una pulmonía que había sobrellevado en Belfort, bajo el nombre de Günther; que se hallara de vuelta, en una noche, muelle como un seno femenino; casi todo esto carecía de sorpresa. Se aceptaba, como se aceptan muchas cosas, con la calma fatalista que es la única arma de

desamparo. El cielo era siempre el mismo en todas partes, por encima del asesinato, del odio, del sacrificio y del amor; los árboles florecían inocentes año tras año; el atardecer violeta cambiaba, se iba y volvía, sin preocuparse por pasaportes, traición, desesperación y esperanza. Era bueno estar de vuelta en París. Era bueno caminar, caminar lentamente, a lo largo de esta calle, bajo la luz plateada, sin pensar; era bueno poseer esta hora, llena todavía de postergación, llena de una vaga incertidumbre, situada en el límite donde la más lejana tristeza se mezcla con la felicidad siempre nueva de hallarse vivo, como se encuentra el horizonte con el mar; esa primera hora de la llegada, antes de ser herido de nuevo por puñales y flechas; ese extraño sentimiento de creación; ese soplo, aún sin sentido, a lo largo de las vías del corazón, que pasaba por los turbios fuegos de las realidades, por los crucifijos del pasado y las espinas del futuro, el cesar absoluto, el silencio en la vibración, el instante de la pausa, el ser más abierto y más cerrado a la vez, el suave compás de la eternidad en lo más pasajero del mundo...

Morosow se hallaba sentado en la sala de las palmeras del «International»; tenía ante sí una garrafa de vino.

—Hola, Boris, viejo —dijo Ravic—. Parece que llego en el momento oportuno. ¿Es Vouvray?

—Como siempre. Del treinta y cuatro, esta vez. Un poco más dulce y más lleno. Es bueno que estés de vuelta. ¿Tres meses, eh?

—Sí. Tardé más que de costumbre.

Morosow puso en movimiento el timbre anticuado de la mesa. Sonaba como la campanilla de una iglesia de aldea. Las catacumbas tenían luz eléctrica, pero no timbres eléctricos. No valía la pena; raras veces los refugiados osaban tocar el timbre.

—¿Cómo te llamas ahora? —preguntó Morosow.

—Todavía me llamo Ravic. Este nombre no lo utilicé para la Policía. Allí me llamaba Wozzek, Neumann, Günther. Un capricho. No quería abandonar Ravic. Me gusta el nombre.

—No averiguaron que vives aquí, ¿eh?

—Por supuesto que no.

—Claro. Si no seguramente habrían hecho un allanamiento. Entonces puedes seguir viviendo aquí. Tu habitación está libre.

—¿La vieja sabe lo que pasó?

—No, nadie lo sabe. Yo dije que te habías ido a Ruán. Tus cosas están todavía en mi casa.

La chica apareció con la bandeja.

—Clarisse, traiga un vaso para el señor Ravic —dijo Morosow.

—¡Ah, señor Ravic! —la chica mostró sus dientes—, ¿está de vuelta? Ha estado ausente durante más de medio año, señor.

—Tres meses, Clarisse.

—No puede ser. Yo siempre creí que eran seis meses.

Se alejó. Inmediatamente acudió el mozo grasiento de la «catacumba», con un vaso en la mano. No llevaba bandeja; ya hacía mucho que estaba allí y podía tomarse ciertas libertades. Morosow vio en su cara lo que vendría, y se le adelantó.

—Está bien, Jean. Ya puedes decir cuánto tiempo estuvo ausente el señor Ravic. ¿Lo sabes exactamente?

—¡Pero, señor Morosow! ¡Desde luego que lo sé! ¡Hasta el día! Son, exactamente —hizo una pausa artificial, sonrió y dijo—:...cuatro semanas y media, exactamente.

—Es cierto —admitió Ravic, antes que Morosow pudiera replicar.

—Es cierto —admitió Morosow a su vez.

—Desde luego. Jamás me equivoco —Jean desapareció.

—No quería desilusionarlo, Boris.

—Yo tampoco. Solamente quise demostrarle la fragilidad del tiempo, cuando se ha tornado pasado. Consuela, asusta, y nos hace indiferentes. Yo perdí de vista al teniente coronel Bielski, del regimiento de guardia de Neobraschensk, en el año 1917 en Moscú. Éramos amigos. Él se dirigió hacia el Norte, a través de Finlandia. Yo fui a Manchuria y al Japón. Cuando volvimos a encontrarnos aquí ocho años después, yo estaba convencido de haberlo visto por última vez en el año 1919 en Channin; él de haberme visto en el año 1921 en Helsinki. Una diferencia de dos años, y de unos cuantos miles de kilómetros. —Morosow tomó la garrafa y sirvió—. Ya ves, aún te reconocen. En cierto modo esto te da la sensación de que estás en tu patria, ¿eh?

Ravic bebió. El vino era liviano y fresco.

—Mientras tanto estuve cierta vez muy cerca de la frontera —dijo—. Muy cerca, más allá de Basilea. Una parte de la carretera era suiza, la otra alemana. Yo estaba en la parte suiza y comía cerezas. Podía escupir los huesos hasta Alemania.

—¿También eso te hacía sentirte en tu patria?

—No. Jamás estuve más lejos de ella.

Morosow sonrió.

—Comprendo. ¿Cómo te ha ido?

—Como siempre. Cada vez más difícil. Eso es todo. Las fronteras son vigiladas con más severidad. Me pescaron una vez en Suiza y otra en Francia.

—¿Por qué no escribiste nunca?

—No sabía si la Policía había venido aquí. De vez en cuando tiene arranques de energía. Más valía no comprometer a nadie. Las coartadas de todos nosotros no son, al fin y al cabo, tan extraordinarias. Una vieja regla bélica: Quedarse quieto y desaparecer. ¿Esperabas otra cosa?

—Yo, no.

Ravic lo miró.

—Cartas —dijo luego—. ¿Qué significan las cartas? Nunca sirven para nada.

—No.

Ravic sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo.

—Es extraño cómo cambia todo cuando uno se ausenta.

—No te engañes —replicó Morosow.

—No lo estoy haciendo.

—Cuando uno permanece ausente, todo marcha bien; cuando uno vuelve, todo está cambiado. Entonces se empieza de nuevo.

—Quizá. Quizá no.

—Me parece bastante oscuro. Es conveniente que lo tomes así. ¿Qué te parece una partida de ajedrez? El profesor ha fallecido; era el único adversario digno. Levy se ha ido al Brasil, empleado como mozo. La vida gira con maldita rapidez, hoy en día. Uno no debe acostumbrarse a nada.

—No se debe.

Morosow observó a Ravic atentamente.

—No quise decir eso.

—Yo tampoco. ¿Pero no podríamos abandonar esta tumba de palmeras enmohecidas? Hace tres meses que falto de aquí, sin embargo hiede como de costumbre, a cocina, a polvo y a miedo. ¿Cuándo tienes que irte?

—Hoy no tengo que irme. Es mi noche libre.

—Es cierto. —Ravic sonrió fugazmente—. La noche de la elegancia, de la antigua Rusia y de las copas grandes.

—¿Quieres acompañarme?

—No. Esta noche, no. Estoy cansado. He pasado un par de noches sin dormir apenas. En todo caso, no muy tranquilo. Salgamos un rato y vayamos a sentarnos a algún otro lado. Hace tiempo que no lo he hecho.

## CAPITULO XIX

—Llegó ella —dijo Morosow.

—¿Quién?

Morosow se alisó el uniforme.

—No hagas como si no lo supieras. No hagas enojar a tu padre Boris en medio de la calle. ¿Crees tú que yo no sé por qué en dos semanas has estado tres veces en el «Schéhérazade»? ¿Una vez con una beldad de ojos azules y cabello negro, pero dos veces solo? El hombre es débil... si no, ¿dónde estaría su atractivo?

—Vete al diablo —repuso Ravic—. No me humilles ahora, precisamente cuando necesito mi fuerza, portero charlatán.

—¿Hubieras preferido que no te lo hubiera dicho?

—Desde luego.

Morosow se hizo a un lado para dejar pasar a dos americanos.

—Entonces, vete y vuelve otra noche —dijo.

—¿Está sola?

—Ni siquiera a las princesas de sangre real las dejamos entrar solas. Deberías saberlo. A Sigmund Freud le agradecería tu pregunta.

—¿Qué sabes tú de Sigmund Freud? Estás ebrio y me quejaré a tu gerente, el capitán Tschedschedse.

—El capitán Tschedschedse era teniente en el regimiento en el cual yo era teniente coronel, hermano. Todavía lo recuerda. Inténtalo.

—Muy bien. Déjame pasar.

—¡Ravic! —Morosow le puso sus pesadas manos sobre los hombros—. ¡No seas asno! Ve, llama a la beldad de ojos celestes, y vuelve con ella, si lo crees necesario. Es el simple consejo de un hombre viejo y lleno de experiencia. Sumamente barato, pero siempre efectivo.

—No, Boris. —Ravic lo miró—. Aquí las triquiñuelas no tienen ningún sentido. Tampoco las quiero.

—Entonces vete a casa —dijo Morosow.

—¿A la sala polvorienta de las palmeras? ¿O a mi buhardilla?



Morosow soltó a Ravic y se adelantó hacia una pareja que pedía un taxi. Ravic permaneció inmóvil hasta que aquél volvió.

—Eres más razonable de lo que yo juzgaba —dijo Morosow—. Si no ya estarías adentro.

Se echó atrás la gorra ribeteada de oro. Antes de que pudiera seguir hablando, apareció en la puerta un joven medio ebrio, de *smoking* blanco.

—¡Señor coronel! ¡Un coche de carreras!

Morosow llamó el taxi más próximo de la fila y metió en él al hombre, que se tambaleaba un poco.

—No se ría —dijo el ebrio—. Eso de coronel era un chiste, ¿o no?

—Muy bueno. El del coche de carreras era casi mejor aún.

—Cambié de opinión —dijo Morosow, cuando volvió—. Entra. Que lo demás te importe un bledo. Yo haría lo mismo. Alguna vez tiene que suceder; entonces, ¿por qué no en seguida? Concluye el asunto de alguna manera. Cuando dejamos de ser niños, somos viejos.

—Yo también cambié de opinión. Me iré a otra parte.

Morosow miró a Ravic divertido.

—Bien —dijo finalmente—. Entonces volveré a verte dentro de media hora.

—O no me verás.

—Entonces, dentro de una hora.

Dos horas más tarde Ravic estaba sentado en la «Cloche d'Or». El local estaba aún bastante vacío. A lo largo del mostrador se hallaban las prostitutas, como papagayos sobre un palo, charlando. Entre ellas se habían colocado unos cuantos vendedores de seudococaína, que esperaban a los turistas. En la parte alta se hallaban algunas parejas tomando sopa de cebollas. En un sofá, en el rincón de frente a Ravic, dos lesbianas bebían «Sherry Brandy». Una de ellas, que vestía traje sastre y corbata, llevaba monóculo; la otra era una mujer pelirroja y robusta con un traje de fiesta muy escotado y brillante.

«Es idiota —pensó Ravic—, ¿por qué no entré en el “Schéhérazade”? ¿Qué temía? ¿De qué quiero escapar? Ha aumentado, lo sé. Estos tres meses lo han quebrado; lo han fortalecido. Es inútil intentar engañarme a mí mismo. Fue casi lo único que me quedó, durante todo ese arrastrarme a través de las fronteras, durante la larga espera en habitaciones escondidas, cuando goteaba la soledad de las noches extrañas sin estrellas. La ausencia lo ha alimentado más de lo que ella hubiese podido hacerlo jamás, y ahora...».

Un grito contenido lo despertó de su profundo ensimismamiento. Dos mujeres habían entrado entretanto. Una de ellas, que parecía mestiza, bastante

ebria, con un sombrero de flores echado atrás, arrojó un cuchillo sobre una mesa y bajó lenta y amenazadora por la escalera profiriendo insultos, en dirección al rincón donde estaban las lesbianas. Nadie la contuvo. Un mozo subió las escaleras. Otra mujer estaba arriba, obstruyéndole el paso.

—No pasó nada —dijo—, no pasó nada.

El mozo se encogió de hombros y se dio vuelta. Ravic vio a la mujer pelirroja que estaba en el rincón, ponerse de pie. Al mismo tiempo, la que había rechazado al mozo bajó rápidamente al bar. La pelirroja se detuvo con una mano sobre el pecho exuberante. Cautelosamente separó los dedos y miró. El vestido mostraba un tajo de algunos centímetros, y debajo de él se veía la herida abierta. No se veía la piel; solamente la herida abierta, en el traje de fiesta, verde y tornasolado. La pelirroja se miraba como si no pudiese dar crédito a sus ojos.

Ravic hizo un movimiento involuntario. Luego se dejó caer de nuevo en su asiento. Una expulsión era suficiente. Vio que la mujer de traje sastre echaba hacia atrás a la pelirroja sobre el sofá. En el mismo instante llegó la otra desde el bar con un vaso de aguardiente. La mujer del traje sastre se arrodilló en el suelo apartándole rápidamente la mano de la herida. La otra volcó todo el contenido del vaso encima de la herida. «Un sistema muy primitivo de desinfección», pensó Ravic. La pelirroja gemía, se contraía espasmódicamente, pero la otra la sujetaba con firmeza. Otras dos mujeres ocultaban la mesa a la vista de los restantes clientes. La escena se había desarrollado con extraordinaria rapidez y habilidad. Apenas si se pudo ver algo. Un minuto más tarde, como por arte de magia, afluía gran número de lesbianas y de homosexuales al local. Rodearon todos la mesa del rincón, levantaron a la pelirroja, la sostuvieron, mientras algunos ocultaban al grupo sonriendo y charlando, y todos abandonaron el local como si nada hubiese sucedido. La mayoría de los clientes no había notado nada.

—Qué bien, ¿eh? —comentó alguien detrás de Ravic.

Era el mozo. Ravic asintió:

—¿Qué ha pasado?

—Celos. Esas pervertidas son una pandilla muy excitada.

—Pero ¿de dónde vinieron los otros con tanta rapidez? Parecía pura telepatía.

—Lo huelen, señor —dijo el mozo.

—Probablemente alguna habrá telefoneado; pero, de todos modos, fue rápido.

—Ésas lo huelen. Y se ayudan como la muerte y el diablo. No se denuncian mutuamente. Nada de Policía... eso es todo lo que quieren. Ya lo arreglarán entre ellas —el mozo tomó el vaso de Ravic de sobre la mesa—. ¿Otro más? ¿Qué era?

—Calvados.

—Bien. Otro calvados.

Se fue, arrastrando los pies. Ravic levantó la vista y vio a Jeanne, un par de mesas más allá. Ella había entrado mientras él hablaba con el mozo. No la había visto entrar. Estaba sentada con dos hombres. En el momento en que la vio, ella también lo vio. Palideció bajo su piel tostada. Durante unos segundos se quedó inmóvil, sin apartar los ojos de él. Luego empujó la mesa con un movimiento brusco, hacia un lado, se levantó y avanzó hacia él. Mientras caminaba, su rostro se iba transformando. Sus facciones se borraban y se tornaban difusas; solamente los ojos permanecían fijos y transparentes como cristal. Parecíanle a Ravic más claros que nunca. Eran de una fuerza casi furiosa.

—Estás de vuelta —dijo ella con voz baja, casi sin aliento. Se encontraba casi pegada a él. Hizo un movimiento como si fuera a abrazarlo, pero no lo abrazó. Tampoco le tendió la mano—. Estás de vuelta —repitió.

Ravic no contestó.

—¿Desde cuándo estás aquí? —inquirió después, siempre en voz baja.

—Desde hace dos semanas.

—Desde hace dos... y yo no lo... tú ni siquiera me...

—Nadie sabía dónde estabas. En tu hotel no lo sabían... Y en el «Schéhérazade» tampoco.

—El «Schéhérazade»... Si yo estaba... —se interrumpió—. ¿Por qué no me escribiste nunca?

—No podía.

—Estás mintiendo.

—Bien. No quise. No sabía si volvería.

—Estás mintiendo otra vez. Ése no es un motivo.

—Lo es. Podía volver o no. ¿No lo comprendes?

—No. Pero lo que comprendo es que desde hace dos semanas estás aquí y no has hecho lo más mínimo para...

—Jeanne —dijo Ravic con calma—, esos hombres quemados por el sol no los conseguiste en París.

El mozo pasó, suspicaz. Echó una mirada a Jeanne y a Ravic. Posiblemente sentía todavía en sus huesos el espectáculo de hacía unos

instantes. Como por casualidad retiró, junto con un plato, dos cuchillos y dos tenedores de sobre el mantel a cuadros rojos y blancos. Ravic lo notó.

—Todo está bien —le dijo.

—¿Qué es lo que está bien? —preguntó Jeanne.

—Nada. Ocurrió algo hace un rato.

Ella lo miró fijamente.

—¿Estás esperando a una mujer?

—Dios sabe que no. Hubo una escena entre algunas personas. Alguien estuvo sangrando. Esta vez no me metí.

—¿No te metiste? —repentinamente comprendió. Cambió de expresión—. ¿Qué estás haciendo aquí? Te volverán a arrestar. Ahora, lo sé todo. Te correspondería medio año de prisión. ¡Tienes que irte! ¡No sabía que estabas en París! ¡Pensé que jamás volverías!

Ravic no contestó.

—Pensé que ya no volverías —repitió ella.

Ravic la miró.

—Jeanne...

—¡No! ¡Todo esto no es cierto! ¡Nada es cierto!

—Jeanne —dijo Ravic cuidadosamente—, vuelve a tu mesa —los ojos de ella se humedecieron de repente—. Vuelve a tu mesa.

—¡Tú tienes la culpa! —profirió ella—. ¡Tú! ¡Solamente tú!

Se dio vuelta bruscamente y se alejó. Ravic apartó su mesa y se sentó. Vio el vaso de calvados e hizo un movimiento como si estuviera a punto de beberlo. No lo bebió. Había estado tranquilo mientras hablaba con Jeanne. Entonces, repentinamente, se sentía excitado. «Es extraño —pensó—; mis pectorales, debajo de la piel, están vibrando. ¿Por qué precisamente ellos?». Tomó el vaso y observó su mano. Era firme. Bebió hasta la mitad. Mientras bebía sintió la mirada de Jeanne sobre él. No la miró. Pasó el mozo.

—Cigarrillos —dijo Ravic—. «Caporal».

Encendió uno y bebió la otra mitad del vaso. Volvió a sentir la mirada de Jeanne. «¿Qué estará esperando? —pensó—. ¿Que por culpa de mi desgracia me emborrache ante su vista?». Llamó al mozo y pagó. Cuando se levantó, Jeanne empezó a conversar animadamente con uno de sus compañeros. No levantó la vista cuando él pasó delante de su mesa. Sus facciones se habían vuelto duras, frías e inexpresivas. Y sonreía forzosamente.

## CAPÍTULO XX

Cuando se despertó Jeanne ya no estaba a su lado. Oyó el murmullo del agua en el cuarto de baño y se levantó. De pronto estuvo completamente despierto. Los últimos meses se lo habían vuelto a enseñar: el que se despertaba en seguida, a veces podía escapar. Miró el reloj. Eran las diez de la mañana. El traje de fiesta de Jeanne se hallaba en el suelo, junto con el abrigo. Los zapatos de brocado, delante de la ventana. Uno de ellos se había caído.

—Jeanne —exclamó—, ¿qué estás haciendo bajo la ducha a medianoche?

Ella abrió la puerta.

—No quise despertarte.

—No tiene importancia. Puedo dormir siempre. ¿Pero tú estás ya levantada?

Ella se había puesto un gorro de baño y chorreaba agua. Sus hombros relucían con matiz castaño claro. Parecía una amazona con el yelmo ajustado.

—Ya no soy una lechuza nocturna, Ravic. No trabajo más en el «Schéhérazade».

—Ya lo sé.

—¿Quién te lo dijo?

—Morosow.

Lo miró, durante un segundo, escudriñadora.

—Morosow —repitió—, ese viejo charlatán. ¿Qué más te contó?

—Nada más. ¿Hay algo más que contar?

—Nada que un portero nocturno pueda contar. Son como las mujeres del guardarropa. Transmisores oficiales de chismes.

—Deja a Morosow en paz. Los porteros nocturnos y los médicos son pesimistas de profesión. Viven al lado de las sombras de la vida. Pero no charlan. Tienen la obligación de ser discretos.

—Al lado de las sombras de la vida —dijo Jeanne—. ¿Quién lo quiere?

—Nadie. Pero la mayoría vive allí. Además Morosow te consiguió el empleo en el «Schéhérazade».

—No le puedo estar agradecida eternamente por eso. No he sido un fracaso. Valía lo que ganaba, si no, no me hubieran retenido. Además, lo hizo por ti, no por mí.

Ravic tomó un cigarrillo.

—¿Qué tienes realmente contra él?

—Nada. No me gusta. Siempre me mira de un modo raro. No le tengo confianza. Tú tampoco deberías tenérsela.

—¿Qué?

—No deberías tenerle confianza. Sabes que en Francia todos los porteros son espías de la Policía.

—¿Algo más? —preguntó Ravic con calma.

—Por supuesto no me crees. Todo el mundo en el «Schéhérazade» lo sabía. Quién sabe si...

—¡Jeanne! —echó atrás los cobertores y se levantó— no digas sandeces. ¿Qué te pasa?

—Nada. ¿Qué me va a pasar? No puedo soportarlo, eso es todo. Tiene mala influencia. Y tú estás continuamente junto con él.-

—¡Ah, sí! —dijo Ravic—. Es por eso.

Ella sonrió repentinamente.

—Sí, por eso.

Ravic sintió que no era solamente por eso. Había otra cosa más.

—¿Qué quieres para desayuno? —preguntó.

—¿Estás enojado? —preguntó ella a su vez.

—No.

Jeanne salió del cuarto de baño y le apoyó los brazos sobre el cuello. Él sintió la humedad de su piel, a través de la delgada tela del pijama. Sintió el cuerpo de ella y su propia sangre.

—¿Estás enojado porque soy celosa de tus amigos? —preguntó ella.

Él negó con la cabeza. Un yelmo, una amazona. Una náyade, surgida del océano, con el olor del agua y de la juventud aún sobre su tersa piel.

—Suéltame —dijo.

Ella no contestó. La línea que iba desde sus altos pómulos hasta la mandíbula. La boca. Los párpados demasiado pesados. Los senos que, bajo la chaqueta abierta del pijama, se apretaban contra su piel desnuda.

—Suéltame, o...

—¿O qué? —preguntó ella.

## CAPITULO XXI

Eugénie metió la cabeza dentro de la habitación en la cual se encontraba el hombre sin estómago.

—Teléfono, señor Ravic.

—¿Quién es?

—No lo sé. No pregunté. La telefonista me lo dijo afuera.

En el primer momento Ravic no reconoció la voz de Jeanne.

Estaba desfigurada y muy lejana.

—Jeanne —dijo—, ¿dónde estás?

Se oía como si estuviera lejos de París. Él casi esperaba que mencionara algún lugar de la Riviera. Nunca lo había llamado a la clínica.

—Estoy en mi apartamento —respondió ella.

—¿Aquí en París?

—Naturalmente. ¿Dónde habría de estar?

—¿Estás enferma?

—No. ¿Por qué?

—Porque me llamas a la clínica.

—Te llamé primero al hotel. Ya no estabas allí. Entonces llamé a la clínica.

—¿Ocurre algo?

—No. ¿Qué habría de ocurrir? Quería saber cómo estás.

Su voz era ya más nítida. Ravic sacó un cigarrillo y una caja de cerillas.

—Es la clínica, Jeanne —dijo—. Aquí uno espera siempre accidentes y enfermedades.

—No estoy enferma. Estoy en cama, pero no estoy enferma.

—Muy bien. —Ravic movió la caja de fósforos, sobre el blanco hule de la mesa, de un lado para otro. Aguardaba lo que vendría.

Jeanne también aguardaba. La sintió respirar. Ella deseaba que empezara él. Era más fácil para ella.

—Jeanne —dijo Ravic—, no puedo quedarme mucho en el teléfono. Tengo un vendaje sin cerrar y debo volver.

Ella seguía callada.

—¿Por qué no he sabido nada de ti? —inquirió luego.

—No sabes nada de mí por que no tengo tu número de teléfono ni sé dónde vives.

—Pero si te lo he dicho.

—No, Jeanne.

—Pero sí. Te lo dije —ella se hallaba en terreno firme—. Con toda seguridad. Lo sé. Lo habrás olvidado.

—Bien. Lo olvidé. Dímelo otra vez. Tengo un lápiz a mano.

Ella le dio su dirección y su número de teléfono.

—Estoy convencida de habértelo dicho, Ravic, con toda seguridad.

—Está bien, Jeanne. Tengo que irme. ¿Quieres cenar esta noche conmigo?

Ella permaneció silenciosa un instante.

—¿Por qué no vienes a visitarme? —preguntó luego.

—Bien. Puedo ir. ¿A las ocho?

—¿Por qué no vienes ahora?

—Ahora tengo que trabajar.

—¿Por cuánto tiempo?

—Durante una hora más, aproximadamente.

—Entonces, ven después.

«¡Ah, sí! De noche no tienes tiempo», pensó él y preguntó:

—¿Por qué no de noche?

—Ravic —dijo ella—, a veces no te das cuenta de las cosas más sencillas. Porque me gustaría que vinieras ahora. No quiero esperar hasta la noche. Si no, ¿por qué te habría llamado a esta hora a la clínica?

—Bien. Iré cuando termine aquí.

Dobló pensativo el papel y volvió.



## CAPITULO XXII

Un grito llegó desde la ventana del matrimonio Goldberg. Ravic escuchó un momento. Juzgó bastante difícil que el viejo Goldberg hubiera arrojado algo a la cabeza de su esposa o que la hubiera pegado. No se oyó nada más. Solamente una carrera, una conversación rápida y agitada en la habitación del refugiado Wiesenhoff y batir de puertas.

Un instante después llamaban a la suya y la propietaria se precipitó dentro.

—¡Rápido... rápido... el señor Goldberg...!

—¿Qué?

—¡Se ahorcó! ¡En la ventana! ¡Rápido...!

Ravic arrojó el libro.

—¿Está la Policía?

—No, naturalmente. Si no, no lo hubiera llamado a usted. Lo acaba de encontrar ella.

Ravic bajó las escaleras corriendo.

—¿Lo descolgaron?

—Todavía no. Lo están sosteniendo...

En la habitación crepuscular había un oscuro grupo cerca de la ventana. Ruth Goldberg, el refugiado Wiesenhoff y alguien más. Ravic encendió la luz. Wiesenhoff y Ruth Goldberg sostenían al viejo Goldberg entre los brazos, como a un muñeco, y un hombre trataba nerviosamente de desatar el nudo de una corbata que había sido fijada en la manija de la ventana.

—Córtenla...

—No tenemos cuchillo —gritó Ruth Goldberg.

Ravic sacó unas tijeras de su bolsillo y empezó a cortar. La corbata era de seda gruesa, negra y lisa, y tardó un par de segundos en romperse. Mientras hacía esto Ravic tenía la cara de Goldberg cerca de sí. Los ojos salidos fuera de las órbitas, la boca abierta, la barba gris y fina, la gruesa lengua, la corbata color verde oscuro con puntitos blancos hundida profundamente en el pescuezo hinchado y arrugado... El cuerpo se balanceaba levemente en los

brazos de Wiesenhoff y de Ruth Goldberg, como si estuviese arrullando en silencio con risa aterradora y estereotipada.

El rostro de Ruth Goldberg estaba rojo y surcado de lágrimas; Wiesenhoff, a su lado, transpiraba bajo la carga del cuerpo, que era más pesado ahora que nunca en vida. Dos caras, húmedas, horrorizadas y gimientes, y, encima, silenciosa, la cabeza que giraba suavemente, sonriendo hacia el más allá, y que, cuando Ravic cortó la corbata, cayó contra Ruth Goldberg de suerte que la hizo retroceder emitiendo un grito; el cuerpo, con los brazos balanceantes, se deslizó hacia un costado y pareció seguirla con movimiento grotesco de payaso.

Ravic lo sujetó y con la ayuda de Wiesenhoff lo tendió sobre el piso. Desciñó el nudo de la corbata y empezó a examinarlo.

—Al cine —parloteó Ruth Goldberg—. Me mandó al cine. «Ruthita (me dijo) tienes tan pocas diversiones, ¿por qué no te vas al “Théâtre Courcelles”? Están echando una película de Greta Garbo, *La reina Cristina*. ¿Por qué no vas a verla? Saca una buena localidad. Butaca o palco. Ve a verla. Dos horas lejos de la miseria siempre son algo». Me lo dijo tranquilamente y con amabilidad, acariciándome las mejillas. «Y luego te tomas un helado de chocolate y crema, frente a la confitería del parque Monceau. Date el gusto por una vez, Ruthita», me dijo, y cuando volví...

Ravic se incorporó. Ruth Goldberg se interrumpió.

—Debe de haberlo hecho inmediatamente después de haberse ido usted —declaró Ravic.

Ella se cubrió la boca con los puños.

—¿Está...?

—Todavía intentaremos algo. Respiración artificial por ahora. ¿Usted entiende algo de esto? —preguntó Ravic a Wiesenhoff.

—No, no mucho. Un poco.

—Ponga atención.

Ravic tomó los brazos de Goldberg, los extendió hasta el suelo, luego los levantó hacia delante doblándolos sobre el pecho, y así sucesivamente, atrás y adelante. La garganta de Goldberg empezó a emitir un rumor estertoroso.

—¡Vive! —gritó la mujer.

—No, es la tráquea aplastada.

Ravic repitió los mismos movimientos.

—Ahora, haga la prueba ahora —le indicó a Wiesenhoff.

Wiesenhoff se arrodilló vacilando, detrás de Goldberg.

—Empiece —le ordenó a Ravic con impaciencia—. Tómelo por las muñecas. O mejor por el antebrazo.

Wiesenhoff sudaba.

—¡Más vivo! —exclamó Ravic—. Trate de extraer todo el aire de los pulmones.

Se dirigió a la propietaria. Mientras tanto había entrado más gente en la habitación. Hizo señas a la propietaria para que hiciese salir a todos.

—Está muerto —le dijo en el corredor—. Eso, allá adentro, es tontería. Pero es conveniente hacerlo, nada más. Sería un milagro que fuese aún de alguna utilidad.

—¿Qué debemos hacer?

—Lo de costumbre.

—¿El dispensario? Eso significaría tener a la Policía aquí dentro de diez minutos.

—De todos modos tendrá que llamar a la Policía. ¿Tienen documentos los Goldberg?

—Sí. En orden. Pasaportes y cédulas de identidad.

—¿Y Wiesenhoff?

—Tiene un permiso de residencia, con visado de prórroga.

—Bien. Entonces todo está en orden. Dígalos a los dos que no me mencionen a mí. Ella llegó a casa, lo encontró, gritó, Wiesenhoff lo descolgó y le practicó la respiración artificial, hasta la llegada de la ambulancia. ¿Podrá hacerlo?

La propietaria lo miró con sus ojillos de pájaro.

—Por supuesto. De todos modos yo estaré cuando venga la Policía. Ya tendré cuidado.

—Muy bien.

Volvieron. Wiesenhoff estaba inclinado sobre Goldberg y seguía trabajando. Por un momento pareció que ambos estuvieran haciendo gimnasia sobre el piso. La propietaria se quedó en la puerta.

—Señores —dijo—, tengo que llamar al dispensario y a la Policía. Primero llamaré a la estación. El enfermero o el médico que venga de allá, tendrá que dar parte a la Policía en seguida. Estará acá, a más tardar, dentro de media hora. A todos aquellos que no tengan documentos les convendría juntar sus cosas, por lo menos las que están a la vista, llevarlas a la «catacumba» y quedarse allá abajo. Es posible que la Policía revise las habitaciones o pida testigos.

La habitación fue desocupada al punto. La propietaria dio a entender a Ravic, con una señal, que daría las instrucciones pertinentes a Ruth Goldberg y a Wiesenhoff. Él tomó su cartera y la tijera, que había quedado en el suelo, al lado de la corbata cortada. Ésta dejaba ver la marca de fábrica: S. Foerder, Berlín. Era una corbata que había costado por lo menos diez marcos. Pertenece a los buenos tiempos de Goldberg. Ravic conocía el comercio. Él había hecho compras allá. Metió rápidamente sus efectos en un par de valijas y las llevó a la habitación de Morosow. Lo hizo sólo por precaución. Probablemente la Policía no se preocuparía por nada. Pero era mejor... Aún sentía demasiado, en sus huesos, el recuerdo de Fernand. Bajó a la «catacumba».

## CAPITULO XXIII

—Sí, estoy de vuelta, Ravic —dijo Kate Hegstroem.

Estaba sentada en su habitación del «Hotel Lancaster». Se había afinado más aún. La carne, debajo de la piel, parecía hundida, como si hubiese sido escarbada desde adentro. Las facciones estaban más pronunciadas y la piel era como seda que podía romperse con facilidad.

—Yo la hacía aún en Florencia... o en Cannes... o ya en América —dijo Ravic.

—Estuve en Florencia durante todo este tiempo. En Fiésole. Hasta que no lo pude aguantar más. ¿Se acuerda de como lo quería convencer para que me acompañara? ¿Libros, hogar, noches, paz? Los libros estaban... el fuego en el hogar también... ¡Pero la paz! Ravic, hasta la ciudad de Francisco de Asís se ha vuelto ruidosa. Ruidosa e inquieta, como todo lo de allá. En el lugar donde él predicaba el amor a los pájaros, desfilan las tropas uniformadas, y se embriagan con fanfarronadas, palabras y odio infundado.

—Siempre ha sido así, Kate.

—No así. Hace un par de años el administrador de mi casa era todavía un hombre amable, con pantalones de algodón y zapatones de madera. Ahora es un héroe, con botas altas, camisa negra, lleno de puñales, y que pronuncia discursos..., que el Mediterráneo tiene que ser de Italia, que Inglaterra tiene que ser destruida, que Niza, Córcega y Saboya tienen que ser devueltas a Italia. Ravic, esa amable nación, que desde hace eternidades no ha ganado una guerra, ha enloquecido no bien la dejaron ganar en Abisinia. Amigos míos que hace tres años todavía eran razonables, ahora creen seriamente que podrían vencer a Inglaterra en el término de tres meses. El país está en ebullición. ¿Qué pasa? Me escapé de Viena debido a la brutalidad de las camisas pardas... he abandonado a Italia ahora, a causa de la locura de las negras... Dicen que en otro lado las hay verdes; en América, naturalmente, de plata... ¿Se ha vuelto la Tierra un torbellino de camisas?

—Aparentemente. Pero eso cambiará dentro de poco. El color único será el rojo.

—¿El rojo?

—Sí. Rojo como la sangre.

Kate Hegstroem miró hacia abajo, al patio. A través del follaje de los castaños se filtraba suave y verde la última luz del atardecer.

—Es increíble. Dos guerras en veinte años... es demasiado. Aún estamos demasiado cansados de la primera —dijo.

—Solamente los vencedores. No así los vencidos. La victoria los hace descuidados.

—Sí, tal vez —ella lo miró—. De modo que no queda mucho tiempo, ¿eh?

—No mucho, me temo.

—¿Cree usted que será suficiente para mí?

—¿Por qué no? —Ravic alzó los ojos. Ella no eludió la mirada.

—¿Ha visto usted a Fióla? —le preguntó él.

—Sí, un par de veces. Era uno de los pocos que no estaban contagiados por la peste negra.

Ravic no contestó. Aguardaba.

Kate Hegstroem tomó un collar de perlas de sobre la mesa y lo hizo deslizar en su mano. Entre sus dedos largos y finos parecía un rosario muy precioso.

—Casi me siento como el judío errante —dijo ella— en busca de la paz, pero parece que empecé fuera de tiempo. En algún lado habrá más. Aquí solamente queda un resto.

Ravic consideró las perlas. Moluscos grises, sin forma, las habían formado, irritados por un cuerpo extraño, un grano de arena, entre sus valvas. De una irritación casual había surgido una belleza de brillo suave. «Habría que recordarlo», pensó.

—Usted pensaba ir a América, Kate —dijo—. El que pueda abandonar a Europa debe hacerlo. Para todo lo demás ya es demasiado tarde.

—¿Usted quiere que me vaya?

—No. ¿Pero no me dijo la última vez que quería arreglar sus cosas y volver a América?

—Sí; pero ahora ya no quiero. Todavía no, todavía quiero quedarme aquí.

—París es caluroso y desagradable en verano.

Ella dejó las perlas a un lado.

—No, cuando es el último verano, Ravic.

—¿El último?

—Sí. El último, antes de volver.

Ravic calló. «¿Qué sabe? —pensó—. ¿Qué le habrá dicho Fióla?».

—¿Cómo está el «Schéhérazade»? —preguntó ella.

—Hace tiempo que no voy por allá. Morosow dice que todas las noches está repleto. Igual que todos los demás *cabarets*.

—¿En verano?

—Sí, en verano, cuando antes la mayoría de ellos permanecían cerrados. ¿Le extraña?

—No. Cada uno trata de llevarse todavía cuanto puede, antes de que llegue el fin.

—Sí —dijo Ravic.

—¿Me llevará allí alguna vez?

—Naturalmente, Kate. Todas las veces que quiera. Pensaba que usted ya no quería ir allá.

—Yo también lo pensaba. Pero he cambiado de opinión; también yo quiero llevarme todo lo que pueda.

Él la volvió a mirar.

—Muy bien, Kate —dijo luego—. Siempre que usted quiera.

Se levantó. Ella lo acompañó hasta la puerta. Se apoyó contra el marco de la puerta: estaba delgada, con la piel seca y sedosa, que daba la sensación de que iba a crujir si se la tocaba. Los ojos eran muy claros y más grandes que antes. Le dio la mano. Estaba caliente y seca.

—¿Por qué no me dijo lo que tengo? —preguntó distraídamente, como si estuviese preguntando por el tiempo.

Él la miró fijamente y no contestó.

—Lo hubiera soportado —dijo ella, y una especie de sonrisa irónica y sin reproche, cruzó su rostro—. *Adieu*, Ravic.

## CAPÍTULO XXIV

—¿Qué va a ser? —le preguntó el mozo.

—Tráigame un...

—¿Qué?

Ravic no contestó.

—No le entendí, señor —dijo el mozo.

—Cualquier cosa. Tráigame cualquier cosa.

—¿Un *pernod*?

Ravic cerró los ojos. Volvió a abrirlos lentamente. El hombre estaba todavía sentado allí. Esta vez no había error posible.

Haake estaba sentado a la mesa próxima a la puerta. Estaba solo y comía. Sobre la mesa había una fuente de plata con dos medias langostas, y una botella de champaña, en un cubo con hielo. Un mozo se hallaba parado junto a la mesa y aderezaba la ensalada de lechuga con tomates. Ravic vio todo eso con suma nitidez, como si fuera relieve grabado con cera detrás de sus ojos. Vio un anillo con sello, con blasón de piedra roja, cuando Haake sacó la botella del cubo. Reconoció el anillo y la mano blanca y carnosa. Los había visto en el remolino de metódica demencia, cuando, deshecho, se encontraba al lado de la mesa de torturas, recobrado de un desmayo a la luz deslumbrante... Haake delante de él, retrocediendo cautelosamente, para proteger su impecable uniforme contra el agua que había sido arrojada sobre Ravic... extendida la blanca y carnosa mano, señalándolo y declarando con voz suave: «Esto no ha sido más que el principio. Esto no ha sido nada. ¿Quiere decirnos los nombres, ahora? ¿O debemos proseguir? Aún tenemos muchas posibilidades. Como veo, sus uñas todavía están bien».

Haake levantó la vista. Miró a Ravic en los ojos. Ravic tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para permanecer sentado. Tomó el vaso de *pernod*<sup>[4]</sup>, bebió un trago y se obligó a dirigir lentamente la vista a la fuente de ensalada, como si le interesara la preparación. No sabía si Haake lo había reconocido. Sintió humedecerse su espalda en un segundo.



Después de un rato volvió a dirigir a la mesa una fugaz mirada. Haake comía la langosta, con la vista en el plato. La luz se reflejaba en su cráneo calvo. Ravic echó un vistazo en torno. El local estaba atestado. Era imposible hacer nada. No llevaba ninguna arma consigo, y si se hubiera arrojado sobre Haake, un instante después habría habido diez hombres para separarlos. Dos minutos más tarde, la Policía. No había más remedio que esperar y seguir a Haake. Averiguar dónde vivía.

Se esforzó por fumar un cigarrillo y mirar en dirección de Haake cuando lo hubo terminado. Lentamente, como si buscara a alguien, echó una mirada en derredor. Haake acababa su langosta. Tenía la servilleta en las manos y se limpiaba la boca. No lo hacía con una mano: lo hacía con las dos. Sostenía la servilleta algo extendida y se daba con ella golpecitos en los labios... Primero sobre uno, luego sobre el otro, como mujer que se quita el colorete. Al mismo tiempo miró a Ravic en los ojos.

Ravic dejó vagar su mirada. Sintió que Haake lo seguía mirando. Llamó al mozo y pidió otro *pernod*. En ese momento otro mozo ocultaba la mesa de Haake. Retiró el resto de la langosta, llenó la copa vacía y colocó una fuente con queso. Haake señaló un queso de Brie apoyado sobre una base de paja.

Ravic fumó otro cigarrillo. Al cabo de un rato, mirando de reojo, notó nuevamente la mirada de Haake. Esto ya no era casual. Sintió cómo se le ponía la carne de gallina. Si Haake lo hubiera reconocido... Detuvo al mozo cuando pasaba.

—¿No me puede llevar el *pernod* afuera? Quisiera sentarme en la terraza. Hace más fresco.

El mozo vaciló.

—Sería más cómodo si pagara aquí. Afuera atiende otro mozo. Después le puedo llevar el vaso.

Ravic asintió con la cabeza y sacó un billete.

—Puedo tomarlo aquí, y pedir otro afuera. Así no hay confusión.

—Está bien, señor. Gracias, señor.

Ravic concluyó la bebida sin apresurarse. Haake había escuchado; lo sabía. Había dejado de comer mientras Ravic hablaba. Ahora seguía comiendo. Ravic permaneció todavía inmóvil un rato. Si Haake lo había reconocido, existía un solo camino: hacer como si él no hubiese reconocido a Haake, y seguir observándolo desde un escondite.

Al cabo de dos minutos se levantó de su asiento, y se dirigió despreocupadamente afuera. Casi todas las mesas estaban ocupadas. Ravic se quedó de pie hasta encontrar un lugar desde donde poder observar una parte

de la mesa de Haake, no pudiéndolo ver a él; pero él lo vería forzosamente si se levantaba para salir. Pidió un *pernod* y lo pagó en seguida. Quería estar listo para poder seguirlo inmediatamente.

## CAPITULO XXV

Veber entró en la sala de curaciones. Llamó a Ravic. Salieron.

—Durant está al aparato —dijo Veber—. Quiere que usted vaya en seguida. Habla de un caso especial, de circunstancias extraordinarias.

Ravic lo miró.

—Esto significa que arruinó una operación y ahora quiere descargar la responsabilidad en mí, ¿eh?

—No creo. Está muy agitado. Parece que no sabe qué hacer.

Ravic movió la cabeza. Veber calló.

—¿Y de dónde sabe que yo estoy de vuelta? —preguntó Ravic.

Veber se encogió de hombros.

—No tengo idea. Tal vez por alguna enfermera.

—¿Por qué no llama a Binot? Binot es muy capaz.

—Ya se lo dije. Pero me explicó que éste era un caso demasiado complicado. Justamente la especialidad de usted.

—Tonterías. Para todas las especialidades hay médicos muy capaces en París. ¿Por qué no llama a Martel? Es de los mejores cirujanos del mundo.

—¿No se figura por qué?

—Naturalmente. No quiere hacer mal papel delante de sus colegas. Con un médico refugiado e ilegal, es distinto. Éste tiene que callarse.

Veber lo miró.

—Es urgente. ¿Quiere ir?

Ravic se desprendió violentamente el cinturón de la bata.

—Naturalmente —dijo, furioso—. ¿Qué otra cosa voy a hacer? Pero únicamente si usted me acompaña.

—Bien. Podemos ir en mi coche.

Bajaron. El automóvil de Veber resplandecía al sol ante la puerta de la clínica. Subieron.

—Intervendré solamente si usted se queda —dijo Ravic—. De lo contrario, sabe Dios si ese tipo no me va a perjudicar.

—No creo que en este momento esté pensando en eso.

El coche arrancó.

—He visto otras cosas —dijo Ravic—. En Berlín conocí a un joven asistente que poseía todas las condiciones para ser buen cirujano. Su profesor efectuó una operación; estaba medio ebrio. Procedió mal. No dijo nada; dejó que el asistente prosiguiera; éste no se dio cuenta de nada; media hora más tarde, el profesor provocó una escena; le echó al joven la culpa del corte mal hecho. El paciente murió durante la operación. El joven, al día siguiente se suicidó. El profesor siguió operando y embriagándose.

Detuvieron la marcha en la avenida Marceau; una estrepitosa hilera de camiones desfilaba por la calle Galilée. El sol ardiente brillaba a través de las ventanillas. Veber apretó un botón del tablero. La capota del coche se deslizó suavemente hacia atrás. Dirigió una mirada orgullosa a Ravic.

—Lo hice colocar recientemente. Es automático. ¡Grandioso! Qué cosas se inventan ahora, ¿verdad?

El aire penetró por el techo descubierto. Ravic asintió.

—Sí, grandioso. El último grito lo constituyen las minas y los torpedos magnéticos. Lo he leído ayer en algún lado. Cuando yerran el blanco, dan vuelta en círculo hasta encontrarlo finalmente. Somos una raza extraordinariamente constructiva.

Veber volvió hacia él su roja cara. Irradiaba bondad.

—¡Usted con su guerra, Ravic! Estamos más distantes de ella que de la luna. Todo lo que se dice de ella no es sino un medio de presión política, nada más. ¡Créamelo!

## CAPITULO XXVI

El automóvil se detuvo en la esquina de la calle Vaugirard.

—¿Qué sucede? —preguntó Ravic.

—Un desfile —el chófer no se dio vuelta—. Esta vez son los comunistas.

Ravic miró a Kate Hegstroem. Estaba sentada en su rincón, fina y delicada, con su disfraz de dama de la Corte de Luis XIV. Su cara estaba muy maquillada. Sin embargo, aparecía pálida. Los huesos sobresalían en las sienes y en las mejillas.

—Está bien —dijo él—. Julio de 1939. Un desfile fascista de los *Croix de Feu*, hace cinco minutos... Ahora uno de comunistas... Y nosotros, en el medio, con el disfraz del gran siglo xvii. Está bien, Kate.

—No importa —ella sonrió.

Ravic bajó la mirada hacia sus escaupines. La ironía de la situación era grande. Ni era necesario pensar que cualquier policía podía arrestarlo...

—¿Debo tomar otro camino? —preguntó el chófer de Kate Hegstroem.

—Ya no puede dar vuelta —dijo Ravic—. Hay demasiados coches detrás de nosotros.

Los manifestantes marchaban tranquilamente por la calle transversal. Llevaban banderas y carteles. Nadie cantaba. Gran número de policías acompañaba el desfile. En la esquina de la calle Vaugirard estaba apostado otro grupo de policías disimuladamente. Tenían sus bicicletas consigo. Uno de ellos patrullaba la calle. Miró dentro del coche de Kate Hegstroem. Sin cambiar de expresión siguió caminando.

Kate Hegstroem vio la mirada de Ravic.

—No se sorprendió —dijo—. «Ya» lo sabe. La Policía lo sabe todo. El baile de los Montfort es el suceso de la temporada. La casa y el jardín estarán rodeados de policías.

—Esto me tranquiliza extraordinariamente.

Kate Hegstroem sonrió. Ignoraba la situación de Ravic.

—Tardarán en volver a reunirse tantas joyas en París. Disfraces legítimos, con alhajas legítimas. La Policía no se expone a ningún riesgo. En la fiesta,

con toda seguridad, también habrá detectives.

—¿Disfrazados?

—Es posible. ¿Por qué?

—Es bueno saberlo. Yo me había propuesto robar las esmeraldas de Rothschild.

Kate Hegstroem bajó la ventanilla.

—A usted lo aburre, lo sé. Pero esta vez no le servirá de nada.

—No me aburre. Al contrario. No hubiera sabido qué hacer. ¿Hay bebida en abundancia?

—Creo que sí. Pero puedo hacerle una seña al *head-butler*<sup>[5]</sup>. Lo conozco bastante bien.

Se oían los pasos de los manifestantes sobre el empedrado. No marchaban. Avanzaban desordenadamente. Hacían un ruido como si pasara un rebaño cansado.

—¿En qué siglo desearía vivir usted, si pudiera elegir?

—En éste. De lo contrario, ya estaría muerto y algún idiota llevaría mi disfraz a esta fiesta.

—No quise decir eso. Le preguntaba en qué siglo desearía volver a vivir su vida.

Ravic contempló la manga de terciopelo de su disfraz.

—Es inútil —dijo—. En el nuestro. Es el más piojoso, el más sangriento, el más corrompido, el más incoloro, el más cobarde y el más sucio... pero, sin embargo...

—Yo, no. —Kate Hegstroem se restregó las manos como si sintiese frío. El blando brocado caía sobre sus delgadas muñecas—. En éste, no —dijo—. En el siglo XVII o en alguno anterior. En cualquiera... menos en el nuestro. Lo sé sólo desde hace un par de meses. Antes nunca había pensado en ello —bajó del todo la ventanilla—. ¡Qué calor hace! ¡Y qué pesado está el tiempo! ¿Tardará mucho en pasar el desfile?

—No. Éste es el final.

Un disparo partió desde la calle de Cambronne.

En un instante, los policías de la esquina montaron en sus bicicletas. Una mujer lanzó un chillido. Un súbito rugido contestó desde la multitud. La gente empezó a correr. En medio de ella, los policías pedaleaban, esgrimiendo sus bastones.

—¿Qué fue eso? —preguntó Kate Hegstroem asustada.

—Nada. Una cubierta que ha estallado.

El chófer se dio vuelta. Su rostro estaba alterado.

—¡Éstos...!

—¡Arranque! —lo interrumpió Ravic—. Ahora puede pasar.

El cruce de la calle estaba vacío como si una ráfaga de viento lo hubiese barrido.

—¡Arranque! —repitió Ravic.

Desde la calle Cambronne llegaban gritos. Se oyó un segundo disparo. El chófer arrancó.

## CAPÍTULO XXVII

Un mar. Un mar de oscuridad atronadora, que castigaba los oídos. Luego el estridente campanilleo por los pasillos, un barco, en el tumulto del naufragio, y la noche, la ventana, más clara, familiar, entrando en la conciencia al ceder el sueño, y el campanilleo que continúa... Teléfono.

Ravic descolgó el auricular.

—¡Hola!

—Ravic.

—¿Qué pasa? ¿Quién habla?

—Yo. ¿No me reconoces?

—Sí, ahora sí. ¿Qué pasa?

—¡Tienes que venir! ¡Pronto! ¡Inmediatamente!

—¿Qué pasa?

—¡Ven, Ravic! Ha pasado algo.

—¿Qué ha pasado?

—Ha pasado algo. ¡Tengo miedo! ¡Ven! ¡Ven en seguida! ¡Ayúdame, Ravic! ¡Ven!

Se oyó el clic del auricular. Ravic esperó. La señal de línea libre zumbó. Jeanne había colgado. Colocó el auricular en su sitio y se quedó mirando fijamente la noche pálida. El sueño artificial le pesaba todavía en las sienes. Haake. Primero había pensado que era Haake, hasta que distinguió la ventana y comprendió que estaba en el «International», o en el «Prince de Galles». Miró el reloj. Las manecillas luminosas señalaban las cuatro y veinte. De pronto, saltó de la cama. La noche en que se había encontrado con Haake, Jeanne había hablado de peligro, de miedo. Y sí... ¡Todo era posible! Había conocido a otros más estúpidos. Reunió apresuradamente lo más preciso y se vistió.

Encontró un taxi en la esquina más próxima. El chófer tenía un pequeño perro faldero consigo. Lo llevaba sobre los hombros, como un cuello de piel. Se balanceaba junto con el taxi, cuando éste se balanceaba. Esto ponía fuera



de sí a Ravic. Hubiera querido arrojar al perro sobre el asiento; pero conocía a los chóferes parisienses de taxi.

El coche corría traqueteando en la tibia noche de julio. Olor de aliento contenido exhalado por un follaje. Florescencias, acaso de los tilos; sombras, un cielo de jazmín lleno de estrellas, y, en medio, un avión con señales de luces verdes y rojas, como un escarabajo de zumbido ronco entre luciérnagas; calles incoloras, vacuidad zumbante, canto de dos borrachos, sones de un acordeón saliendo de una bodega, y de pronto, un atascamiento y miedo y desgarrante apremio: demasiado tarde quizá...

La casa. Tibia, adormilada. El ascensor bajaba arrastrándose como un tardo insecto luminoso. Ravic estaba ya en el primer tramo de la escalera, cuando reflexionó y se volvió. El ascensor era más rápido, por lento que fuera.

¡Estos ascensores de juguete de París! Endebles prisiones, crujientes, jadeantes, abiertos arriba, abiertos a los lados, nada más que un piso y unos cuantos travesaños de hierro, una lamparilla eléctrica semiquemada alumbrando tristemente, y otra con el contacto flojo; por fin, el último piso. Corrió la rejada puerta. Llamó.

Abrió Jeanne. Ravic clavó la vista en ella. Nada de sangre, la cara normal, nada.

—¿Qué pasa? —preguntó—. ¿Dónde está...?

—Ravic, ¡has venido!

—¿Dónde está... has hecho algo tú?

Ella se hizo a un lado. Él avanzó unos pasos. Examinó todo el cuarto. No había nadie.

—¿Dónde? ¿En el dormitorio?

—¿Qué? —preguntó ella.

—¿Hay alguien en el dormitorio? ¿Tienes a alguien allí?

—No. ¿Por qué? —él la miró—. Comprenderás que no voy a tener a nadie aquí cuando tú vienes —dijo ella.

Él seguía mirándola. Allí estaba, llena de salud, y le sonreía.

—¿Cómo se te ocurre? —su sonrisa se hizo más abierta—. Ravic —dijo, y él advirtió, con la sensación de granizo que le azotaba el rostro, que ella lo creía celoso y se complacía con ello. La maleta de instrumentos que llevaba en la mano le pesó de pronto un quintal. La colocó sobre una silla.

—Maldita cochina —dijo.

—¿Qué? ¿Qué tienes?

—Maldita cochina —repitió—. Y yo soy un tonto por caer en la trampa.

Recogió la maleta y se dirigió a la puerta. Ella se puso en seguida a su lado.

—¿Qué haces? ¡No te vayas! No puedes dejarme sola. ¡No sé lo que pasará si me dejas sola!

—¡Mentirosa! —exclamó él—. ¡Miserable mentirosa! No es nada que mientas, pero que lo hagas con tal impavidez da ganas de vomitar. ¡Con estas cosas no se juega!

Ella lo apartó de la puerta.

—¡Pero mira a tu alrededor! ¡Ha pasado algo! ¡Tú mismo puedes verlo! ¡Mira, pues, cómo ha revuelto todo! ¡Y tengo miedo de que vuelva! Tú no sabes lo que es capaz de hacer.

En el suelo había una silla tirada. Una lámpara. Unos cuantos vidrios rotos.

—Cálzate para andar por el cuarto —le dijo Ravic—, no sea que te cortes. Es cuanto puedo aconsejarte.

Entre los fragmentos de vidrio había una fotografía. Apartó el vidrio con el pie y la levantó.

—Toma —la arrojó sobre la mesa—. Y ahora déjame en paz.

Ella estaba de pie ante él. Lo miraba. Su expresión había cambiado.

—Ravic —dijo en voz baja y contenida—, poco me importa cómo me llames. He mentido a menudo, y seguiré mintiendo. Vosotros lo queréis así, pues —dio un golpe a la fotografía. Ésta se deslizó de la mesa y cayó de tal modo que Ravic pudo verla. No era el retrato del hombre a quien había visto con Jeanne en la «Cloche d'Or»—. Todos lo quieren —dijo ella con profundo desprecio—. «¡No mientas, no mientas! ¡No digas más que la verdad!». Y cuando una dice la verdad, no la pueden soportar. ¡Ninguno! Pero a ti no te he mentado a menudo. A ti no. Contigo no quería hacerlo...

—Bueno —dijo Ravic—, no necesitamos dilucidar esto.

Se sintió de pronto extrañamente conmovido. Algo lo había afectado. Le dio fastidio. No quería sentirse nuevamente afectado.

—No. Contigo no me era necesario —siguió ella y lo miró casi implorante.

—Jeanne...

—Y tampoco ahora miento. No miento del todo, Ravic. Te he llamado porque tenía miedo, realmente. Había logrado hacerle salir sin problemas y cerrar con llave. Y él escandalizaba y gritaba afuera: fue entonces cuando te llamé. Fue lo primero que se me ocurrió. ¿Es tan malo eso?

—Tú estabas enteramente tranquila y sin miedo, cuando llegué.

—Porque se había ido, y porque pensaba que vendrías a auxiliarme.

—Bien. Entonces ahora ya está todo arreglado, y puedo irme.

—Va a volver. Dijo a gritos que volvería. Está por ahí, en algún lado, bebiendo. Lo sé. Y cuando está borracho y vuelve, no es como tú... él no puede beber...

—¡Basta! —exclamó Ravic—. Dejemos ya esto. Es una estupidez. La puerta es sólida. Y no vuelvas a hacer lo mismo.

Ella se detuvo.

—¿Y qué he de hacer entonces? —preguntó de pronto.

—Nada.

—Te llamo por teléfono, tres, cuatro veces, y tú no me contestas. Y cuando contestas, me dices que te deje en paz. ¿Qué quieres decir con eso?

—Eso mismo.

—¿Eso mismo? ¿Cómo eso mismo? ¿Somos acaso autómatas a quienes se puede dar cuerda y quitarla a su voluntad? Una noche todo es maravilloso y lleno de amor, y luego de pronto...

Calló al observar la expresión de Ravic.

—Ya he pensado que esto llegaría —dijo él en voz baja—. He pensado que tratarías de explotarlo. Es muy propio de ti. Tú sabías que aquella vez era la última y deberías haber dejado las cosas así. Estuviste en mi casa, y porque era la última vez, fue como fue, y fue bien, y fue despedida, y estábamos llenos uno del otro, y así hubiéramos quedado en nuestro recuerdo, pero tú no podías hacer otra cosa que explotarlo como un negociante, tergiversarlo con una nueva exigencia, para hacer algo único en el tiempo, de algo fugaz, una continuación arrastrada. Y como yo no quise, tú recurres ahora a este repelente truco, y uno tiene que rumiar aquello cuya sola mención es ya una desvergüenza.

—Yo...

—¡Tú lo sabías! —la interrumpió—. No mientas nuevamente. No he de repetir lo que dijiste. ¡No puedo hacer eso! ¡Tú lo sabías! Ambos lo sabíamos. Tú no ibas a volver más.

—¡Y no he vuelto!

Ravic clavó la mirada en ella. Con gran dificultad logró contenerse.

—Bueno; pero entonces telefoneaste.

—¡Telefoneé porque tenía miedo!

—¡Dios mío! —exclamó Ravic—. Esto es demasiado idiota. ¡Yo abandono!

Ella sonrió lentamente.

—Yo también, Ravic. ¿No ves que lo único que quiero es que te quedes aquí todavía?

—Eso es precisamente lo que yo no quiero.

—¿Por qué? —ella seguía sonriendo.

Ravic se sintió un tanto derrotado. Ella se negaba simplemente a comprenderlo, y si él empezaba a explicar, quién sabe dónde terminarían las cosas.

—Es una maldita corrupción —dijo él finalmente—. Tú no puedes comprenderlo.

—Sí, puedo —respondió ella pausadamente—. Quizá. Pero ¿por qué es distinto de hace una semana?

—Entonces era lo mismo.

Ella guardó silencio y lo miró.

—Yo no me preocupo de nombres —dijo luego.

Él no contestó. Advertía cuán superior era ella.

—Ravic —dijo ella, y se acercó—. Sí, yo dije entonces que todo había concluido. Dije que nunca más oirías hablar de mí. Lo dije porque tú lo querías. Que no obstante ello, no lo haga... ¿no lo comprendes?

Ella lo miró.

—No —contestó él con grosería—. Todo lo que comprendo es que quieres acostarte con dos hombres.

Ella no se movió.

—No es así —dijo luego—. Pero aun cuando así fuera, ¿qué te importa a ti?

Él le clavó la vista.

—¿Qué te importa la realidad? —repitió ella—. Te amo, ¿no es suficiente?

—No.

—No necesitas ponerte celoso. Tú no. Nunca lo fuiste tampoco...

—¿De veras?

—No. No sabes siquiera lo que es.

—Naturalmente. Porque no he hecho escenas espectaculares, como ese muchacho...

Ella sonrió.

—Ravic —dijo—, los celos comienzan con el aire que respira el otro.

Él no contestó. Ella permanecía delante suyo y lo miraba. Lo miraba y callaba. El aire, el estrecho corredor, la media luz... todo estuvo de pronto

lleno de ella. Lleno de espera, de suave atracción sin aliento, como la tierra cuando uno se asoma, mareado, por encima del parapeto de una torre.

Ravic lo sentía. Se resistía. No quería caer prisionero. Ahora no pensaba ya en irse. Si se fuera, esto lo perseguiría. Y no quería sentir la persecución. Quería un final neto. Al día siguiente necesitaba claridad.

—¿Tienes bebidas aquí? —preguntó.

—Sí. ¿Qué quieres? ¿Calvados?

—Coñac, si tienes. O si no calvados. Es igual.

Ella fue hasta el pequeño armarito. Él la siguió con la vista. La clara luz. La invisible radiación de la seducción, el viejo, el eterno embrujo que nos hace construir chozas... ¡como si jamás de la sangre pudiera llegar la paz por más de una noche!

Celos. ¿Que él no sabía nada de eso? ¿Pero no sabía algo de la imperfección del amor? ¿No era ello un dolor más antiguo, más implacable que el poco de miseria personal que son los celos? ¿No comenzaba ya con la certeza de que uno de los dos debería morir primero?

Jeanne no trajo el calvados. Trajo una botella de coñac. «Bien», pensó él. A veces ella comprendía. Puso a un lado la fotografía para colocar su copa. Pero en seguida la volvió a tomar en la mano. Era lo más sencillo, para destruir el efecto de una mujer, contemplar al sucesor.

—Es curioso, cuán mala memoria tengo —dijo—. Creía que tu muchacho tenía un aspecto totalmente diferente.

Ella dejó la botella sobre la mesa.

—Pero si ése no es él.

—¡Ah! es ya algún otro.

—Sí, y por eso fue todo.

Ravic bebió un gran trago de coñac.

—Deberías saber que no se dejan fotografías de hombres a la vista, cuando ha de venir el antiguo amante. En general, no deben tenerse fotografías a la vista. Es de mal gusto.

—No estaba a la vista. Él la encontró. Anduvo revolviendo. Y una tiene fotografías. Tú no lo comprendes. Una mujer lo comprende. Yo no quería que la viera.

—Por eso reñisteis. ¿Dependes de él?

—No. Tengo mi contrato. Por dos años.

—¿Fue él quien te lo procuró?

—¿Por qué no? —preguntó, sinceramente extrañada—. ¿Hay algo en ello?

—No. Pero hay hombres a quienes amargan esas cosas.

Ella se encogió de hombros. Él advirtió el gesto. Un recuerdo. Una nostalgia. Hombros que en un tiempo se elevaban con la respiración junto a uno, suave, regularmente, en el sueño. Una nube fugitiva de pájaros resplandecientes en el rojizo cielo nocturno. ¿Lejos? ¿A qué distancia en el tiempo? ¡Habla, invisible tenedor de libros! ¿Está sólo enterrado, o son éstos en realidad los últimos fugitivos destellos? ¿Pero quién podía saberlo?

Las ventanas estaban abiertas de par en par. Algo entró volando, dando tumbos; un harapo oscuro, tremolando inseguro, deteniéndose en la pantalla de la lámpara, abriendo las alas, extendiéndose... y en seguida mía visión púrpura azul y de todos los matices del marrón; una condecoración de la noche, colgada en la sedeña pantalla, soplada hacia el interior del cuarto, abigarrada mariposa. Las aterciopeladas alas respiraban suavemente —suaves como el seno que estaba frente a él, bajo la delgada tela del vestido—. ¿Cuándo se había realizado ya una vez la misma escena? ¿En tiempos inmemoriales? ¿Cien años atrás?

El Louvre... Nicea... No, mucho antes: en un crepúsculo primordial de polvo y de oro. Humo de altares de topacio, más recio el rumorear de volcanes, más oscuro el telón de sombra, de celo y de sangre, más pequeño el caudal del conocimiento, más hirviente el vórtice, más brillante la lava, arrastrándose hacia abajo como reptiles negros por las pendientes, sepultando, devorando vidas... y, por encima de ello, la eterna sonrisa de Medusa sobre los pocos jeroglíficos fugaces en la arena del Tiempo: El espíritu.

El lepidóptero se elevó, se deslizó bajo la seda y comenzó a estropearse las alas contra la lamparilla eléctrica caliente. Polvo violeta. Ravic lo tomó, lo llevó hasta la ventana, y lo arrojó en la noche.

—Volverá —dijo Jeanne.

—Puede ser también que no.

Vienen todas las noches. Vienen de los jardines. Siempre los mismos. Hace, unas semanas eran de color amarillo limón. Ahora son éstos.

—Sí. Siempre los mismos. Y siempre otros. Y siempre otros y siempre los mismos.

¿Qué estaba diciendo? Algo discurría detrás de él. Una resonancia, un eco, retumbando desde lejos, detrás de una última esperanza. ¿Qué había esperado él? ¿Qué lo golpeaba de pronto en esta hora de debilidad? ¿Qué es lo que cortaba de lado a lado como un escalpelo, donde desde hacía tiempo creía tener músculos sanos? ¿Había seguido siempre viviendo oculta,

enmascarada, en crisálida, en sueño de invierno todavía, una esperanza, que él había querido engañar? Levantó en alto la fotografía que estaba sobre la mesa.

Una cara. Un rostro cualquiera. Uno entre millones.

—¿Desde cuándo? —preguntó.

—No hace mucho. Trabajamos juntos. Desde hace unos días. Después que tú en el «Fouquet»...

Él levantó la mano.

—Bien, bien. ¡Ya sé! Si yo esa noche hubiera... Tú sabes que no es verdad.

Ella titubeó.

—No.

—Lo sabes. ¡No mientas! Nada que sea importante tiene vida tan breve.

¿Qué quería oír él? ¿Para qué decía eso? ¿No quería, pues, oír un mentira piadosa más?

—Es cierto y no lo es —dijo ella—. No puedo evitarlo, Ravic. Hay algo que me impulsa. Es como si dejara perder algo. Lo agarro, tengo que tenerlo, y luego resulta no ser nada. Y extendiendo la mano en busca de algo nuevo. Sé de antemano que va a terminar como el anterior, pero no puedo dejar de hacerlo. Me impulsa, me arroja a cualquier parte, me llena durante un tiempo y luego me abandona y me deja nuevamente vacía, como el hambre, y luego vuelve otra vez.

«Perdida —pensó Ravic—. Ahora, en verdad, totalmente perdida». Ningún engaño más, ninguna complicación, ningún despertar, ninguna reanudación. Era bueno saberlo. Era bueno saberlo para cuando los vapores de la fantasía empezaran nuevamente a enturbiar las lentes del conocimiento.

¡Suaves reacciones químicas, implacables y sin consuelo! La sangre que una vez se había precipitado de uno a otro, no podía hacerlo nunca más con la misma fuerza. Lo que seguía reteniendo a Jeanne, y la impulsaba de tanto en tanto nuevamente hacia él, era una parte de él, donde ella no había penetrado aún. Una vez que la hubiera penetrado, se iría para siempre. ¿Quién habría de esperar a que eso ocurriera? ¿Quién quedaría satisfecho con ello? ¿Quién se anillaría por algo así?

—Quisiera ser tan fuerte como tú, Ravic.

Él rió. Todavía eso.

—Tú eres mucho más fuerte que yo.

—No. Tú ves, pues, cómo corro detrás de ti.

—Eso lo demuestra precisamente. Tú puedes permitirte eso. Yo no.

Ella lo miró un momento atentamente. Luego se apagó la claridad que había iluminado su rostro.

—Tú no puedes amar —dijo ella—. Tú nunca te das.

—Y tú siempre. Es por eso que siempre quedas a salvo.

—¿No puedes hablarme seriamente?

—Hablo seriamente.

—Si siempre me salvo, ¿por qué entonces no me libero de ti?

—Te libras muy bien de mí.

—¡No digas eso! Tú sabes que no tiene nada que ver. Si yo me hubiera librado de ti, no andaría corriendo detrás de ti. A otros los he olvidado. A ti no. ¿Por qué?

Ravic bebió un sorbo.

—Quizá porque no me has podido poner del todo el pie encima.

Ella se quedó sorprendida. Luego negó con la cabeza.

—No a todos les he puesto el pie encima, como tú dices, A algunos ni en lo más mínimo. Y los he olvidado. Fui desgraciada, pero los he olvidado.

—También a mí me olvidarás.

—No. Tú me inquietas. No, nunca.

—No imagina uno nunca hasta qué punto es capaz de olvidar —dijo Ravic—. Es una gran bendición así como una miserable desgracia.

—Todavía no me has dicho por qué entre tú y yo las cosas son así.

—Eso no nos lo podemos explicar nosotros. Podríamos hablar cuanto quisiéramos. Habría mayor confusión cada vez. Hay cosas que no se pueden explicar. Y otras que uno no comprende. Bendito sea ese poquito de selva que hay en nosotros. Ahora me voy.

Ella se incorporó rápidamente.

—¡No me puedes dejar sola!

—¿Quieres dormir conmigo?

Ella lo miró sin decir nada.

—Espero que no —dijo él.

—¿Para qué me preguntas eso?

—Para despejarme. Vete a dormir. Ya está claro afuera. No es momento para tragedias.

—¿No quieres quedarte?

—No. Y no volveré nunca más.

Ella permaneció muy quieta.

—¿Nunca?

—Nunca. Y tú no irás nunca más a mi casa.



Ella movió la cabeza. Luego señaló la mesa.

—¿Por eso?

—No.

—No te comprendo. Podríamos...

—¡No! —exclamó él con viveza—. ¡Eso todavía! ¡No! La fórmula de la amistad. La pequeña huerta sobre la lava de los sentimientos extinguidos. No, nosotros no. Eso no es para nosotros. Eso puede ser posible en pequeños amoríos. Y aun así es algo pringoso. No debe ensuciarse el amor con la amistad. El fin es el fin.

—Pero, ¿por qué precisamente ahora...?

—Tienes razón. Debió haber sido antes. Cuando regresé de Suiza. Pero nadie es omnisciente. Y a veces no quiere uno saberlo todo. Era... —se interrumpió.

—¿Qué era? —estaba ante él como si no comprendiera alguna cosa y tuviera que saberla perentoriamente. Estaba pálida, con los ojos transparentes—. ¿Qué es lo que ocurría con nosotros, Ravic? —murmuró.

El corredor, detrás de su cabello, iluminado a medias, oscilante a la luz, como si condujera lejos, a la galería de una mina, en la que se vislumbrara una promesa, mojada con lágrimas de muchas generaciones y el rocío de esperanzas siempre renovadas.

—Amor... —dijo él.

—¿Amor?

—Amor. Y por eso esto es el fin.

Cerró la puerta al salir. El ascensor. Oprimió el botón. Pero no esperó a que subiera penosamente. Temía que Jeanne lo siguiese. Bajó rápidamente por la escalera. Le extrañó no oír abrirse la puerta. En el segundo descanso se detuvo y escuchó. Nada se movía. Nadie bajaba.

El taxi estaba todavía delante de la casa. Lo había olvidado. El chófer se tocó la gorra y sonrió como entendiendo.

—¿Cuánto es? —preguntó Ravic.

—Diecisiete con cincuenta.

Ravic pagó.

—¿No quiere usted volver en el coche? —preguntó el chófer asombrado.

—No, iré a pie.

—Es bastante lejos, señor.

—Lo sé.

—Para eso no hubiera tenido usted necesidad de hacerme esperar. Es un gasto inútil de once francos.

—No importa.

El chófer trató de encender una colilla de cigarrillo pardusca y húmeda que tenía adherida al labio superior.

—En fin, es de esperar que haya valido la pena.

—¡Más!

La claridad matutina cubría los jardines. El aire ya calentaba, pero la luz era fría. Bosquecillos de lilas, grises de polvo. Bancos. Sobre uno de ellos dormía un hombre, con la cara cubierta por un ejemplar del *Paris Soir*. Era el mismo banco en que había estado sentado Ravic aquella noche lluviosa.

Miró al hombre. El *Paris Soir*. se levantaba con la respiración sobre la cara cubierta, como si el periódico tuviese un alma o fuese una mariposa que quisiera volar en seguida al cielo, con grandes noticias. Suavemente alentaban los gruesos titulares. *Hitler declara no tener otras aspiraciones territoriales fuera del corredor polaco*. Y debajo: *Una planchadora da muerte al marido con una plancha caliente*. El retrato de una mujer endomingada, de exuberante seno, se veía en un rotograbado. A su lado otra fotografía: *Mc Donald declara que la paz es todavía posible*, con una especie de empleado de Banco con paraguas y cara de carnero feliz. Debajo con caracteres pequeños y algo oculto: *Centenares de judíos asesinados en la frontera*.

El hombre que se reguardaba con todo eso del rocío y de la luz matinal, dormía profunda y tranquilamente.

Llevaba puestos unos viejos zapatos de lona, rotos, un pantalón de lana marrón, y una chaqueta harto harapienta. Nada de eso le importaba. Había descendido tanto que ya nada le importaba... al igual que un pez de aguas profundas no percibe nada de las tormentas de los océanos.

Ravic volvió al «International». Se sentía despejado y libre. No dejaba nada tras él. Tampoco podía utilizarlo. No podía utilizar ya nada que aún lo trastornara. Pensaba mudarse ese mismo día al «Prince de Galles». Con dos días de anticipación. Pero era mejor la anticipación que el retraso para esperar a Haake.

## CAPÍTULO XXVIII

El *hall* del «Prince de Galles» estaba vacío cuando Ravic bajó. Una radio portátil se dejaba oír suavemente sobre el escritorio de la portería. Por los rincones andaban dos sirvientas ocupadas en el arreglo. Ravic atravesó rápidamente el *hall* sin llamar la atención. Miró el reloj colocado frente a la puerta. Eran las cinco de la mañana.

Subió por la calle George V y cruzó en dirección al «Fouquet». No había nadie allí. Hacía mucho que el restaurante estaba cerrado. Se detuvo un momento. Luego llamó un taxi y se dirigió al «Schéhérazade».

Morosow estaba ante la puerta, y lo vio llegar.

—Nada —dijo Ravic.

—Me lo imaginaba. No era en realidad de esperar para hoy.

—Sí lo era. Para hoy ya. Hoy hace dos semanas.

—No hay que contar con un día más o menos. ¿Estuviste todo el tiempo en el «Prince de Galles»?

—Sí, desde por la mañana hasta ahora.

—Telefonaré mañana —dijo Morosow—. Puede haber tenido algo que hacer hoy, o haber partido un día más tarde.

—Mañana por la mañana tengo que operar.

—No llamará tan temprano.

Ravic no contestó. Miraba a un taxi, del cual descendía un *gigolo* con *smoking* blanco. Una mujer pálida, de dientes grandes, lo seguía, Morosow les abrió la puerta. La calle olió de pronto a «Chanel N.º 5». La mujer renqueaba ligeramente. El *gigolo* la siguió con desgana, después de haber pagado el taxi.

La mujer lo esperó en la puerta. Sus ojos eran verdes a la luz de las lamparillas. Las pupilas estaban muy contraídas.

—A esa hora no llamará con seguridad —dijo Morosow cuando volvió.

Ravic no contestó.

—Si me das la llave, yo puedo subir a las ocho —dijo Morosow—. Así puedo esperar hasta que tú regreses.

—Tú tienes que dormir.

—Déjate de eso. Puedo dormir en tu cama, si quiero. Nadie va a llamar, pero puedo hacerlo, si con eso te tranquilizas.

—Tengo que operar hasta las once.

—Bueno. Dame la llave. No quisiera que con el nerviosismo le cosieses a una dama del *faubourg*<sup>[6]</sup> St. Germain los ovarios con el estómago. En esa forma a los nueve meses vomitaría un niño. ¿Tienes la llave?

—Sí. Aquí está.

Morosow se metió la llave en el bolsillo. Sacó luego una caja con pastillas de menta que ofreció a Ravic. Éste rehusó. Morosow tomó unas pocas y se las llevó a la boca. Desaparecieron en su barba como pajaritos blancos en un bosque.

—Refrescan —dijo.

—¿Has estado alguna vez sentado un día entero esperando en un cuchitril tapizado de terciopelo? —preguntó Ravic.

—Más de un día. ¿Y tú no?

—Sí. Pero no esperando eso.

—¿Y no has llevado algo para leer?

—Bastante, pero no he leído nada. ¿Cuánto tiempo te queda aún de trabajo aquí?

Morosow abrió la puerta de un taxi. Estaba lleno de americanos. Los hizo entrar.

—Por lo menos dos horas más —dijo cuando volvió—. Tú ves lo que pasa. El verano más alocado desde hace años. Todo atestado. Jeanne también está adentro.

—¿De veras?

—Sí. Con otro, si ello te interesa.

—No —dijo Ravic. Se dio vuelta para irse—. Mañana te veré.

—¡Ravic! —exclamó Morosow llamándolo.

Ravic se volvió. Morosow sacó la llave.

—¡Toma! ¡Tienes que entrar a tu cuarto del «Prince de Galles»! Yo no te he de ver hasta mañana. Deja la puerta abierta cuando salgas.

—No duermo en el «Prince de Galles». —Ravic tomó la llave—. Duermo en el «International». Es mejor que vean mi cara allí lo menos posible.

—Con todo, deberías dormir allí. Uno no vive en los hoteles donde no duerme. Es mejor, para el caso de que la Policía anduviera haciendo averiguaciones en la portería.

—Está bien. Pero también es mejor, para el caso de que hiciera averiguaciones, que yo pueda probar haber vivido todo el tiempo en el

«International». En el «Prince de Galles» lo he arreglado todo. He revuelto la cama, y he utilizado el lavabo, la bañera, las toallas y lo demás, de modo que parezca que he salido temprano.

—Bien. Entonces devuélveme la llave.

Ravic rehusó con la cabeza.

—Es mejor que tampoco te vean a ti allí.

—No importa.

—Sí importa, Boris. No seamos idiotas. Tu barba no es una cosa corriente. Además tienes razón: yo debo actuar y vivir como si no ocurriera nada excepcional. Si Haake, telefona efectivamente, mañana temprano, volverá a hacerlo por la tarde. Si no puedo contar con eso, seré al cabo de un día un guiñapo nervioso.

—¿Adónde vas ahora?

—A dormir. No puedo esperar que llame todavía a esta hora.

—Te puedo encontrar en alguna parte más tarde, si quieres.

—No, Boris. Espero estar ya durmiendo cuando tú quedes libre aquí. Tengo que operar a las ocho.

Morosow lo miró con incredulidad.

—Bueno. Entonces pasaré a verte mañana por la tarde en el «Prince de Galles». Si ocurre antes algo, llámame al hotel.

—Sí.

## CAPÍTULO XXIX

El «Talbot» estaba estacionado en la calle Bassano, entre un «Renault» y un «Mercedes-Benz». El «Mercedes» era nuevo y llevaba matrícula italiana. Ravic maniobró para retirar su coche. Estaba tan impaciente, que no advirtió bien cómo lo hacía; el parachoques posterior del «Talbot» rozó el guardabarros izquierdo del «Mercedes», donde dejó una raspadura. No se preocupó por ello. Sin detenerse se dirigió hacia el bulevar Haussmann.

Iba velozmente. Era bueno tener el coche en su poder. Era bueno contra el negro desaliento que le pesaba como cemento en el estómago.

Eran las cuatro de la madrugada. Habría debido esperar más tiempo. Pero de pronto, todo le había parecido insensato. Haake había olvidado, probablemente, hacía tiempo el pequeño episodio. Quizá ni siquiera habría vuelto a París. Tenían allá ahora otras cosas que hacer.

Morosow estaba en la puerta del «Schéhérazade». Ravic estacionó el coche a la vuelta de la esquina y regresó. Morosow lo vio llegar, expectante.

—¿Te comunicaron mi llamada?

—No. ¿Por qué?

—Llamé hace cinco minutos. Ahí adentro hay un grupo de alemanes. Cuatro hombres. Uno de ellos se parece a...

—¿Dónde?

—Junto a la orquesta. Es la única mesa con cuatro hombres. Puedes verla desde la puerta.

—Bueno.

—Ocupa la mesa pequeña, la del costado de la entrada. La he hecho reservar.

—Bien, bien, Boris.

Ravic se detuvo en la puerta. El local estaba oscuro. La luz del reflector daba de lleno sobre la pista de baile. Una cantante estaba allí, ataviada con vestido plateado. El angosto cono de luz era tan potente que no era posible reconocer nada a su alrededor. Ravic miraba fijamente en dirección a la mesa

próxima a la orquesta. No podía distinguirla. El blanco resplandor se interponía.

Se sentó a la mesa situada junto a la puerta. Un mozo le trajo una jarra de vodka. La música parecía arrastrarse. La dulzona bruma melódica reptaba y reptaba; con lentitud de caracol: *J'attendrai. J'attendrai.*

La cantante hizo una reverencia. Resonaron los aplausos. Ravic adelantó el cuerpo. Esperaba que se apagara el reflector. La cantante se volvió hacia la orquesta. El gitano asintió y preparó su violín. El címbalo lanzó unas escalas asordinadas. La segunda canción fue *La chapelle au clair de la lune*. Ravic cerró los ojos. La espera era casi inaguantable.

Se enderezó nuevamente, mucho antes de que la canción terminara. El reflector se apagó. Las luces de las mesas se avivaron. En el primer momento sólo distinguió contornos imprecisos. Había tenido demasiado tiempo la vista fija en el reflector. Cerró una vez más los ojos y volvió a abrirlos. Encontró la mesa en seguida.

Lentamente se recostó en el respaldo del asiento. Ninguno de aquellos hombres era Haake. Permaneció largo rato en esa posición. De pronto, se sintió terriblemente cansado. Cansado detrás de los ojos. Cansancio que avanzaba en ondas desiguales. La música, el subir y bajar de las voces, el ruido amortiguado, lo aturdían después de la tranquilidad del cuarto del hotel y de la nueva decepción. Era como un calidoscopio adormecedor, suave hipnosis que envolvía las células cerebrales rudamente trabajadas por la espera.

En cierto momento, en el débil vaho luminoso en que se movían los danzantes, vio a Jeanne. El rostro abierto, ávido, estaba echado hacia atrás, la cabeza junto al hombro del compañero. No experimentó nada al verla. «Nadie puede serle más extraño a uno que un ser humano a quien se ha amado una vez», pensó con fatiga. Una vez roto el misterioso cordón umbilical que une a la fantasía con el objeto, podía quizá relampaguear todavía de uno hacia el otro, con fluorescencias como de astros espectrales; pero era una luz muerta. Excitaba, pero ya no encendía... nada fluía ya en uno u otro sentido. Echó la cabeza hacia atrás apoyándola en el respaldo de la banqueta. Sobre abismos, una minúscula intimidación. La tenebrosidad del sexo con todos sus dulces nombres. Flores estrelladas sobre un mar, en el que uno se hundía al querer arrancarlas.

Se enderezó. Tenía que salir de allí para no dormirse. Llamó al mozo.

—¿Cuánto es?

—No hay nada que pagar —dijo el mozo.

—¿Cómo...?

—No ha tomado usted nada.

—¡Ah, es cierto!

Dio al hombre una propina, y salió.



## CAPITULO XXX

Al cabo de una hora se detuvo frente a una fondita. Sentía mucha hambre y la cabeza pesada. Estacionó el coche frente a la casa, donde había dos mesas y varias sillas. Pidió café con *brioche*s, y se fue a lavar. El lavabo despedía un olor hediondo. Pidió un vaso y se enjuagó la boca. Luego se lavó las manos y regresó.

El desayuno estaba sobre la mesa. Olía como todos los desayunos, las golondrinas volaban por encima de los tejados, el sol colgaba en las paredes de las casas sus primeros *gobelinos*<sup>[7]</sup> dorados. Algunas personas se dirigían a su trabajo, y detrás de las cortinas de cuentas del *bistro*<sup>[8]</sup>, una sirvienta con la falda arremangada, fregaba las baldosas. Era la mañana estival más apacible que Ravic había visto desde mucho tiempo atrás.

Bebió el café caliente. Pero no podía decidirse a comer. No quería tocar nada con las manos. Se las miró. «Es insensato —pensó—. ¡Maldición! No quiero adquirir complejos. Tengo que comer». Tomó otra taza de café. Sacó un cigarrillo y tuvo cuidado de no llevarse a la boca el extremo que había tocado con los dedos. «Esto no puede seguir así»; sin embargo, no comió. «Primero tengo que liquidar esto definitivamente», resolvió en su interior. Se levantó y pagó.

Un rebaño de vacas. Mariposas. El sol sobre los campos. El sol en el parabrisas. El sol en la capota. El sol en la tapa de metal luciente de la maleta del coche, donde estaba encerrado Haake... muerto sin haber sabido por qué y por quién. Debió haber sido de otro modo...

«—¿Me reconoces, Haake? ¿Sabes quién soy? —vio ante sí la cara enrojecida».

«—No, ¿por qué? ¿Quién es usted? ¿Nos hemos encontrado antes ya alguna vez?».

«—Sí».

«—¿Cuándo? ¿Nos hemos tuteado? ¿En la Escuela de Cadetes, quizá? No recuerdo».

«—No, no recuerdas Haake. No fue en la Escuela de Cadetes. Fue más tarde».

«—¿Más tarde? Pero usted ha vivido en el extranjero. Y yo nunca he estado fuera de Alemania. Sólo en estos dos últimos años, aquí, en París. Tal vez en el prostíbulo».

«—No. No fue en él. Y tampoco aquí. ¡En Alemania, Haake!».

Barreras. Vías de tren. Un jardincito, atestado de rosas, flox y girasoles. Espera. Un tren negro, perdido, bufando en la mañana interminable. Reflejados en el parabrisas, vivientes, los ojos como moluscos, que en la maleta del coche se llenaban del polvo que caía por las rendijas.

«—¿En Alemania? ¡Ah, comprendo! En una de las reuniones del partido. Nuremberg. Creo recordar. ¿No fue en el Nürnberger Hof?».

«—No, Haake —decía Ravic hablando pausadamente en dirección al parabrisas, y sentía cómo la pesada onda de los años retornaba—. En Nuremberg, no. En Berlín».

«—¿Berlín? —El rostro sombrío, cruzado por reflejos adquiriría una expresión ligeramente impaciente y jovial—. ¡Vamos, hombre! ¡Descúbrase de una vez! ¡No se oculte de ese modo, y no me tenga tanto tiempo en esta tortura! ¿Dónde fue?».

En los brazos ahora, la onda que ascendía desde la tierra.

«¡En la tortura, Haake! ¡Precisamente! ¡En la tortura!».

Una risa, indecisa, precavida.

«—Déjese de bromas, hombre».

«—¡En la tortura, Haake! ¿Sabes ahora quién soy?».

La risa, más indecisa, más precavida, amenazante.

«—¿Cómo he de saberlo? Veo a miles de hombres. No puedo recordar personalmente a cada uno. Si usted alude a la Policía Secreta del Estado...».

«—Sí, Haake, la Gestapo».

Encogimiento de hombros. Acecho.

«—Si usted ha sido interrogado allí alguna vez...».

«—Sí. ¿Te acuerdas?».

Nuevo encogimiento de hombros.

«—¿Cómo he de acordarme? Hemos interrogado a miles...».

«—¡“Interrogado”! ¡Torturar, golpear hasta la inconsciencia, magullar riñones, quebrar huesos, arrojar a los hombres como bolsas a los sótanos, sacarlos nuevamente, destrozarse los rostros, triturar testículos..., a eso llamáis vosotros “interrogar”! Los espantosos gemidos de los que ya no podían gritar... ¡“Interrogar”! Los lamentos entre desmayo y desmayo, los puntapiés

en el vientre, los rodillos de caucho, los látigos... ¡Sí, a todo eso llamabais vosotros inocentemente “interrogar”!».

Ravic miraba con fijeza la cara invisible en el parabrisas, por el cual se deslizaba en silencio el paisaje con mieses, amapolas y cuadros de rosas...; la miraba con fijeza; sus labios se movían y decían todo lo que él había querido decir y no había dicho, y que alguna vez tenía que decir.

«—¡Quietas las manos, o de lo contrario te derribo de un balazo! ¿Te acuerdas del pequeño Max Rosenberg, que, con el cuerpo hecho trizas, estaba tendido a mi lado en el sótano, y trataba de destrozarse la cabeza contra el muro de cemento para no ser “interrogado” nuevamente...? “Interrogado”, ¿por qué? ¡Porque era democrático! Y Willmann, que orinaba sangre y ya no tenía dientes y sólo un ojo, después de haber sido “interrogado” durante dos horas por vosotros..., “interrogado”, ¿por qué? Porque era católico y no creía que vuestro *Führer* fuera el nuevo Mesías. Y Riesenfeld, cuya cabeza y espalda semejaban masas de carne cruda, y que nos imploraba que le abriéramos las arterias mordiéndoselas, porque él, desdentado, ya no podía hacerlo por sí mismo, después de haber sido “interrogado” por ti..., “interrogado”, ¿por qué? Porque era un contrario a la guerra, y no creía que el mejor medio de poner de manifiesto la cultura, fueran las bombas y los lanzallamas. ¡“Interrogado”! Sí, a miles habéis “interrogado” vosotros... ¡Quietas las manos, puerco! Y ahora, por fin, te tengo en mi poder, y vamos a una casa de gruesos muros enteramente aislada. Y allí te “interrogaré” yo..., lentamente, lentamente, durante días enteros, según el método Rosenberg, el método Willmann, el método Riesenfeld, exactamente como nos lo habéis enseñado vosotros. Y luego, después de todo eso...».

Ravic advirtió de pronto que el coche marchaba velozmente. Levantó el pie del acelerador. Casas. Una aldea. Perros. Gallinas. Caballos pastando, galopando, con los cuellos tendidos, las cabezas en alto, paganos, centauros, fuerza de vida. Una mujer sonriente, con un canasto de ropa. Piezas de ropa de todos los colores agitándose en las cuerdas, banderas de felicidad prestada. Unos cuantos niños jugando delante de las puertas. Veía todo eso como separado por una pared de vidrio, muy cerca e increíblemente lejos, lleno de belleza, de paz y de inocencia, dolorosamente fuerte y separado de él, y ahora inalcanzable para siempre a causa de esa noche. No lo lamentaba... era así, eso era todo.

Marchaba despacio. La única posibilidad de ser detenido, era cruzar las aldeas a escape. El reloj. Hacía cerca de dos horas que andaba. ¿Cómo era

posible? No lo había advertido. No había visto nada, solamente la cara a la que hablaba...

St. Germain. El parque. Rejas negras delante del cielo azul, y después los árboles. Árboles. Avenidas de árboles. Un parque de árboles, esperado, deseado, y de pronto el bosque.

El coche se deslizaba más despacio. El bosque se elevaba como una ola verde y dorada, se levantaba a derecha e izquierda, desbordaba el horizonte y lo envolvía todo... incluso el veloz y brillante insecto que zigzagueaba dentro de él.

## CAPITULO XXXI

La fiesta de despedida de Rolande empezó a las seis en punto. Duró sólo una hora. A las siete se reanudó nuevamente el trabajo.

La mesa había sido tendida en una sala contigua. Todas las mujeres estaban vestidas. La mayoría llevaban trajes negros de seda. Ravic, que sólo las había visto siempre desnudas o con unos pocos trapos livianos, tuvo dificultad en reconocer a muchas de ellas. Sólo media docena había quedado en el gran salón para casos de emergencia. A las siete se mudarían para ser servidas a su vez. Ninguna de ellas se habría de presentar en traje profesional. Eso no era una disposición de *Madame*; ellas mismas lo habían querido así. Ravic no había esperado otra cosa. Conocía la etiqueta de las prostitutas; era más estricta que la de la alta sociedad.

Las muchachas habían hecho una subscripción y le habían regalado a Rolande seis sillones de mimbre para su restaurante. *Madame* le había obsequiado una caja registradora, y Ravic dos mesas de mármol para acompañar a los sillones. Era el único extraño al personal, en la fiesta. Y el único hombre.

La comida empezó cinco minutos después de las seis. *Madame* ocupaba la cabecera. A su derecha estaba sentada Rolande, y a su izquierda Ravic. Seguía luego la nueva gobernanta, la gobernanta auxiliar y después las filas de muchachas.

Los fiambres fueron excelentes. *Foiegras* de Estrasburgo, *pâté maison*, con jerez añejo. A Ravic le pusieron una botella de vodka. Aborrecía el jerez.

Siguió después una *vichysoise*, de primerísima calidad. Luego Turbot con Meursault 1933. El Turbot era de la clase del que servían en «Maxim». El vino era liviano y bastante nuevo. Sirvieron después espárragos verdes, delgados. Vinieron luego los pollos asados y tiernos, una ensalada elegida, con una pizca de ajo y, para acompañar todo ello, Château St. Emilion. En el extremo principal de la mesa bebieron una botella de Romanée Conti 1921. «Las muchachas no aprecian esto», dijo *Madame*. Ravic lo apreciaba. Le trajeron una segunda botella. A cambio de ello, renunció al champaña y a la

*mousse* de chocolate. Acompañando al vino, comió con *Madame* queso de Brie, bien mantecoso, con pan blanco fresco, sin manteca.

La conversación durante la comida fue la de un pensionado de niñas. Los sillones de mimbre estaban adornados con cintas. La caja registradora resplandecía. Las mesas de mármol brillaban. Había un ambiente de melancolía en el local. *Madame* vestía de negro. Llevaba joyas. No demasiadas. Prendedor y anillo. Piedras selectas blanco azulado. No llevaba diadema, aunque ya era condesa. Tenía buen gusto. A *Madame* le gustaban los brillantes. Declaraba que las esmeraldas y los rubíes constituían riesgos. Los diamantes eran seguros. Conversó con Rolande y con Ravic. Había leído mucho. Su conversación era entretenida, fácil y espiritual. Citaba a Montaigne, a Chateaubriand y a Voltaire. Sobre su rostro inteligente, irónico, brillaba el cabello ligeramente teñido de azul.

A las siete, después del café, las muchachas se levantaron como dóciles colegialas. Dieron las gracias cortésmente a *Madame* y se despidieron de Rolande. *Madame* se quedó todavía un rato. Hizo traer un Armagnac, como Ravic no había bebido otro en su vida. La «brigada» de emergencia, que había estado de servicio, entró entonces. Lavadas, menos pintadas que durante el trabajo, vestidas con traje de sarao. *Madame* esperó hasta que las muchachas se sentaron y estuvieron por el Turbot. Con cada una de ellas cambió unas palabras, y les agradeció que hubieran sacrificado la hora anterior. Se despidió entonces con gracia.

—Rolande, la veré todavía antes de que se vaya...

—Seguramente, *Madame*.

—¿Puedo dejarle el Armagnac aquí? —preguntó a Ravic.

Ravic le dio las gracias. *Madame* salió, con el continente de gran dama de pies a cabeza.

Ravic tomó la botella y se sentó al lado de Rolande.

—¿Cuándo te marchas? —le preguntó.

—Mañana, sobre las cuatro de la tarde.

—Estaré en la estación.

—No, Ravic. No es posible. Mi novio llega esta noche. Viajamos juntos. ¿Comprendes que no debes ir? Le extrañaría mucho.

—Naturalmente.

—Tenemos que elegir mañana temprano algunas cosas, y remitir todo antes de partir. Esta noche me mudo al «Hotel Belfort». Bueno, barato, limpio.

—¿Vive él también allí?

—Por supuesto que no —dijo Rolande sorprendida—. No estamos casados todavía.

—Es verdad.

Ravic sabía que nada de eso era comedia. Rolande era una burguesa, había tenido una profesión. Que fuera pensionado de niñas o prostíbulo, daba lo mismo. Había desempeñado su oficio, y ahora eso había terminado, y volvía a su mundo burgués, sin llevar consigo al mismo ni sombra del otro. Con muchas prostitutas ocurría lo mismo. Muchas de ellas se convertían en excelentes esposas. Ser prostituta era una profesión seria, no un vicio. Esto las resguardaba contra la degradación.

Rolande tomó la botella de coñac, y sirvió otra copa a Ravic; luego sacó un papelito de la cartera.

—Si alguna vez quieres salir de París, aquí tienes la dirección de nuestra casa. Puedes ir cuando quieras.

Ravic miró la dirección.

—Hay dos nombres —aclaró ella—. Uno es para las dos primeras semanas. Es el mío. Después será el de mi novio.

Ravic guardó el papel.

—Gracias, Rolande. Por ahora me quedo en París. Además tu novio seguramente se sorprendería si yo cayera de repente, como llovido del cielo.

—¿Dices eso por mi deseo de que no vayas a la estación? Eso es otra cosa. Esto te lo doy para el caso de que alguna vez te veas obligado a salir de París. Precipitadamente. Para eso.

Él la miró.

—¿Por qué?

—Ravic —dijo ella—, tú eres refugiado. Y los refugiados tienen a veces dificultades. Entonces es bueno saber dónde se puede vivir, sin que la Policía se preocupe.

—¿Cómo sabes que soy refugiado?

—Lo sé. No lo he dicho a nadie. A nadie aquí le importa. Conserva mi dirección. Y si alguna vez la necesitas, ven. En nuestra casa nadie investigará.

—Bueno. Gracias, Rolande.

—Hace dos días estuvo la Policía aquí. Preguntaron por un alemán. Querían Saber si había estado aquí.

—¿De veras?

—Sí. La ultima vez que tú estuviste, él estaba aquí. Probablemente tú no te acuerdas. Uno gordo, calvo. Estaba sentado a una mesa con Yvonne y

Clarisse. La Policía preguntó si había estado aquí, y si había estado alguien más.

—No tengo idea —dijo Ravic.

—Seguramente, tú no paraste mientes en él. Yo, naturalmente, no dije que tú habías estado un momento aquí esa noche.

Ravic hizo un gesto aprobatorio.

—Es mejor así —declaró Rolande—. De ese modo no se les da ocasión a los polizontes de preguntar por sus pasaportes a gentes inocentes.

—Naturalmente. ¿No dijo lo que quería?

Rolande se encogió de hombros.

—No. Y a nosotros en realidad no nos interesa tampoco. Le dije que nadie había estado aquí. Eso es una norma antigua entre nosotros. Nunca sabemos nada. Es mejor. El policía no mostraba tampoco mucho interés.

—¿No?

Rolande sonrió.

—Ravic, hay muchos franceses a quienes se les da un ardite lo que le ocurra a un turista alemán. Tenemos bastante que hacer con nosotros mismos —se incorporó—. Tengo que irme. Adiós, Ravic.

—Adiós, Rolande. Esto no va a ser lo mismo sin ti.

Sonrió ella.

—En seguida, no, quizá; pero sí muy pronto.

Salió para despedirse de las muchachas. Al pasar contempló una vez más la caja registradora, los sillones y las mesas. Eran obsequios prácticos. Los imaginaba ya en su café. En particular la caja registradora. Significaba ingresos, seguridad, hogar y bienestar. Rolande titubeó un momento; luego no pudo resistir más. Sacó unas monedas de su cartera, las colocó junto al aparato y empezó a teclear. La máquina zumbó, indicó dos francos cincuenta, la gaveta se abrió de golpe y Rolande se cobró a sí misma con sonrisa de felicidad infantil. Las muchachas se acercaron y rodearon la caja. Rolande hizo una segunda operación de cobranza. Un franco setenta y cinco.

—¿Qué se podrá obtener en su negocio por un franco setenta y cinco? —preguntó Marguerite, que tenía además el sobrenombre *el Corcel*.

Rolande reflexionó.

—Un dubonnet, dos *pernodes*.

—¿Cuánto cuesta un *amér picón* y una cerveza?

—Setenta céntimos —Rolande tecleó. Cero francos, setenta céntimos.

—Barato —dijo *el Corcel*.

—Tenemos que cobrar más barato que en París —declaró Rolande.



Las muchachas arrimaron los sillones de mimbre alrededor de las mesas y se sentaron en ellos con precaución. Se alisaron los vestidos de sarao, y de pronto se convirtieron en parroquianas del futuro café de Rolande.

—Sírvanos tres té con galletitas, señora Rolande —dijo Daisy, una delicada rubia que tenía gran aceptación especialmente entre los hombres casados.

—Siete francos ochenta. —Rolande hizo funcionar la caja—. Lo siento mucho, pero las galletitas son muy caras.

Marguerite, *el Corcel*, en la mesa vecina, alzó la cabeza después de un momento de profunda meditación.

—Dos botellas de *pommery* —pidió triunfante. Quería a Rolande, y deseaba demostrárselo.

—Noventa francos. Buen *pommery*.

—Y cuatro coñacs —resopló *el Corcel*—. Hoy es mi cumpleaños.

—Cuatro francos cuarenta —la caja hizo un ruido característico.

—¿Y cuatro cafés con «besitos»?

—Tres francos sesenta.

*El Corcel*, entusiasmada, no quitaba la vista de Rolande. No sabía qué otra cosa pedir.

Las muchachas se apretujaron alrededor de la caja.

—¿Cuánto es en total, señora Rolande?

Rolande les mostró la boleta con cantidades impresas.

—Ciento cinco francos con ochenta.

—¿Y cuánto de eso es ganancia?

—Treinta francos, más o menos. Eso es debido al champaña que deja mucho.

—Bueno —dijo *el Corcel*—, ¡bueno! ¡Así debe andar siempre!

Rolande volvió junto a Ravic. Tenía los ojos brillantes, como sólo pueden brillar cuando están encendidos por el amor o por el lucro.

—Adiós, Ravic. No olvides lo que te he dicho.

—No. Adiós, Rolande.

Salió, enérgica, erguida, serena... El porvenir era sencillo para ella, y la vida buena.

## CAPITULO XXXII

—El éxodo de Egipto —dijo el doctor en filología y filosofía, Seidenbaum, dirigiéndose a Ravic y Morosow—. Sin Moisés.

Delgado y amarillo, estaba parado junto a la puerta del «International». Afuera cargaban sus efectos las familias Stern, Wagner y el soltero Stolz. Todos juntos habían alquilado un carro de mudanzas. Bajo la clara tarde de agosto se hallaban en la calle varios muebles. Un sofá dorado tapizado de *Aubusson*, varios sillones dorados haciendo juego y una alfombra nueva *Aubusson*. Era de propiedad de la familia Stern. A esos muebles se agregó una enorme mesa de caoba. Selma Stern, mujer de rostro marchito y ojos aterciopelados, la cuidaba como gallina a sus polluelos.

—¡Cuidado! ¡La tabla! ¡No me hagan ningún rasguño! ¡La tabla! ¡Con precaución! ¡Con precaución!

La tabla estaba encerada y lustrada. Era uno de los objetos sagrados por los cuales las amas de casa arriesgan la vida. Selma Stern revoloteaba alrededor de la mesa y de los dos mozos, que la sacaron del hotel con total despreocupación y la depositaron afuera, en el suelo.

El sol brillaba sobre la tabla. Selma Stern se inclinó sobre ella con un paño de limpiar. Nerviosamente pulía las puntas. Cual un espejo oscuro, la tabla reflejaba su cara pálida... como si una milenaria antepasada la mirara interrogante desde el espejo del tiempo.

Los mozos salieron con un aparador de caoba.

Estaba asimismo encerado y lustrado. Uno de los hombres giró demasiado pronto y una de las puntas del aparador rozó la puerta del «International».

Selma Stern no gritó. Se quedó sólo como paralizada, la mano con el paño en alto, la boca entreabierta, como si se hubiera petrificado en el momento de llevarse a la boca el paño de limpiar.

Josef Stern, su marido, pequeño, con anteojos y el labio inferior colgante, se le acercó.

—Vamos, Selmachen...

Ella no lo veía. Miraba fijamente al vacío.

—El aparador...

—Vamos, Selmachen. Tenemos los visados...

—El aparador de mi madre. De mis padres...

—Vamos, Selmachen. Una raspadura. Una raspadurita sólo. Lo principal es que tenemos los visados...

—Eso queda así. Eso no se puede quitar nunca más.

—*Madame* —dijo el mozo que no entendía nada, pero que sabía bien de qué se trataba—, embale usted misma sus cosas. Yo no soy quien ha hecho la puerta tan estrecha.

—*Sales boches*<sup>[9]</sup> —dijo el otro.

Josef Stern se encrespó.

—No somos *boches* —dijo—. Somos emigrados.

—*Sales refugés* —dijo el hombre.

—¿Ves tú, Selmachen, qué ocurre ahora? —dijo Stern—. ¿Qué vamos a hacer? ¡Qué desagradados no hemos tenido ya con tu caoba! De Coblenza salimos con cuatro meses de atraso porque tú no te podías separar de ella. Eso nos costó dieciocho mil marcos de más, en derechos de huida del Reich. Y ahora estamos aquí en medio de la calle, y el barco no espera.

Dio vuelta la cabeza y miró con aflicción a Morosow.

—¿Qué podemos hacer? —inquirió—. *Sales boches! Sales refugés!* Si le digo ahora que somos judíos, dirá *sales juifs*<sup>[10]</sup>, y entonces será el acabóse.

—Déle dinero —dijo Morosow.

—¿Dinero? Me lo arrojará a la cara.

—Ni pensarlo —replicó Ravic—. El que insulta así es siempre sobornable.

—Es contrario a mi manera de ser. Recibir ofensas y encima pagar por ello.

—Las verdaderas ofensas empiezan sólo cuando se hacen personales —declaró Morosow—. Ésa fue una ofensa general. Devuelva usted al hombre la ofensa dándole una propina.

En los ojos de Stern brilló una sonrisa.

—Bien —dijo a Morosow—. Bien.

Sacó unos billetes y se los dio a los mozos. Ambos los recibieron desdeñosamente. Stern guardó su cartera del mismo modo. Los mozos se miraron. Empezaron entonces a cargar las sillas *Aubusson*. Deliberadamente dejaron el aparador para el final. Cuando lo cargaban, le dieron una vuelta, y el costado derecho rozó el carro.

Selma Stern tuvo una contracción convulsiva, pero no dijo nada. Stern ni lo vio. Estaba ocupado en recontar sus visados y sus documentos.

—Nada hay con apariencia más lamentable que los muebles en la calle — declaró Morosow.

Ahora estaban allí las cosas de la familia Wagner. Unas cuantas sillas, una cama, que impresionaba como algo impúdico y triste, así, en medio de la calle. Dos baúles con ropas. Etiquetas de hotel, de todos los colores, pegadas en los baúles... Viareggio, el «Gran Hotel Gardone», el «Adlon», Berlín. Un espejo giratorio con marco dorado, en el cual se reflejaba la calle. Utensilios de cocina..., no se comprendía para qué habría de llevarse eso a América.

—Parientes —explicó Léonie Wagner—. Parientes en Chicago han hecho todo esto por nosotros. Nos han enviado el dinero. Y han obtenido el visado. Sólo un visado de tránsito. Después deberemos seguir para México. Parientes. Parientes nuestros.

Estaba avergonzada. Se sentía como un desertor, mientras sobre ella se posaban las miradas de los que quedaban. Por eso quería irse cuanto antes. Ella misma ayudaba a meter las cosas en el carro de mudanzas. Respiraría cuando hubieran dado vuelta a la primera esquina. Y comenzaría la nueva angustia. ¿Zarparía el vapor? ¿Los dejarían desembarcar? ¿No los mandarían de vuelta? Era siempre una angustia tras otra. Desde hacía años.

Stolz, el soltero, no poseía casi otra cosa que libros. Un baúl con ropas y una biblioteca. Impresos originales, ediciones antiguas, libros nuevos. Era contrahecho, pelirrojo y callado.

Un grupo de los que quedaban se iba reuniendo lentamente en la puerta y delante del hotel. La mayoría no decía nada. Miraban simplemente las cosas y el carro con los muebles.

—*Auf Wiedersehen*, pues —dijo Léonie nerviosa. Todo estaba cargado—. *O goodbye* —rió con irritación—. *O adieu*. Hoy ya no se sabe más...

Empezó a estrechar algunas manos.

—Parientes de América —explicaba—. Parientes. Nosotros solos naturalmente nunca hubiéramos...

Pronto se interrumpió. El doctor Ernest Seidenbaum la tocó en el hombro.

—No importa. Unos tienen suerte y otros no.

—La mayoría no —dijo el emigrado Wiesenhoff—. No importa. Buen viaje.

Josef Stern se despidió de Ravic, Morosow y de algunos otros. Sonreía como alguien que hubiera cometido una estafa a un Banco.

—Quién sabe todavía lo que resulta. Tal vez sintamos nostalgia de volver al «International».

Selma Stern estaba ya en el coche. El soltero Stolz no se despidió. No iba a América. Tenía documentos sólo para Portugal. Consideró que eso era demasiado insignificante para una escena de despedida. Sólo saludó con la mano cuando el coche arrancó.

Los que quedaban permanecían allí como gallinas mojadas por la lluvia.

—Ven —dijo Morosow a Ravic—. ¡Vamos a «la catacumba»! ¡Esto clama por calvados!

Apenas se habían sentado, cuando los demás entraron. Entraron en tropel, como hojas arrancadas por el viento. Dos rabinos, pálidos, con barbas ralas; Wiesenhoff, Ruth Goldberg, el autómatas del ajedrez Finkelstein, el fatalista Seidenbaum; un grupo de matrimonios, media docena de niños; Rosenfeld, el poseedor de los impresionistas, que, a pesar de todo, no había podido irse; unos pocos adolescentes y algunas personas muy ancianas.

Era todavía demasiado temprano para la comida, pero parecía como si ninguno de ellos quisiera encerrarse en la soledad de su cuarto. Se acurrucaban juntos. Estaban silenciosos, casi resignados. ¡Todos habían tenido tanto infortunio! Nada importaba ya casi.

—La aristocracia ha partido —dijo Seidenbaum—. Aquí celebra su sesión la asamblea de los condenados a perpetuidad o a la muerte. ¡El pueblo elegido! ¡Los predilectos de Jehová! Especial para *pogroms*<sup>[11]</sup>. ¡Viva la vida!

La gruesa camarera alsaciana trajo el calvados. Seidenbaum se caló los lentes.

—Ni siquiera eso puede hacer la mayoría de nosotros —declaró—. Emborracharse concienzudamente. Estar libres del infortunio durante una noche. Ni eso siquiera. Los descendientes de *Asuero*. El mismo, el viejo andariego, desesperaría. Hoy día, sin documentos, no llegaría muy lejos.

—Beba usted también —dijo Morosow—. El calvados es bueno. La patrona no lo sabe todavía, a Dios gracias. De lo contrario, elevaría el precio.

Seidenbaum hizo un signo negativo con la cabeza.

—Yo no bebo.

Ravic miraba a un hombre, de barba bastante larga y que a cada momento sacaba un espejo y se contemplaba en él, luego miraba un pasaporte, y al poco rato repetía los mismos gestos.

—¿Quién es ése? —preguntóle a Seidenbaum—. Hasta ahora nunca lo había visto aquí.

Seidenbaum torció la boca.

—Es el nuevo Aaron Goldberg.

—¿Cómo es eso? ¿Tan pronto se ha vuelto a casar la mujer?

—No. Le ha vendido el pasaporte del difunto Goldberg. Dos mil francos. El viejo Goldberg tenía barba gris; es por eso que el nuevo se la deja crecer también. Por la fotografía del pasaporte. Vea cómo se tira de ella una y otra vez. No se atreve a utilizar el pasaporte antes de tener una barba parecida. Es una carrera contra el tiempo.

Ravic observó al hombre que tiraba nerviosamente del estropajo de su rostro y lo comparaba con el pasaporte.

—En todo caso puede decir que la barba se le ha quemado.

—Buena idea. Se lo voy a decir —Seidenbaum se quitó los lentes y empezó a balancearlos—. Cosa macabra —dijo sonriendo—. Hace dos semanas era un negocio redondo. Ahora Wiesenhoff está envidioso y Ruth Goldberg está confundida. El genio demoníaco rigiendo los documentos. En el documento ese hombre es su marido.

Se incorporó y se acercó al nuevo Aarón Goldberg.

—El genio demoníaco rigiendo los documentos... Me gusta. —Morosow se volvió hacia Ravic—. ¿Qué haces hoy?

—Kate Hegstroem parte esta noche en el *Normandie*. La conduciré hasta Cherburgo. Tiene su coche propio. Yo lo traeré de vuelta y lo llevaré al garaje, a cuyo dueño se lo ha vendido.

—¿Puede viajar?

—Naturalmente. No la afecta. El buque tiene buen médico. En Nueva York... —se encogió de hombros y apuró el resto de su copa.

El aire de «la catacumba» estaba pesado y como muerto. El local no tenía ventanas. Debajo de la palmera artificial, cubierta de polvo, estaba sentado un matrimonio anciano. Se hallaban sumidos en una tristeza que los rodeaba como un muro. Estaban inmóviles, tomados de la mano, y daban la impresión de que ya no podrían levantarse más.

Ravic tuvo de pronto la sensación de que toda la miseria del mundo estaba encerrada en aquel espacio subterráneo, donde faltaba la luz. Las lamparillas eléctricas, enfermizas, colgaban amarillas y marchitas de las paredes y hacían el ambiente todavía más desolado. El silencio, los murmullos, el revolver de los documentos cien veces doblados y desdoblados, el recuento, el mudo estar ahí sentados, la desamparada espera del fin, el poco valor convulsivo, la vida mil veces humillada, que ahora, arrinconada, espantada, no podía ya seguir adelante..., de pronto lo percibió, podía olerlo, olió el miedo, el miedo final, gigantesco y silencioso, lo olió y comprendió dónde lo había olido antes..., en

el campo de concentración, adonde arreaban a las gentes desde las calles, sacándolas de sus lechos y las hacían estar en las barracas esperando saber qué iba a ser de ellas.

A su lado, a una mesa, había dos personas. Una mujer con el pelo dividido en dos crenchas. Delante de ellos estaba de pie un niño de unos ocho años. Había dado vueltas escuchando las conversaciones de las mesas y ahora había regresado junto a ellos.

—¿Por qué somos judíos? —preguntó a la mujer.

La mujer no contestó.

Ravic miró a Morosow.

—Tengo que irme a la clínica.

—Yo también tengo que irme.

Subieron la escalera.

—Lo que es demasiado es demasiado —dijo Morosow—. Te digo esto como ex antisemita.

## CAPITULO XXXIII

Sonó el teléfono. Lo descolgó soñoliento.

—Ravic... —dijo alguien.

—Sí.

Era Jeanne.

—Ven —dijo. Hablaba lentamente y en voz baja—. Inmediatamente, Ravic...

—No...

—Tienes que venir...

—No. Déjame tranquilo. No estoy solo. No iré.

—Ayúdame...

—No puedo ayudarte...

—Ha ocurrido algo... —hablaba con voz quebrada—. Tienes que hacerlo... en seguida...

—Jeanne —dijo Ravic con impaciencia—, ya no es tiempo de comedias. Ya hiciste una vez esto conmigo, y caí en la trampa. Ahora sé a qué atenerme. Déjame en paz. Ensayá con algún otro.

Interrumpió la comunicación sin esperar respuesta, y procuró conciliar nuevamente el sueño. No lo logró. El teléfono volvió a sonar. No descolgó. Sonó largamente en la noche gris y desolada. Tomó una almohada y cubrió con ella el aparato. Siguió sonando ahogadamente, y luego cesó.

Ravic esperó. No volvió a llamar. Se levantó y encendió un cigarrillo. No le encontraba gusto. Lo apagó. El resto de calvados estaba todavía sobre la mesa. Sorbió un trago y lo arrojó. «Café —pensó—. Café caliente. Con manteca y *croissants* frescos». Conocía un *bistro* que permanecía abierto toda la noche.

Miró el reloj. Había dormido dos horas, pero ya no estaba cansado. No tenía objeto caer en un segundo sueño pesado, y despertarse molido. Se dirigió al cuarto de baño y abrió la ducha.

Oyó un ligero ruido. ¿De nuevo el teléfono? Cerró los grifos. Alguien golpeaba. Golpeaban a su puerta. Ravic se puso su albornoz. Los golpes se



hicieron más fuertes. No podía ser Jeanne; hubiera entrado. La puerta no tenía echada la llave. Esperó un momento antes de abrir. Si fuera ya la Policía...

Abrió. Afuera estaba un hombre a quien no conocía, pero que le recordaba a alguien. Vestía *smoking*.

—¿El doctor Ravic?

Ravic no contestó. Miraba al hombre.

—¿Qué quiere usted? —preguntó.

—¿Es usted el doctor Ravic?

—Mejor será que me diga lo que quiere.

—Si es usted el doctor Ravic, debe venir en seguida a casa de Jeanne Madou.

—¿Qué sucede?

—Ha tenido un accidente.

—¿Qué clase de accidente? —preguntó Ravic sonriendo incrédulo.

—Con un arma —dijo el hombre—. Un disparo...

—¿Está herida? —preguntó Ravic, sonriendo todavía. «Tentativa de suicidio, simulada probablemente —pensó— para asustar a este pobre diablo».

—Se muere, Dios mío —murmuró el hombre—. ¡Venga usted de una vez! Se muere. ¡Yo he disparado sobre ella!

—¿Qué?

—Sí... yo...

Ravic ya se había quitado el albornoz y recogía sus ropas.

—¿Tiene usted un taxi abajo?

—Tengo mi coche...

—Maldición... —Ravic volvió a ponerse el albornoz, tomó su cartera, sus zapatos, su camisa y su traje—. Puedo vestirme en el coche... vamos... rápido.



ERICH MARIA REMARQUE (Osnabrück, Alemania, 22 de junio de 1898 - Locarno, Suiza, 25 de septiembre de 1970) es el seudónimo del escritor alemán Erich Paul Remark. Es un autor alemán de posguerra, que cuenta los horrores de la Primera Guerra Mundial.

Participó en la Primera Guerra Mundial, hecho en el cual se inspiró para escribir su máxima obra literaria, *Sin novedad en el frente* (1929), historia en la que describe con implacable claridad y cálida compasión el sufrimiento provocado por dicha guerra.

En 1932, Remarque abandonó Alemania y se instaló en un principio en el cantón del Tesino, Suiza. En 1939 emigró a los Estados Unidos, junto con su primera esposa Ilsa Jeanne Zamboui, con la que se casó y divorció dos veces. Ambos se naturalizaron ciudadanos de Estados Unidos en 1947. Al año siguiente regresó a Europa. En 1958 se casó con la actriz de Hollywood Paulette Goddard y permaneció casado hasta su muerte en 1970.

Se considera a Erich Maria Remarque como uno de los más famosos enemigos del nazismo. En 1933, obras suyas fueron destruidas durante las quemaduras públicas de libros que llevaron a cabo los nazis en Alemania entre el 10 de mayo y el 21 de junio.

# Notas

[1] *pissoirs*: En la primavera de 1830, el gobierno de la ciudad de París decidió instalar los primeros urinarios públicos en los bulevares principales. (*N. del Ed. <<*

[2] *chaise longue*: tipo de sofá que posee una prolongación lo suficientemente larga en forma de L como para soportar las piernas, es decir, un diván. (*N. del Ed.* <<

[3] *Ta gueule!*: ¡Cállate! (N. del Ed. <<

[4] *pernod*: marca de anís francés, siendo la más antigua del país. (N. del Ed.  
<<

[5] *head-butler*: mayordomo, encargado. (*N. del Ed.* <<



[6] *faubourg*: antiguo término francés de significado similar a «suburbio». (N. del Ed. <<

[7] *gobelino*: tapiz hecho en la Manufacture Royale des Gobelins de Paris o una imitación suya. (*N. del Ed.* <<

[8] *bistro*: es un pequeño establecimiento popular de Francia, donde se sirven bebidas alcohólicas, café, quesos y otras bebidas. Pueden ser también pequeños restaurantes de comidas a precios económicos. (N. del Ed. <<

[9] *sales juifs*: sucios judios. (N. del Ed. <<

[10] *Sales boches*: sucios alemanes. *Boche* es un término despectivo para un alemán o una persona de origen alemán que fue utilizado por los franceses y belgas de la Primera Guerra Mundial hasta bien después de la segunda. Su uso, que hoy se ha vuelto raro, puede considerarse insultante y debe ser aceptado sólo dentro de un marco de cita o referencia histórica. (N. del Ed. <<

[11] *pogroms*: linchamiento multitudinario, espontáneo o premeditado, de un grupo particular, étnico, religioso u otro, acompañado de la destrucción o el expolio de sus bienes (casas, tiendas, centros religiosos, etcétera). El término ha sido usado para denotar actos de violencia sobre todo contra los judíos, aunque también se ha aplicado para otros grupos, como es el caso del linchamiento polaco contra las minorías étnicas (alemanes y ucranianos). (*N. del Ed.* <<